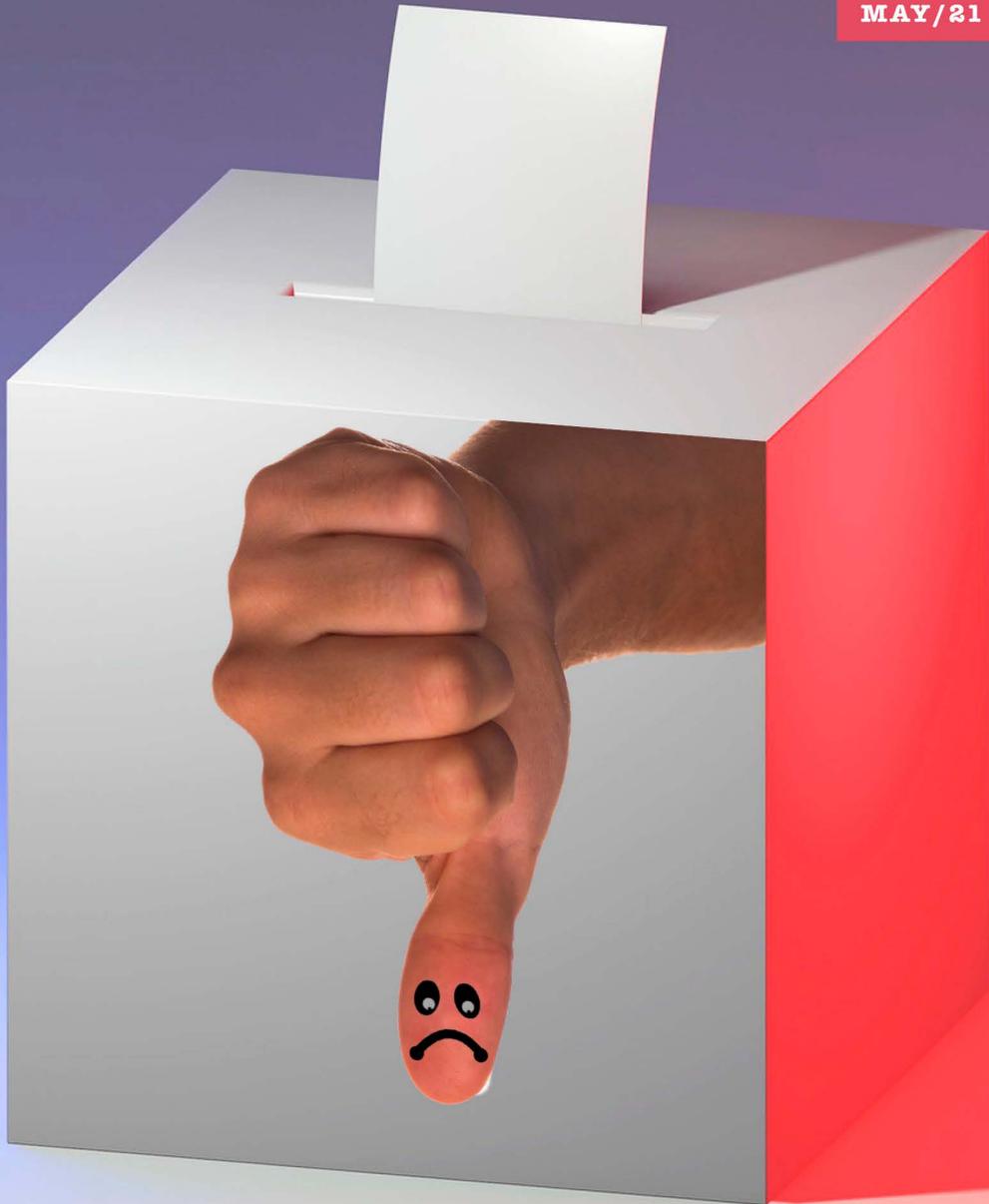


ISSN:1665-7241

Q

199
MAY/21



www.laquincena.mx

\$50.00



**¿POR QUÉ FRACASA
LA DEMOCRACIA?**



Ven y conoce un lugar
con historia de más de 100 años

aquí en

SEMILLERITO

GRILL



Semillerito Grill semilleritogrill @SemilleritoMty

Juan Ignacio Ramón 361, Monterrey Tel.81 1231 3845



Q

Director
Luis Lauro Garza

Editora
Adriana Garza

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Asesor de la dirección
Gilberto Trejo

Comunicación e imagen
Irgla Guzmán

Publicidad
Gerardo Martínez

Relaciones públicas
Flaka Aguirre

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda
Mayra González

Cartones, cromos e ilustraciones
Salvador (Chava) González

Asesor legal
Luis Frías Teneyuque

Distribución
Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / mayo 2021
Editor responsable: Luis Lauro Garza
Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor: 04-2003-0828156343200-102
Número de certificado de Licitud de Título: 12926
Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499
Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000, Tel. (81) 19352363.
Correo electrónico: laquincena@gmail.com
Página web: www.laquincena.mx
Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey, Nuevo León.
Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

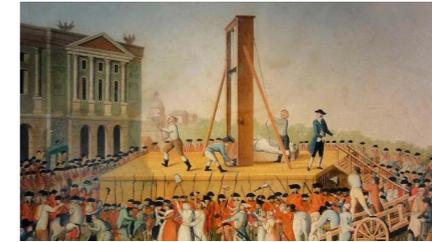
Diseño de portada: Martín Ábrego Parra

Índice

3 Índice

4 Réquiem por la democracia

Samuel Schmidt



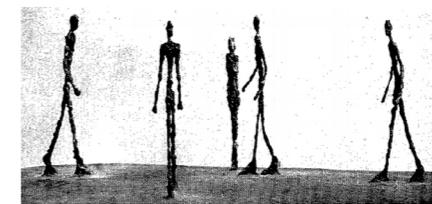
9 Análisis forense de la democracia

Jorge Alberto López Gallardo



15 ¿Fin de la democracia?

Alberto Spektorowski



20 ¿Por qué fracasan las democracias?

Xóchitl Patricia Campos López y
Diego Martín Velázquez Caballero



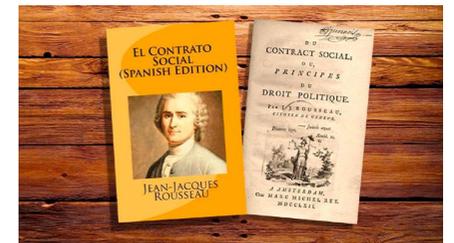
26 El fracaso de la democracia

Leticia Calderón



30 El contrato social y la democracia

Diana Bank Weinberg



35 La sociología ante el enigma del mundo moderno

José Luis Talancón E.



37 ¿Mantendremos la democracia como utopía?

Mario Rechy M.

43 Promesas y desilusiones, ¿fracaso de quién?

Ricardo León García

* Agradecemos a Samuel Schmidt su contribución como editor de este número de la revista, dedicado a pensar los matices, las ilusiones y decepciones del término democracia en México y el mundo. Una colaboración más entre nuestras revistas hermanadas: El Reto y La Quincena.

Réquiem por la democracia

Samuel Schmidt*

Pobre de la democracia, las infamias que se cometen en su nombre.

Austin.- Una de las cosas que me llamó la atención de la revolución francesa, que destruyó a la monarquía e instauró valores universales, fue la facilidad con que los demócratas cortaban cabezas; ellos nos dieron valores como Igualdad, Fraternidad y Libertad... y la guillotina.

Llegó el turno de los demócratas rusos, que con la revolución destruyeron al zarismo y con facilidad enviaban a la gente al gulag; le llegó el turno al demócrata Stalin, que se deshizo de unos 9 millones de personas, algunos víctimas de su racismo y otros condenados a la hambruna. Por lo visto la mala suerte acompaña a los rusos: después de décadas de dictadura del proletariado y centralismo democrático, se derrumba el muro de la ignominia, se deshace la Unión, pero el gobierno democrático resultante refuerza a la oligarquía, a la mafia, la corrupción, envenena, reprime y encarcela a disidentes, sean artistas como las Pussy Riot, líderes que se atreven a confrontarlo, como Alexei Navalny, y hasta a religiosas: en febrero de 2021 fue encarcelada una Testigo de Jehová.

Los revolucionarios chinos destruyeron al sistema semi feudal y democráticamente enviaron al laogai, o campos de reeducación a los disidentes. Se calcula que murieron decenas de millones bajo la política del Gran Salto Adelante de Mao. Para no perder la costumbre, continúan persiguiendo a los otros (musulmanes); desde 2017 han sido enviados a campos de trabajo forzado (laogai), un millón de Uigur, Kazakos y otras minorías étnicas, sosteniendo un genocidio en marcha.

Enarbolando la democracia, Hitler construyó un proyecto supremacista y genocida industrial para eliminar a los judíos y de paso provocó una guerra que costó 75 millones de vidas.

En otra escala, pero no menos deleznable en la galería de depredadores, se encuentran: Pinochet, que en nombre de la democracia asesinó a 3 mil 200, encerró hasta 80 mil, y torturó decenas de

miles de chilenos; junto con los militares latinoamericanos, destacando los gorilas brasileños y bajo la mirada vigilante de Estados Unidos, nos entregó la tortura masiva; Pol Pot mató a 2 millones de camboyanos, que representaban a un cuarto de la población; Idi Amin asesinó a 300 mil ugandeses; los turcos cometieron un genocidio contra los armenios que cobró 1 millón y medio de vidas. La escalada militar contra los opositores en México empezó desde 1965, cuando Luis Echeverría ya era un personaje decisivo; de la mano con la CIA y lo más oscuro de la Internacional Negra (iglesia católica), él condujo una guerra sucia que produjo hasta 1980 alrededor de ocho mil víctimas. Mario Rechy calcula que las víctimas de la guerra neoliberal han sido 300 mil (y posiblemente se quedó corto).

Esta es una muy pequeña muestra de depredadores, que masacró a su sociedad "defendiendo" a la democracia. Ninguno lo hizo en nombre de la tiranía.

Tras muchas de esas masacres se encuentra la CIA (Central Intelligence Agency) de Estados Unidos, que merece un capítulo especial. La agencia promueve asesinatos, golpes de estado, represiones masivas, tráfico de drogas e inestabilidad, para asegurar el avance de la democracia; está agencia de espionaje, propició, apoyó, fue parte o decidió desviar la mirada ante hechos criminales para atacar a los otros (comunistas por ejemplo, o poseedores de recursos naturales). En nombre de la democracia apoyó a Pol Pot, a Pinochet, a Irán, a la Contra nicaragüense, los militares argentinos, la entrada de droga a Estados Unidos, sostiene cárceles secretas y el abuso a la humanidad en Guantánamo. Pero ya establecido el principio no hace falta profundizar aquí sobre esa historia de infamia. Mi más sincero pésame para la pobre democracia, la asesinaron en su nombre.

En nombre de intereses políticos y económicos, el mundo democrático guarda silencio ante los chinos. Destaca en primer lugar la ONU, donde China

ha ocupado un lugar preponderante en las instancias que protegen los derechos humanos. Le siguen los países musulmanes (algunos no democráticos), que no defienden a los Uighurs (musulmanes) para no ofender a los chinos; Turquía, que está empeñada en eliminar a los kurdos, le reclamó a China. Uno esperaría, ilusa o románticamente, que los musulmanes protestaran frente a este genocidio, pero entonces tendrían que responder a sus políticas anti mujer, al asesinato de periodistas, al encarcelamiento de disidentes, a la desaparición de los judíos en sus países, al financiamiento de terrorismo en el mundo, a la masacre que Irán y Arabia Saudita crean en Yemen, por mencionar solamente algunos de los temas que avergüenzan y enfurecen a las buenas conciencias y sobre los que no se levanta un clamor democrático.

Por cierto, la ONU, gran institución garante de los derechos humanos, tampoco se atreve a actuar frente a los grandes violadores de esos derechos, y que en lo que parece una gran incongruencia signaron la declaración universal de los derechos humanos que a la letra dice:

Artículo 1. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2. Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía.

Artículo 3. Todo individuo tiene de-

recho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Parece incongruente que en el Comité pro derechos humanos de ese templo de democracia que es la ONU, participen China, Rusia y algunos otros, que son violadores asiduos y sistemáticos de esos derechos; lo hacen acompañados de países árabes que violan derechos humanos, aunque usan el foro para condenar a Israel. Leía que la comunidad queer (agrégueme las iniciales que quiera a LGBTQ, que cada día aumentan) musulmana prefiere vivir en Israel, porque ahí pueden ejercer libremente su opción de vida sexual.

Esto que parece una disquisición, es necesaria, porque para discutir sobre la democracia debemos empezar por el respeto a las personas, la igualdad, la dignidad, que son premisas necesarias y fundamentales; y tal discusión tiene que ver básicamente con derechos, entre ellos primordialmente los humanos.

El origen

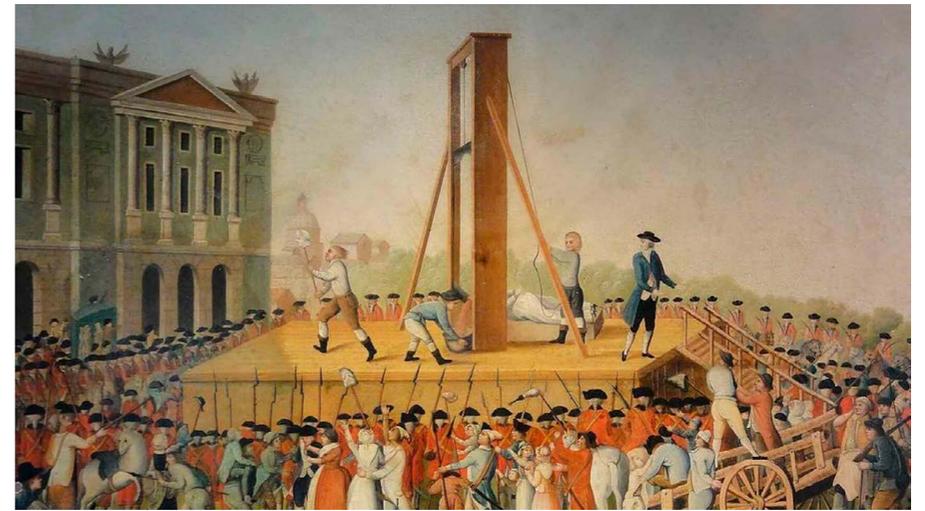
Sigamos la costumbre de empezar este tipo de discusión definiendo la democracia para señalar algunos de los problemas inherentes a la misma y a la noción democrática.

La definición clásica se remonta a lo etimológico. Demos = pueblo; Cratos = gobierno; bonita definición, abstracta e imprecisa. Ciertamente lo abstracto permite evadir la precisión, lo que puede ser útil; esa es por ejemplo la fuerza del concepto del dios monoteísta: es todo, está en todas partes, no se le puede ver, no se le puede destruir y es útil para matar en su nombre; extraña hermanación entre la defensa y asesinato en nombre de la democracia y de dios, que han estado unidos durante muchos siglos. En la definición se complica el asunto. Pero sigamos por averiguar quién es el pueblo.

Para los griegos, creadores de la categoría, el pueblo era el hombre libre, pero no todos eran libres, estaban excluidos de entrada los esclavos, que por definición no eran libres; así que debemos relativizar el concepto.

Los griegos se cuidaron mucho en no decir que era el gobierno de todos, porque tal vez con excepción del comunismo primitivo, nunca se ha dado un gobierno de todos y tal vez no se dará.

La sociedad griega sustentó su teoría y cultura democrática bajo la realidad concreta de la esclavitud; y sobre ella construyeron una doctrina de la (des) igualdad que legaron a la filosofía política de lo que se considera la civilización



occidental.

Los griegos consideraban como medio para gobernar: el derecho de la riqueza, la regularidad en las elecciones, las instituciones, las clases sociales, e inventaron el concepto de *isonomia* (orden de los iguales) donde no todos eran iguales. Dudo que se pueda suponer la libertad para escoger ser desigual en la democracia.

La noción de igualdad griega no se contradecía con relegar a la mujer a las labores del hogar, o que los esclavos fueran desiguales, no era simple división del trabajo; la desigualdad estaba normalizada y aceptada, era democrática. Creían en el buen orden y la estabilidad, lo que denominaron como *eunomia*, que tenía que ver con el balance, que involucraba los roles donde unos dominaban a los otros. La democracia no está reñida con la dominación.

La formulación conceptual resuelve el asunto de la (des)igualdad, el orden y las diferencias; con un concepto que se universalizó, los griegos le entregaron al mundo la democracia para que hagan con ella lo que quieran; y el mundo entendió que se podían resolver diferencias con grandes matanzas o imponer el orden con la paz de los sepulcros.

La actualidad

Damos un gran salto histórico (y hasta geográfico) para llegar a la definición moderna de democracia. En Estados Unidos, país que ha atraído la atención y asombro de múltiples pensadores, se generó la formulación que considera que la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. La definición suena bien, pero a la hora de la implantación en la vida real se llena de incongruencias, empezando por el exterminio de los pueblos originarios; pero la

discrepancia sucede con frecuencia con cuestiones de la filosofía política y las ciencias sociales en general, que sufren del síndrome del lecho de Procusto: si la realidad no se ajusta a la teoría, que se joda la realidad. Si los pueblos originarios no se adaptan a la ética puritana, que se joda.

Al parecer Estados Unidos sigue el modelo griego, ya sea porque algunos de sus *founding fathers* (*patriarcas*; al parecer no había madres y eso que hasta en la biblia hay matriarcas) eran dueños de plantaciones y esclavistas y diseñaron una unión cuya "perfección" se trata de preservar hasta la fecha, aunque sea simbólicamente, porque la terca realidad se empeña en preservar la imperfección. En el nombre de la democracia se buscó sostener el esclavismo, que caminó de la mano con el esfuerzo de eliminar de los pueblos locales; en nombre de la homogeneidad protestante preservaron el esclavismo, hasta que en 1839, y tras una guerra civil, lo abolieron. A los que sobrevivieron de los pueblos originarios, los encerraron en reservaciones, los sumieron en la miseria, el alcoholismo y la drogadicción. México también intentó las reservaciones en el norte, pero tal vez sin necesidad, ya que las enfermedades y la sobre explotación le ayudaron a los colonizadores católicos a eliminar física, religiosa y culturalmente a los pueblos originales (también llamados indios), imponiéndose un mestizaje que desprecia a sus dos componentes: a indígenas y españoles; interesantes las coincidencias que se dan dentro de las infamias colonizadoras.

Encontramos caminando de la mano la defensa de la religión y la democracia para la eliminación del otro. Así que ahí tenemos también al pueblo, ese segmento social mayoritario, al que tal vez no

se quería que gobernara y para el que se empezó a gobernar, encerrándolo en la miseria y posteriormente en las drogas y la enfermedad. En Estados Unidos los miembros del Partido Republicano tienen una larga historia de esfuerzos democráticos de supresión del voto contra afroamericanos e hispanos; a la fecha existen 253 leyes con provisiones para restringir el voto en 43 estados. Así, los pocos que pueden votar, usualmente cambian poco, pero cuando derrotan la supresión llegan a vencer, como sucedió en 2020; el caso de Georgia es icónico: lograron arrebatarse los dos senadores a favor de los demócratas y en marzo de 2021, los republicanos aprobaron una ley restringiendo el voto. Las múltiples iniciativas para suprimir el voto de hispanos y afroamericanos para alejarlos de las urnas y preservar la lógica *wasp* (*White, Anglo, Saxon, Protestant*) que gobierne democráticamente por y para ellos sin su anuencia. La supresión del voto es un mecanismo muy peculiar de crear e imponer una mayoría artificial en nombre de la democracia.

El pueblo supone un componente de igualdad. Abordemos el tema con algunos datos globales. Según FINCA, que es una empresa que presta dinero, más de mil millones viven con 2.50 dólares al día (o menos); de estos, 280 millones viven con menos de 1.25 diarios. Más del 75% de los pobres del mundo viven en zonas rurales; en los países en desarrollo, los pobres gastan entre 60-80% de su ingreso en comida; mientras en Estados Unidos gastan menos del 10%. Más de 800 millones en el mundo carecen de suficiente comida y 3 millones de niños mueren de malnutrición al año. Casi mil millones viven sin electricidad. 40 millones de niños viven sin albergue adecuado. Más de 750 millones carecen de acceso a agua limpia. 270 millones de niños carecen de acceso a servicios de salud. Casi mil millones empezaron el siglo XXI sin poder leer y escribir. Los defensores de la disparidad argumentarán que los más jodidos son los menos y por lo tanto el sistema se podría considerar igualitario. Pero la realidad muestra que la expectativa de vida y la calidad de vida, que deberían definirse como derechos humanos, son peores mientras menos se tiene, lo que rompe lo igualitario y no puede considerarse democrático.

En otro polo está el tema de la riqueza. Según Oxfam, el 1% más rico en el mundo posee el doble del 90% más bajo. Los 2 mil 100 millonarios en el mundo poseen más que 4 mil 600 millones de



bajo de ellos en la pirámide de la riqueza global. En EUA, el 10% posee el 70% de la riqueza, mientras el 50% solo el 1.2%. En 2020, debido a una pandemia, 11 millones engrosaban las filas del desempleo, y en sólo 7 meses los 614 mil millonarios incrementaron su riqueza neta en 931 mil millones de dólares. La enfermedad es un instrumento para reforzar la desigualdad, el COVID golpea a los más jodidos y los que se valen de él, se convierten en enemigos de la democracia. En Estados Unidos riqueza y pobreza tienen referentes raciales, creando una suerte de forma metafórica de esclavitud. Los pobres tienen el derecho de votar, pero con frecuencia no la posibilidad, porque muchas veces las elecciones son en día laboral, o tienen barreras. La exclusión es un mecanismo para que los desiguales no crean que el sistema cambió.

En todos los países aumenta la desigualdad; en México, el 1% de la población acumula el 59% del ingreso, y hasta países con diferencias menores han visto crecer la miseria y todo lo que la acompaña.

Simbólica y legalmente todos tienen un voto, lo que no garantiza que el voto se pueda emitir y hasta contar; pero el derecho democrático para comprar los votos que cuentan, los de los legisladores por ejemplo, se reserva para unos pocos.

Un tema muy importante es el de la defraudación electoral. Para muchos analistas, en México los fraudes electo-

rales eran accidentes y no afectaban su condición de democracia; así descartan considerar como falla estructural a los "mapaches", que son personajes cuya tarea es manipular elecciones; o a los burócratas de calle, que son líderes comunales, funcionarios y empresarios encargados de "pastorear" elecciones; o las negociaciones entre el gobierno y los partidos, como las realizadas por Peña Nieto con el PAN para intercambiar votos en el senado a favor de su reforma energética a cambio de gubernaturas, entre éstas destaca la de Chihuahua (la cual demostré matemáticamente con la colaboración del físico Jorge López, colaborador en este monográfico). Los físicos manejan como anomalías lo que algunos politólogos suponen son accidentes en las votaciones, cuando en realidad son fallas profundas de un sistema organizado para no funcionar y con eficiencia selectiva; un poco de fraude no justifica o implica un poco de democracia, sino que la niega.

La desigualdad económica inhibe el beneficio a las grandes mayorías, escamoteándole las ventajas del crecimiento a una buena parte del pueblo y reduciendo las posibilidades de desarrollo.

La desigualdad impacta la educación y reduce la posibilidad de prosperar, afecta el acceso a servicios de salud y la expectativa de vida, inclusive afecta el acceso al agua. En México los pobres urbanos reciben agua en pipas, misma que tienen que hervir para no enfermar, pagando extra por tener agua limpia, mientras que México ratificó en la constitución la resolución de la ONU para garantizar el acceso al agua limpia y suficiente como un derecho humano.

La democracia se basa en la libertad, que aparece asociada a la igualdad; la libertad económica incluye elementos normalmente asociados a la desigualdad: derechos de propiedad, efectividad judicial, integridad gubernamental, carga fiscal, gasto gubernamental, salud fiscal, libertad para hacer negocios, libertad laboral, libertad monetaria, libertad comercial, libertad de inversión, libertad financiera; aquí tampoco todos califican igual; Estados Unidos está en el lugar 17, México en el 67. ¿Cómo calificarían los griegos antiguos en esta lista? Los de ahora están en el número 100, uno es el menos desigual.

Los sociólogos señalan que en la estructura socio-económica existe una "poderosa" clase media que amortigua entre los explotadores y los explotados, pero esa clase media parece ser volátil;

por un lado, cuando asciende lo hace con mucha lentitud, para caer con facilidad ante condiciones adversas, como hemos visto en la pandemia del COVID. Quino, el autor de Mafalda, dibujó un cartón genial, donde los jodidos ven una gráfica que muestra a la clase media cayendo velozmente, y Mafalda se queja de esa insistencia por caer de la estúpida clase media. Sin embargo, la expectativa más que económica podría ser ideológica y que la clase media sirva como amortiguador, para que en su nombre se sostenga el sistema de abuso; hasta se formula que todos somos clase media y le evitamos a la burguesía que tenga la pena de identificarse como tal.

Es una verdad de Perogrullo decir que la desigualdad económica produce desigualdad social, desigualdad electoral y refuerza la desigualdad jurídica.

Por último, pensemos en que hay un problema de gobierno en la sociedad de masas y eso nos lleva a la representación. Algunos delegan en otros el hecho de gobernar por diversos medios, que se sintetizan en la representación. Aquí se presenta un fenómeno de autonomización, donde los representantes se alejan de los representados para representarse a sí mismos. No es trabalenguas, es una traba democrática.

No me detengo aquí en los distintos tipos de régimen (parlamentario, presidencialista) porque en todos el problema democrático es cómo lograr (algunos dicen permitir) que la sociedad muestre su preferencia, resistencia o rechazo, que la democracia no garantiza.

Un tema destacado es la abstención de la gente para votar: algunos rechazan al sistema, otros son apáticos, otros están enfermos, y por cualquier otra cuestión. Algunos suponen que es suficiente con tener una mayoría de votos, otros reclaman que en sistemas con peso hegemónico de una fuerza los demás deben tener voz (derecho de las minorías), y así podemos agrandar las complicaciones. No hay sistema perfecto, no lo hay que asegure que todos estén representados, pero sí abundan las exclusiones, aunque algunas se vayan superando con el tiempo, como el voto de la mujer, o la manipulación de la edad válida para votar. Unos piensan que el ganador debe gobernar para todos; pero entonces, ¿dónde queda la agenda triunfadora? Otros, como los republicanos en la democracia estadounidense, piensan que es patriótico excluir votantes, aunque para ese propósito tengan que modificar.

La síntesis es que la representación



puede debilitar los derechos, las libertades y la igualdad y sin embargo, presumir de democrático.

La mejor síntesis sobre la igualdad democrática es la máxima de Orwell: todos los cerdos son iguales, pero unos son más iguales que otros.

La libertad

Hay infinidad de eventos y situaciones que nos recuerdan la fragilidad de la libertad. Salta a la mente el macartismo y la cruzada anti comunista en Estados Unidos, que destruyó muchas vidas; el asesinato de los otros, como los miles de luchadores por la libertad en México, Martin Luther King, los Kennedy, Colosio, los muertos de Tiananmén, o la Plaza de las Tres Culturas (*tres sepulturas*, las nombró el pueblo). Y no continúo la lista porque es deprimente encontrar la amplitud de la intolerancia; arrebatada la libertad estar atado a la lógica del capitalismo de los amiguetes, que ata a la sociedad al crédito y al buró de crédito, para que uno recuerde que el préstamo viene asociado al castigo. La tiranía del capitalismo depredador arrasa con la libertad, pero se cuida mucho de que parezca aparente que se hace democráticamente.

Seguimos con Estados Unidos, donde la deuda nacional alcanza 21.3 trillones (gringos son 3 ceros menos que los mexicanos) de dólares; de esa deuda el estadounidense promedio debe 67 mil; la deuda personal en cada hogar aumentó a 14.6 trillones; al final de 2020, la deuda hipotecaria superó los 10 trillones. No ignoremos a los jóvenes que tienen que endeudarse para lograr una carrera universitaria y progresar, las fauces del capitalismo devorador se abren tragándose a todos; ¿serán democráticas?

La tiranía del mercado convierte a la sociedad en dependiente/esclava del Estado que generosamente le da cupones de comida, servicios médicos, ayuda para renta y lo rescata de los desastres naturales. Esa gente y su deuda se cree libre, aunque no sepa de qué.

La justicia

Esta es un elemento central en la demo-

cracia, bajo el principio clave de que todos somos iguales ante la ley. De nuevo la igualdad. No se olvide que todavía hay clases sociales, igual que había con los griegos, y la ley se inclina a favor de algunos. Puede manejarse la ecuación de que a mayor desigualdad económica, mayor desigualdad jurídica, en base a la premisa de que estamos divididos entre una minoría de privilegiados y una masa enorme de jodidos; y la ley o sus administradores se inclinan para recibir las caricias de los privilegiados; ésta es la base de la impunidad que no tiene nada de democrática.

La igualdad ante la ley es un bello lema, que suena bonito, aunque hay un mar de distancia entre iguales. Un abogado criminalista en Estados Unidos me presumía que todos tenían las mismas oportunidades legales; y le respondí: "siempre y cuando uno tenga la posibilidad de pagar un buen abogado como usted, que no es barato". En una ocasión le pregunté a una juez: ¿quién es mejor abogado, el que conoce la ley, o el que conoce al juez?; la juez se dio media vuelta enojada y no respondió, aunque con el silencio creo que respondió. Un solicitante de asilo político en Estados Unidos tiene posibilidad de lograr la protección si tiene para pagar un abogado, no porque haya humanitarismo.

Siguiendo con nuestro faro de la democracia actual, Estados Unidos tiene el mayor número de presos per cápita en el mundo, con 2.2 millones de encarcelados, por arriba de China, que tiene 1.65 millones y cuatro veces la población. Y ya discutimos lo democrático que puede ser China con un solo partido político, un sistema represivo por el que encarcela a médicos que se adelantan en presentar sus descubrimientos sin esperar a la verdad del partido, como dolorosamente hemos visto con el COVID y el genocidio como medio para lidiar con los otros. Los presos en Estados Unidos son mayoritariamente afroamericanos o hispanos, lo que llaman de color, como si el caucásico (blanco) no fuera color. Prevalecen los que reciben sentencias de cadena perpetua y de condena a muerte. Una clave de esta ignominia puede ser

la privatización carcelaria, que convierte en negocio el castigo y otra el racismo contenido en el castigo, que pesa más para algunos, especialmente si son “de color”. El cabildeo de las empresas carcelarias es aberrante, porque consiguen alargar sentencias y obligan al gobierno para que les entregue “cuerpos”, como sucede con los migrantes criminalizados por cruzar una frontera sin papeles y gracias a lo cual se llenan los bolsillos algunas empresas. Las cárceles mexicanas están llenas de pobres y analfabetas, sin capacidad económica para mover su caso en los tribunales. Duelen las historias de personas de los pueblos originales encarcelados por no hablar español. Algunas cárceles ya se privatizaron y muchas son manejadas corrupta y violentamente por los delincuentes. Hay tribunales que se venden al mejor postor sin recato, así que ni siquiera bajo el régimen de castigo existe la igualdad.

En Estados Unidos la ley le permite al Estado propiciar el delito para castigar. Un chofer inspeccionaba su camión en el estacionamiento de un hotel en la noche, cuando una mujer le ofreció servicios sexuales; él declinó varias veces, hasta que platicando con ella le preguntó: “¿Y ustedes cuánto cobran?” Esa fue la clave para que lo detuvieran por solicitar servicios de prostitución, que son severamente castigados. Unas mujeres en Las Vegas tuvieron una aventura con unos hombres, quienes al final les dejaron unos billetes; ellas fueron acusadas de prostitución, lo que le fue revelado a sus maridos cuando ellas fueron detenidas al tratar de entrar a Estados Unidos. Y así podríamos llenar un libro de “crímenes” propiciados por el Estado para mostrar la eficiencia de sus agencias de castigo, donde destaca el intercambio de mulas con droga a cambio de reducción de penas para criminales condenados.

Encontramos discrepancia entre ley y justicia; la existencia de la ley no asegura la justicia, cuestión que no debería caber en un sistema democrático.

La filosofía ha debatido sobre la democracia con gran riqueza, la ha formulado, la ha discutido y muchas veces ha creado mundos ideales ayudándonos a pensar que tal vez la clave está en un sistema que debemos buscar y hasta luchar por conseguir.

Richard Rorty, *Achieving Our Country*, cita a Dewey que dice “Democracy is neither a form of government nor a social expediency, but a metaphysics of the relation of man and his experience in nature” (p. 18). Cita a Whitman que



dice: “Democracy is a great word whose history remains unwritten because that history has get to be enacted” (p. 19). Y así hasta nos sentimos animados a pensar utópicamente, a ver si le damos contenido a la palabra democracia, aunque sea metafísicamente; o de plano nos aniamos a inventar algo nuevo, pero ya me adelante a la conclusión.

Hay formas optimistas, pesimistas y hasta románticas de ver a la democracia, pero podemos rescatar la visión de la política como medio para hacernos felices; o sea, que propicie relaciones armónicas entre las personas, lo que supuesta y optimistamente debe desembocar en la democracia, ya que supuestamente es el mejor sistema posible hasta ahora; o siguiendo a Whitman, aspiremos a la “civilized society in which individuals do not humiliate each other”; o en las palabras de Avishai Margalit, aspiremos a la “decent society in which institutions do not humiliate” (Rorty p. 25). Hablar de decencia y humillación eleva el debate a una nueva dimensión.

La filosofía nos pone ante una posible quimera, o en la encrucijada del ser y el deber ser; la democracia es un pretexto para el abuso, el egoísmo y la opresión, mientras que debe ser un sistema de igualdad, libertad, justicia, dignidad, altruismo, amor propio y al prójimo.

La democracia que vivimos, en cuyo nombre se lanzan bombas atómicas y se cometen infamias, no es lo que queremos que sea, y hasta rechazamos con frecuencia. Los gobiernos democráticos con frecuencia se oligarquizan, se sostienen en oligarquías y hasta en mafias, o se asocian con criminales; utilizan los recursos que deberían usar para defender a la sociedad para oprimirla y hasta para construir sistemas despóticos. El senador Fulbright, de Estados Unidos, dijo en 1963: “El caso de un gobierno a cargo de la élite es irrefutable... Un gobierno a cargo de la gente (*the people*) es posible, pero altamente improbable”. Esta es una versión de la máxima: las minorías se equivocan a veces, las mayorías siempre.

Ambas muestran de un cinismo mayor.

El tránsito entre ser y deber ser es complejo y hasta doloroso, porque entre otras cosas, lograr el deber ser implica destronar el imperio del privilegio y la impunidad.

La inclinación neoliberal impuesta a través de golpes de Estado y elecciones, amplió la pobreza y concentró la riqueza, el poder económico y político, creando una suerte de *empresocracia* sobre la que quiere depositar la potestad de conducir a todos, y todos, implica la mundialización de su propuesta. Hay conglomerados económicos con mayor peso económico que varios países y tienen una voz decisoria en los mecanismos e instituciones que influyen sobre las decisiones de muchos gobiernos y sin duda de las instituciones multinacionales. Esto ha distorsionado el juego político y dañado los principios de igualdad y libertad.

Conviene repetir la máxima orwelliana para calificar a la democracia: todos los cerdos son iguales, pero unos son más iguales que otros.

Si se tambalea/anula la igualdad, que es piedra fundamental, también se tambalea la libertad y la justicia, y por ende, se tambalea la democracia.

Hay una suerte de flojera entre los medios de analistas y pensadores, para estudiar y entender fenómenos políticos complejos; esto los hace proclives a repetir hasta el cansancio conceptos despojándolos de su contenido, como crisis y populismo; los lleva a reducir en frases huecas conceptos importantes que en el proceso pierden relevancia. Algo así sucede con la democracia, cuya defensa y en cuyo nombre parecen justificarse las peores atrocidades.

No es que la democracia haya fracasado, sino que fuera del pensamiento idealizado, no existe en la realidad, es una buena consigna para sostener gobiernos, muchos llenos de sátrapas; discutirla es un buen ejercicio filosófico con dividendos políticos, aunque no necesariamente promueva la libertad, mientras el sistema se sostiene sobre esclavos, o utiliza personas como parte del circo.

Por lo pronto, no queda más que reconocer ese fracaso de la democracia como sistema armónico, libre, igualitario, y el triunfo de las infamias cometidas en su nombre.

* *University of Texas, Austin.*

Análisis forense de la democracia

Jorge Alberto López Gallardo*



La democracia es la peor forma de gobierno a excepción de todas las demás.

Winston Churchill

El Paso, Texas.- *Introducción.* La pregunta a resolver en este volumen, ¿por qué falla la democracia?, se puede interpretar de varias maneras. Dos de las cuales son, la primera, ¿por qué la democracia no resuelve los problemas sociales de manera satisfactoria?; y una segunda, ¿por qué fallan los mecanismos electorales para lograr una elección democrática? La primera interpretación es más profunda y filosófica que la segunda, la cual es más de implementación. Como veremos, la respuesta a la primera nos da la respuesta a la segunda.

Respecto a la primera interpretación, la democracia en sí no es garantía de éxito en el tratamiento de problemas sociales. Un ejemplo burdo: de vez en vez les pido a mis estudiantes de electromagnetismo que me den la respuesta a un problema seleccionando una de varias opciones; cuando la mayoría selecciona una solución equivocada, aprovecho para decirles que la democracia no sirve para resolver problemas de física, lo cual siempre les causa una carcajada.

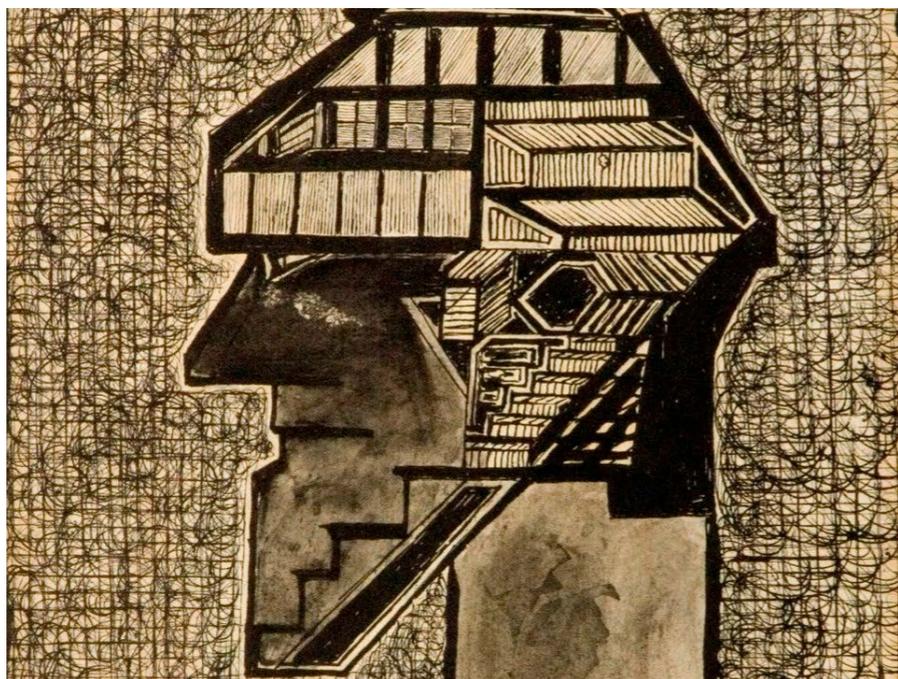
Otro ejemplo más patético está relacionado con el uso exagerado del concepto de democracia que se usa en Texas

para escoger a funcionarios menores. Los 15 miembros de la Junta de Educación del estado son elegidos por voto directo, donde los votantes prácticamente no conocen a los candidatos, ni saben qué proyectos proponen. Un claro ejemplo de la ineptitud de la democracia sucedió en 1998, cuando grupos religiosos apoyaron a Don McLeroy, un dentista del centro de Texas que nunca fue maestro ni profesor, y lograron que fuera electo como miembro de la Junta, llegando a ser su presidente en 2007. Durante varios años McLeroy organizó una lucha feroz para implantar el uso de libros de texto a favor del creacionismo y el diseño inteligente. ¿Cómo llegó un dentista a lograr eso? Gracias a la democracia. Este es un ejemplo en que el tratamiento de un problema social (educación de ciencia) se fue al traste por una implementación indebida del proceso de selección democrático.

En sí, este último ejemplo tiene los elementos para entender por qué falla la democracia. En términos generales, existe un sistema político con reglas claras para la selección de gobernantes por medio de elecciones, pero también existen intereses especiales (introducir el creacionismo a los salones de clase) que buscan burlar al sistema para lograr sus propósitos. Aunque en el caso anterior no se violó al sistema, es decir, no hubo fraude, en otros muchos casos sí lo hay.

Esquemáticamente, la implementación del proceso de selección democrático, si nos ubicamos al final cadena, están dos intereses de posibles grupos de acción, a saber: algún contrato ilegal del gobierno a cierta compañía, y una reducción ilegal de impuestos a alguna empresa. Para lograr estos intereses los grupos de acción deberán influir en cualquiera de los componentes del proceso democrático: los votantes podrán ser convencidos (engañados, comprados, coaccionados, suplantados, o revividos), la elección podrá ser robada (directamente como Salinas en 1988, cibernéticamente, como Calderón en 2006; o comprada, como lo hizo Peña en 2012); y los gobernantes podrán ser sobornados (como en el famoso caso Odebrecht). Lectores que no estén familiarizados con los fraudes electorales en México, pueden ver relatos históricos en las referencias finales 1 a5.

La respuesta a ¿por qué falla la democracia?, en cualquiera de las dos acepciones propuestas, es que —simplemente— una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil, y la democracia está



compuesta por una serie de eslabones muy débiles. El presente estudio de la democracia es un análisis forense debido a que en México la democracia está muerta, y aquí estudiaremos las causas que han provocado su muerte. En este artículo se presentarán maneras en las que los votantes pueden ser manipulados, y algunos métodos usados para manipular los resultados de una elección. Las manipulaciones al eslabón final, el del gobierno, yace fuera de la parte democrática y no será tratado aquí.

La manipulación del voto

La ignorancia de un votante en una democracia perjudica la seguridad de todos.
John F. Kennedy

La democracia es una manera de seleccionar a los encargados del poder en base a la opinión de la ciudadanía. En México, al igual que en muchos otros países, la opinión de los ciudadanos se cuenta de manera directa. Desde el punto de vista de la estadística, la selección de un presidente por medio del voto directo, es un “muestreo” y, para que la votación sea representativa del sentir popular, se necesita que los muestreos cumplan con varios requisitos.

El principal es que el muestreo sea lo suficientemente grande para minimizar el error estadístico, y el segundo es que el muestreo deberá incluir gente de todas las características posibles, incluyen- do género, raza, nivel económico, región

geográfica, etcétera.

Si se realizaran varias votaciones independientes, en el mismo país y con los mismos candidatos, el resultado nunca sería el mismo; sin embargo, las variaciones entre ellas disminuirían con el tamaño de la muestra. El porcentaje de las fluctuaciones disminuye de acuerdo al inverso de la raíz cuadrada del número de votantes. Elecciones con menor número de votantes son más fáciles de manipular, debido a que es posible justificar variaciones mayores en los resultados. El efecto de la abstención funciona en esta dirección, prácticamente apoya a quien gana, y facilita el ocultamiento de un fraude.

Las características que deben satisfacer las elecciones, género, raza, nivel económico, región geográfica, etcétera, han sido usadas para excluir ciudadanos en las votaciones. Un caso palpable es el de los Estados Unidos, donde la participación en elecciones ha sido controlada por razones económicas, de género y de raza. Inicialmente, en 1776, en este país sólo podían votar los dueños de granjas (con los esclavos contando como 2/3 de persona en la representación electoral); luego sólo los hombres blancos (1868); después fueron incluidas las mujeres (1920); y finalmente los pueblos nativos (1924). En la elección del 2000, hubo cierre de salidas en autopistas en el estado de Florida para hacer más difícil el acceso a votantes de barrios negros.

Dado que el voto es libre, una votación masiva debería poder cumplir con todos los requisitos anteriores, es decir,

incluir suficiente población de ambos sexos, diferentes razas, niveles económicos, regiones geográficas, etcétera. Sin embargo, todo esto es manipulable.

Manipulación por medios

Un método más común de manipulación del voto es por medio de la publicidad. Dado que en México los medios están controlados por doce familias es fácil ejercer el control sobre la información que la población necesita para tomar una decisión sobre quién votar. De esa manera han sido construidas campañas de miedo (AMLO es un peligro para México) y de desprestigio, ambas con la ayuda de grupos de acción política internacionales (por ejemplo, El Club de Madrid, *Council of Foreign Relations*), y de “intelectuales orgánicos” y figuras públicas, tales como comediantes, deportistas, actores y hasta premios Nobel (Vargas Llosa).

Casos aberrantes de campañas publicitarias fueron las que llevaron a la presidencia a Enrique Peña Nieto (EPN) y a Donald Trump. En el caso mexicano, Televisa condujo por años un *reality show* a favor de Enrique Peña Nieto y la actriz de moda, que se rentó para el espectáculo. El programa incluyó un noviazgo ampliamente reportado en la televisión y revistas del corazón. En su momento el Vaticano fue alquilado para otorgar un perdón para que la actriz rentada pudiera disolver su matrimonio y casarse con el copetón. El show concluyó con una boda digna de la realeza europea. Por supuesto que la inversión de Televisa fue ampliamente recompensada cuando EPN llegó a la presidencia.

El caso estadounidense tuvo más elementos de serendipia. El programa televisivo *The Apprentice* fue conducido por Donald Trump entre 2004 y 2017. En el programa Trump aparecía como un negociante exitoso dispuesto a triunfar sin medir consecuencias, y con el paso de los años esa imagen se consolidó en la audiencia televisiva. En varias ocasiones Trump había hecho comentarios sobre lo fácil que sería arreglar a los Estados Unidos con su eficiencia empresarial, y en 2015, frente a varios cientos de seguidores afuera de la Torre Trump, lanzó su candidatura.

El caso de Trump, al igual que el de muchas otras figuras públicas (el ex-futbolista Cuauhtémoc Blanco, la periodista Lilly Téllez, la cantante Paquita la del Barrio, y muchas otras más), son ejemplos de voto-por-reconocimiento, y no por experiencia política. Todos estos



casos son productos enteramente de los medios.

En un intento de romper con el control mediático, el presidente actual de México, Andrés Manuel López Obrador, ha estado en comunicación directa con los medios en sus famosas conferencias “mañaneras”, lo que le ha permitido reducir el volumen de noticias falsas (conocidas en el argot político como *Fake News*) al tiempo que logra dictar la agenda de discusión pública.

Asimismo, el advenimiento de internet y las redes sociales han creado una competencia fuerte a los medios tradicionales de televisión, periódicos y radio. El fenómeno de los llamados “YouTubers” invadió el espacio político en la elección del 2020. Programas de refritos de noticias, como “Campechaneando” (con 1.7 millones de suscriptores), “El Chapucero” y “El Chapucero Today” (ambos con más de un millón de suscriptores), y programas de comentaristas profesionales, como “Rompeviento”, “Julio Astillero” (los cuales sobrepasan los 50 millones de vistas en YouTube), se han constituido en canales libres de distribución de noticias y análisis político, independientes de los medios convencionales. Esto ha resultado en una caída del nivel de confianza de los mexicanos en los medios tradicionales; por ejemplo, la credibilidad de la televisión cayó del 70% en 2002 a 17% en 2017, con caídas parecidas para radio y diarios.

Manipulación por encuestas

Otro método de manipulación de la intención de voto es por medio de las encuestas. México cayó gravemente infectado de esa extraña enfermedad llamada

“encuestitis” en el año 2006. La encuestitis es una enfermedad recurrente que afecta a procesos electorales; en México se hace presente cada seis años, irrumpiendo en la escena política, no como enfermedad, sino como profeta con aureola radiante que llega vaticinando futuros prósperos. No es sino hasta su segunda o tercera aparición que es posible reconocerla por lo que es: una enfermedad dañina que socava las bases de la democracia, engañando pueblos y ayudando al robo de las elecciones.

Bajo la premisa que el lenguaje construye la realidad, las encuestas tratan en incidir en la percepción que los electores tienen de la realidad electoral. Aunadas a distribución masiva, las encuestas logran convencer al somnoliento pueblo de que tal o cual candidato tiene una aceptación que va mucho más allá de la que en realidad tiene, y así consiguen justificar el fraude que se fragua tanto en las urnas como en los datos de la votación.

La larga lista de países que sufren esta terrible enfermedad incluye desde los Estados Unidos de América, que fue donde se detectó por vez primera en los 1930s, hasta países africanos (como Sierra León y El Congo), que en el 2018 empezaron a mostrar síntomas iniciales. Las condiciones que propician el desarrollo de esta enfermedad son, principalmente, un ambiente político inmaduro, medios de comunicación efectivos y corruptos, y una población mal informada; desgraciadamente todas estas condiciones han existido en México desde 1988 hasta la fecha.

Como lo documenta Macario Hernández de manera magistral en su libro [6], fue en la elección presidencial de

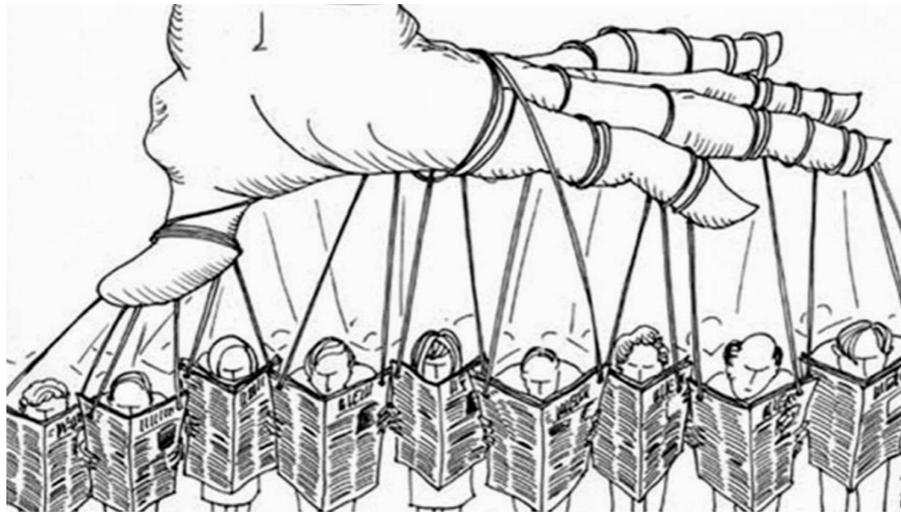
1988 entre Carlos Salinas y Cuauhtémoc Cárdenas que se presentó esta enfermedad en México por primera vez. Para contrarrestar las encuestas que ponían a Cárdenas a la cabeza, Salinas decidió INVENTAR dos encuestas y atribuírselas a dos diarios nacionales, los cuales rápidamente se deslindaron del hecho; claro que en el México surrealista de la época nadie se inmutó, ni hubo desprestigio público en contra del que eventualmente llegó a la silla presidencial.

La evolución de la enfermedad en México continuó a través de las décadas, siendo documentada en las fantasías épicas escritas por José Woldenberg, Ulises Beltrán, Ciro Gómez Leyva y otros, así como en las declaraciones fulminantes de Mireya Cuéllar, Roy Campos, María de las Heras, Carlos Tello Díaz, Jenaro Villamil, Ana Cristina Covarrubias y muchos otros. Es gracias a estos escritos que sabemos, entre otros, del contrato que negoció Felipe Calderón con una encuestadora fraudulenta para posicionarse de manera ficticia a tiro de piedra de quien iba realmente en primer lugar, y llevar a cabo el robo de la elección en el 2006.

La fase más virulenta de la enfermedad mexicana se dio con la explosión de las redes sociales en el 2012. En ese período las fantasías surrealistas se mezclaban con muestreos correctos resultando en una mezcla aberrante de verdad y ficción que nadie era capaz de desenmarañar. Fue en esa época que Macario Hernández entró en la escena nacional con su artículo "La Elección del 2006 en México, los Encuestadores y Otros Oráculos" [7] derrumbando el mito de campaña honesta en la elección de Fox del 2000, poniendo en claro el acuerdo PAN-Televisa del 2006 y el pobre desempeño de las encuestas del Periódico *Reforma*/El Norte y de GEA-ISA.

El arsenal de ataque de los encuestadores deshonestos son la manipulación de poblaciones, parámetros poblacionales, muestreos, marcos, encuestas probabilísticas, errores muestrales, muestreos simples aleatorios, conglomerados bietápicos, distribuciones normales, simulaciones, intervalos de confianza, estabilización, varianzas, clases y demás figuras técnicas. Macario logra identificar ocho tipos de manipulaciones típicas en las que incurren los encuestadores deshonestos.

El análisis de las casas encuestadoras que Macario Hernández hizo en 2012 [8], introdujo la tecnología necesaria para cuantificar los sesgos gigantescos que



TODAS las casas encuestadoras le regalaban (léase vendían) a sus candidatos favoritos, y les restaban a los enemigos de los que pagaban las pseudo-encuestas. Macario encontró sesgos de más de 5 puntos porcentuales a favor de Peña Nieto y de 3 puntos porcentuales sustraídos a López Obrador. La conclusión de Macario fue que, las casas encuestadoras se equivocaron en sus estimaciones, pero extrañamente, siempre a favor del candidato que gastó más en la campaña electoral. También afirma que las encuestas sí deberían de pronosticar correctamente, y si fallan es debido a que los "encuestadores" reflejan tan sólo la línea editorial de quien los contrata.

Desgraciadamente la encuestitis no se cura. Aunque es posible reducirla siguiendo los consejos delineados por Macario, siempre existirá el peligro de un resurgimiento en cuanto los adormilados votantes bajen la guardia y caigan de nuevo en el sueño eterno de los justos.

Manipulación por compra de votos

Es bien sabido que en México los votos se compran con un pollo rostizado, con una torta, con un billete de 50 pesos adentro, etcétera. Los métodos para lograr tal manipulación son muy variados y creativos; en su prólogo al libro de la referencia 1, Samuel Schmidt enumera 31 técnicas distintas de manipulación directa a los votantes.

Las pocas veces que se han conocido las cantidades usadas para la compra de votos, éstas han sido multimillonarias. El Pemexgate en el año 2000 usó mil 100 millones de pesos del sindicato de Pemex a favor del PRI. En la misma elección, la cantidad de fondos triangulados por *Los Amigos de Fox* nunca fue dada a conocer, pero su volumen se puede estimar a partir de la multa de 368 millones de pesos

que el Tribunal Electoral impuso al Partido Acción Nacional por uso indebido de esos fondos. En 2012 se supo que la campaña de Enrique Peña gastó 70 millones de pesos en monederos Monex que fueron repartidos entre los votantes, y un total de cuatro mil 500 millones de pesos –13 veces más del tope permitido por la ley electoral– en gastos de campaña. Tristemente estas cantidades dan una idea de cuánto cuesta comprar la presidencia de México. Asimismo, la máxima que reza "quien paga para llegar, llega para robar", nos ayuda a cuantificar el tamaño mínimo del botín.

México no es el único país donde se invierten cantidades millonarias para llegar a la presidencia. En Estados Unidos el soborno se legalizó con la creación de los PAC (comités de acción política) y los "Súper PAC" (que tienen libertad de recibir donativos sin límite y realizar gastos independientes de cualquier tipo a favor de campañas políticas). En la elección del 2020, el súper PAC pro-Biden "Future Forward USA", usó más de 100 millones de dólares en publicidad; el record fue el del "Senate Leadership Fund" con gastos de más de 293 millones de dólares.

Manipulación por métodos geográficos

Desde los 1950s, en Estados Unidos se han usado fideicomisos federales y estatales para financiar la creación de vecindades de color, es decir, barrios donde los habitantes son mayoritariamente negros. Esto a su vez fomentó el desarrollo del fenómeno "Gerrymandering", el cual establece límites de distritos electorales que favorecen intereses políticos específicos. Muchos de estos distritos tienen límites intrincados y sinuosos en lugar de áreas compactas. El *gerrymandering* es un ejemplo de manipulación

electoral por medio de la geografía. Un estudio de 2020 [9] encontró que el *gerrymandering* impide numerosas funciones del partido, disminuye las probabilidades de éxito de candidatos, reduce las contribuciones de donantes, y tiene efectos sobre el proceso democrático.

En México la manipulación geográfica fue usada en la elección presidencial del 2012. Víctor Romero Rochín [10] descubrió que, en preparación a lo que se venía, el Instituto Federal Electoral (IFE) había tomado la precaución de modificar el número y distribución de casillas electorales en el país; Romero Rochín estudió los cambios implementados y puso en claro el motivo de los mismos.

Basándose en datos del IFE, Romero (ver figura 2) encontró que de 2006 a 2012 el número de casillas había aumentado de 131 mil a 143 mil, pero el aumento había sido principalmente en zonas rurales; el incremento había sido de 1 mil 500 casillas en zonas urbanas y de un sorprendente 10 mil 500 en zonas rurales. Asimismo, el IFE justificó los cambios aduciendo que el número de votantes había crecido en 1 millón en zonas urbanas y 7 millones en zonas no urbanas.

Comparando estas cuentas con datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), se podía ver que los cambios del IFE no correspondían a cambios reales de población. En el censo de 2010 el INEGI había exhibido que de 2000 a 2010 la población urbana del país había aumentado en 3% y la rural disminuido –3%. Romero [10] explicó la disparidad entre los cambios del IFE y los datos del INEGI fue dada por Romero [10].

Si se estaba fraguando un fraude a favor del PRI, era de esperarse que éste se diera por la parte rural. Como en 2006 el PRI había obtenido más apoyo en las áreas rurales, era claro que si se instalaban más casillas en esas áreas sería más fácil que la gente votara, se redujera el abstencionismo, y hubiera más votos para el PRI. Por el contrario, limitando el número de casillas urbanas al tiempo que aumentaba la población en ciudades, resultaría en un número mayor de votantes por casilla, se incrementarían las líneas y el tiempo de espera para votar, promoviendo así el abstencionismo, factores todos que afectaban más al PRD y PAN que al PRI. Como se vio en la elección, el voto rural se disparó con crecimientos superiores al 200% en Chiapas, Nuevo León y otros estados.

La teoría anterior implica que el entonces IFE (ahora INE) habría partici-



pado en fraguar un fraude electoral. Lo cual pone en entredicho la independencia y supuesta "ciudadanía" del tal instituto, y lo añade al grupo de problemas a resolver para sanear la democracia en México.

Manipulación de la elección

No es la gente que vota la que decide, sino la gente que cuenta los votos.

Joseph Stalin

Los resultados de las elecciones pueden ser modificadas de varias maneras. En las elecciones municipales de 1938 en Tampico en Tamaulipas, el candidato único, Secundino Gallardo, perdió la elección [4]. Sí, estimado lector, no leyó usted mal, a pesar de no tener contendiente Gallardo no ganó; su triunfo fue cancelado de un plumazo desde la Ciudad de México, y un presidente municipal espurio fue instalado en la presidencia con la ayuda de las fuerzas federales. Este es un ejemplo de modificación de resultados electorales por... no encuentro un nombre apropiado... ¿orquitis?

Otro ejemplo de modificación de resultados electorales tan desfachatado como el anterior fue la famosa caída del sistema de 1988, por medio de la cual Salinas hurtó la presidencia del país. Sin entrar en detalles (ver referencia 4 para información completa), el presidente Miguel de la Madrid ordenó a la Comisión Federal Electoral parar el conteo de los votos por varios días; y al volver a contar se habían revertido las cifras iniciales, otorgándole el triunfo a Salinas por más del 50 por ciento. Aunque el fraude en apariencia estuvo basado en una falla computacional (la famosa "caída del sistema"), detalles que salieron a la luz en los años posteriores indican que no fue un fraude cibernético [4].

El primer fraude cibernético sucedió en la elección presidencial del 2006, cuando el Instituto Federal Electoral usó un programa computacional para la adquisición y conteo de votos que había sido hecho por la compañía de Hildebrando Zavala, cuñado del candidato Felipe Calderón. Como se relata en detalle en las referencias [1-4], los datos del programa de resultados preliminares y del conteo distrital estuvieron plagados de anomalías estadísticas, lo que motivó a decenas de investigadores a estudiar la elección. Víctor Romero, Luis Mochán, Jaime Ruiz, Luis Cota y muchos otros, ayudaron a entender que el fraude se había enfocado en "rellenar" digitalmente las votaciones recibidas en las 30 mil casillas donde el Partido de la Revolución Democrática no había tenido representación.

El fraude de la elección presidencial del 2012 fue "híbrido", en el sentido que hubo manipulación cibernética acompañada por compra de votos. La prueba definitiva de la manipulación digital la encontró Víctor Romero, al descubrir que el avance de los votos reportados por el IFE era idéntico en forma al del 2006 [1].

Un caso de fraude electoral por reemplazo de votos parece haber sucedido en la elección de gobernador en el estado de Chihuahua en el 2016. El estudio publicado en la *Revista Mexicana de Estudios Electorales*[12] encontró evidencia que apunta a que 700 urnas con aproximadamente 177 mil votos fueron reemplazadas por urnas con votos a favor del Partido Acción Nacional con promedios de votación altos, entre 48% y 64%, suficientes para revertir el resultado de la elección que puso en la gubernatura al estadounidense Javier Corral.

¿Qué hacer?

Lo que realmente se necesita para que la democracia funcione no es el conocimiento de los hechos, sino la educación correcta.

Mahatma Gandhi

Está claro que la democracia en México no funciona, simplemente porque no existe. Los partidos políticos, los candidatos, el Instituto Nacional Electoral, el tribunal electoral, los medios, y el mismo pueblo que vota, participan en una actividad que tiene cierta semejanza a una elección, pero que carece de la honestidad necesaria para que cumpla con su función.

El punto de partida para resolver el problema es reconocer que el sistema político no está roto, está funcionando exactamente para lo que fue diseñado. El verdadero problema es que después de tantas décadas de simulación y mala educación pública a todos los niveles, la población es incapaz de darse cuenta que el sistema no está diseñado para servir al interés público, y ha sido reconfigurado para beneficiar al sector privado. Ya en ocasiones anteriores se ha sugerido que los senadores y diputados usen en sus atuendos logotipos de las compañías que los patrocinan.

El sistema político no se corregirá automáticamente, los problemas son sistémicos y estructurales, y contienen elementos que se refuerzan a sí mismos perpetuando los problemas. La única manera de reformar el sistema es cambiando las reglas de la competencia política, regulando gastos, propaganda en medios, encuestas, etcétera. También es necesario re-estructurar el proceso de gobierno para reducir la corrupción.

Nada de lo anterior es nuevo, pero algo que sí lo es, es el uso de los "Democracy Dollars", idea propuesta, entre otros, por Andrew Yang, pre-candidato a la presidencia por el partido demócrata de los Estados Unidos. La idea nace de tratar de controlar el flujo de dinero en campañas, y de aumentar la participación ciudadana en las elecciones. Una forma de lograrlo es proporcionar a cada ciudadano en edad electoral vales financiados con fondos públicos y que puedan ser donados a los políticos que apoyen. Yang propuso 100 dólares por persona, junto con una reforma a las leyes para que no hubiera otro tipo de donativos privados. La idea no es mala, 10 mil partidarios podrían significar un millón de dólares para una campaña, y con eso el candidato quedaría comprometido con



las personas a las que representa y no con donantes y corporaciones. La idea se ha utilizado en Seattle con gran efecto. Claro que en México de seguro se abriría un mercado negro de vales en los cuales el dinero electoral se intercambiaría por un pollo o una torta.

Finalmente, el análisis aquí presentado nace de la experiencia de haber estudiado fraudes electorales por más de 15 años, y estas investigaciones indican que –desgraciadamente– muchos estudiosos del tema político-electoral tienden a hacer análisis ignorando la existencia de los fraudes electorales, por lo que es necesario una recomendación. Estimados politólogos, antes de cerrar el procesador de palabras al terminar sus columnas y artículos, pregúntense: "suponiendo que hubiera habido fraude, ¿cómo variaría mi análisis y mis conclusiones? Creo que sus respuestas los sorprenderán.

* Universidad de Texas, El Paso.

REFERENCIAS

López Gallardo, J.A., "Basta de fraudes electorales 1988-2018", Plaza y Valdez, 2018, ISBN 9786074029741
López Gallardo, J.A., "Estudios científicos de fraudes electorales en México", Plaza y Valdez, 2016 ISBN 9786074028355
López Gallardo, J.A., "2012 Fraude Electoral? Estudios Científicos de Los Fraudes Electorales En México", Universidad de Guadalajara, 2012, ISBN 9786074505122
López Gallardo, J.A., "2006 ¿Fraude Electoral? Estudios de las anomalías de la elección presidencial", Doble Hélice, Chihuahua, México, 2009, ISBN 9786070011566

López Gallardo J. A. y Ortiz H., Eds., "Estudios Científicos del Fraude Electoral del 2012", Visual Physics, 2014, ISBN: 1503161943.

Hernández Garza, M., "Las encuestas electorales en México, instrumento de engaño", 2020, En impresión.

Hernández Garza, M., "La elección del 2006 en México, los encuestadores y otros oráculos", Colloqui, Junio 29, 2012. Descargado el 5 de marzo de 2021 desde <http://www.colloqui.org/colloqui/2012/6/29/la-eleccion-del-2006-en-mexico-los-encuestadores-y-otros-ora.html>.

Hernández Garza, M., "Análisis de las estimaciones de las casas encuestadoras vs. Los cómputos distritales en la elección del 2012", Colloqui, Agosto 16, 2012. Descargado el 5 de marzo de 2021 desde

Stephanopoulos, N. O. y Warshaw, C., "The Impact of Partisan Gerrymandering on Political Parties", Legislative Studies Quarterly, 45, 609, 2020. doi:10.1111/lsq.12276. ISSN 1939-9162. Descargado el 5 de marzo de 2021 desde <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/lsq.12276>.

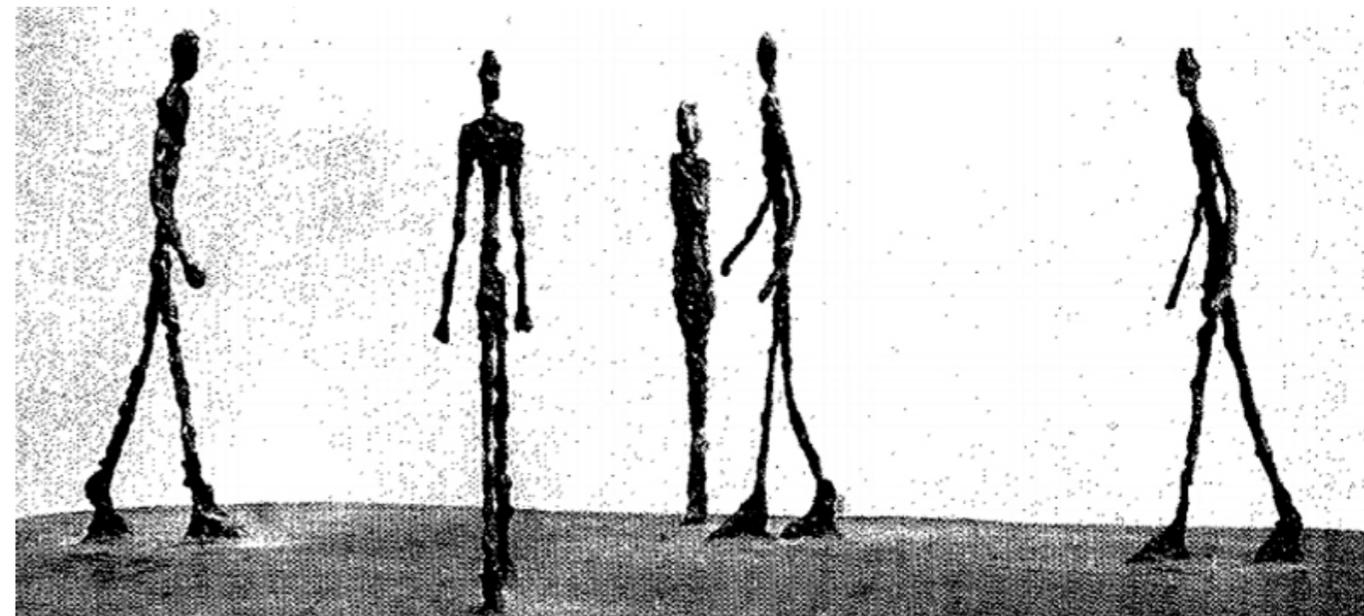
Romero Rochín, V., "Comparación del padrón del IFE de 2006 con 2012", página 11 en Ref. [5].

López Gallardo, J. A., "Voto rural y la preparación del fraude", Pp.12-13 en Ref. [5].

Schmidt S. y López J. A., "Estudio de la elección para gobernador de Chihuahua de 2016", Revista Mexicana de Estudios Electorales, Vol. 4, Núm. 24 (2020).

¿Fin de la democracia? Resumen de una histeria "in crescendo"

Alberto Spektorowski*



Tel *Aviv*.- Si hay algo que caracteriza el desarrollo publicista e intelectual en esta última década es el creciente número de artículos periodísticos y académicos que se centran en la crisis de representatividad de la democracia liberal. Por un lado un marcado número de artículos se dedican al surgimiento del populismo en democracias desarrolladas de Occidente, e incluso advierten sobre un probable surgimiento del fascismo. Por otro lado y desde otro ángulo, otro importante número de libros se centra en la crisis de la democracia. El shock creado tanto por el fenómeno Brexit, como por la elección en 2016 de Donald Trump en los Estados Unidos, sumado al afianzamiento electoral de partidos de derecha radical en Europa, prendieron las luces rojas entre los expertos en la academia y en la prensa liberal. Los mismos miedos y dudas no se han calmado y apaciguado, a pesar del respiro dado por el triunfo de Biden en las elecciones americanas de este pasado año.

No es que el tema de la democracia y el populismo no se haya estudiado antes.

Son temas que están en el tablero de las Ciencias Políticas desde siempre. Tanto en políticas comparadas como en teoría política, estos siempre han sido temas centrales. Sin embargo, cuando en la década de 1970 se debatía el problema del populismo y de la democracia, el foco era generalmente el Tercer Mundo, o lo que se llamaba como mundo subdesarrollado. El populismo y el autoritarismo en América Latina, en el Medio Oriente o en África, era comparado con el desarrollo de democracias estables en Europa y en Estados Unidos. Las teorías de la modernización nos afirmaban que el desarrollo hacia una democracia liberal podría tomar tiempo, y no era un proceso lineal, pero de cualquier forma era un fenómeno ineludible. El modelo a seguir era el de la *poliarquía* de Robert Dahl, y los ejemplos más cercanos al modelo poliarquico eran los de Estados Unidos y Europa Occidental.

La pregunta es cuándo y cómo se cambiaron los papeles

Con el fin del mundo comunista, el mundo demo-liberal compró casi sin reparos

la tesis fallida de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia. Vencido el fascismo en la guerra y derrotado el comunismo en el campo de las ideas y de la economía, no le quedaba al liberalismo más que avanzar progresivamente hacia su triunfo total. Los neoconservadores en los Estados Unidos aprovecharon esta ventana de oportunidades que ofrecía la caída del mundo soviético, para hacerle entender al mundo aun no democrático, que la democratización sería por las buenas o las malas. Al mismo tiempo, el triunfo del neo-liberalismo se consolidaba con el Consenso de Washington, que prometía prosperidad a través de un mundo con fronteras abiertas y alta competitividad.

El triunfo del neoliberalismo no solo implicaba el triunfo de la economía de mercado, sino que también, lo que prometía ser una nueva prosperidad para las clases medias occidentales sería acompañado por una agenda "post materialista" que como la definió Ronald Inglehart, pondría el énfasis en la política de identidades, el multiculturalismo, en los derechos de homosexuales, y en la

política de genero en general. Las viejas preguntas que planteaban los marxistas, acerca de la desigualdad, y la organización gremial quedaban prácticamente de lado en el mundo occidental, que se dedicaría desde esos momentos a temas como la integración de la inmigración, y los derechos culturales.

Todo aparentaba ir viento en popa para la democracia liberal. ¿Qué sucedió entonces con ese optimismo galopante que se proyectaba en los años posteriores a la caída del muro de Berlín?

Muchos dirán que el 11 de septiembre del 2001 puede considerarse como un momento de quiebre. Ese día en el cual el terror islámico mostró su potencial en su máxima expresión, se puede definir como el comienzo de una guerra en la cual la mayor democracia occidental se vería envuelta en múltiples violaciones de derechos humanos que se llevarían a cabo en enclaves como Guantánamo. Si bien tales violaciones de derechos humanos habían sido comunes durante la guerra fría, se podía considerar que en el mundo del “fin de la historia” post-soviético, tales fenómenos no se deberían producir.

Y por si ello fuera poco, el conflicto con el Islam no se limitó solo al campo del terror, sino que invadió la teoría política. De pronto los conceptos del post materialismo, que debían ser aceptados como contribuyentes a un liberalismo más tolerante y amplio, aparecen como negativos. El multiculturalismo es atacado por ser una de las razones de destruir en vez de contribuir al civismo. Se empieza a entender que la política de identidades serviría también de base teórica para el resurgimiento de la política nacionalista y del populismo. Los que saludaban el fin de la historia se encuentran con el recomienzo de la historia. De pronto nos encontramos con que el “conflicto de civilizaciones” que anunciaba Samuel Huntington, daba paso al conflicto dentro de las democracias liberales, que destacó el mismo Huntington en su último libro: *Who are we. The Challenges to America's National Identity* (2004). Nos encontremos así cara a cara con el conflicto sobre nuestra identidad, algo que considerábamos completamente superado, pero que se retoma con toda su fuerza en el seno de los Estados Unidos y de las sociedades más desarrolladas del Occidente.

Sin ninguna duda las preguntas de identidad han sido canalizadas por los nuevos populismos de derecha, y tan de pronto los populismos que los veíamos

proyectados en el tercer mundo, especialmente en América Latina, pasan a ser parte del debate democrático en las democracias occidentales. Una inmensa literatura focalizada en el populismo entonces comenzaba a resurgir. Autores como Jan-Werner Müller, de Princeton, lo ven como un atentado mortal para la democracia pluralista; y otros, como Nadia Urbinati, de Columbia University, los ven como transformadores de la democracia, sin necesidad de destruirla.

En definitiva, de pronto nos encontramos con una suerte de “argentinización” de la democracia occidental casi sin esperarlo. La idea es que la democracia no iba ni va a caer, pero sí que se ensuciara de tal modo que no nos permitirá hablar de democracia liberal. Por el fin de siglo 20, Guillermo O'Donnell instauró el concepto de “democracia delegativa”, la cual describía esa suerte de democracia gris, en el cual las divisiones de poder no existían en forma clara, y en donde el poder y la supremacía de las altas cortes de justicia se ponía en duda. Por los mismos años, Fareed Zacharia desarrollaría el concepto de “democracia liberal”. A primera vista entonces no había nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, como lo afirmamos anteriormente, O'Donnell hablaba del concepto en relación al Perú de Fujimori y a la Argentina de Carlos Menem; y Zacharia en relación a la democracia islámica de los Hermanos Musulmanes. Ambos veían esa forma de democracia desarrollándose en países tercermundistas, o en los países más problemáticos de la transición a la democracia en el ex mundo soviético.

Y henos aquí que el concepto de democracia liberal es ahora un concepto en boga con el cual Viktor Orbán, en Hungría define a su gobierno y con el cual también podríamos definir al gobierno de Polonia; ambos países que se podían considerar como los más exitosos en el proceso de la transición a la democracia dentro del ex mundo soviético. Pero más que ello, no solo que estamos hablando de países en el seno de la Unión Europea, sino que hay sospechas que más que importar valores democráticos, estos países exportan su “innovación” ideológica que es compartida por los crecientes movimientos de derecha radical en el seno de la Unión Europea.

Ello sin ninguna duda acompaña las más que crecientes insinuaciones sobre la desvalorización de los valores democráticos liberales que sostienen al proyecto de la Unión Europea y de la democracia occidental en general. Nada

de ello sería tan preocupante si no se hubiera dado la elección de Donald Trump en los Estados Unidos y la decisión del Brexit en el Reino Unido.

La pregunta que cundía era, que si la democracia en Estados Unidos permitía que el fenómeno Trump llegara a la presidencia, y si el Reino Unido decidía salirse del proyecto político más iluminado y liberal de la post guerra, algo realmente serio estaba sucediendo.

En un libro bien publicitado, Levitsky y Ziblatt (*How democracies die*, 2018) expresaron en parte esa preocupación en el mundo occidental. Las democracias no caen con golpes de estado militares, sino por una creciente desvalorización de las normas de convivencia. Las democracias deben dar cobijo a ideas diferentes y a partidos políticos que se disputen el poder. En el momento que estos partidos políticos se comportan como enemigos, y no comparten normas comunes acerca de la reglas del juego democrático, el proceso democrático se corrompe. Los autores sostienen que este es un proceso que se ve claramente en los Estados Unidos. Y ello aparentemente no se detiene a pesar de la caída de Trump. Los partidarios de Trump en el seno del partido republicano, a pesar de la derrota eleccionaria siguen siendo mayoría dentro del partido, y no comparten con los demócratas las mínimas ideas de convivencia política. El asalto al Capitolio fue quizás la muestra más clara de frustración de un sector de la población americana ante lo que consideran el “robo de América”. ¿A qué se refieren? ¿Cómo puede una parte reducida o grande de la población americana negar los principios básicos de la democracia liberal?, se preguntan intelectuales, profesores y votantes del partido demócrata. ¿Cómo puede ser que la lucha contra el racismo, la cual debe ser un punto básico para cualquier demócrata, sea ignorada o completamente desvirtuada por un grupo importante de la población? ¿Es qué estamos volviendo a la época de la guerra civil?

Quizás esa misma pregunta se la hagan muchos en Europa, cuando observan la base electoral de la derecha radical, que aun siendo minoritaria, es preocupante. También los movimientos fascistas y nazis en la década del 30 eran minoritarios y llegaron al poder a través de una mezcla de intimidación, violencia y lucha democrática. Precisamente si tomamos en cuenta la triste historia no tan lejana del fascismo y el nacional-socialismo en Europa, la sensación de histeria no se calma ni siquiera aceptando

la observación de que el fascismo solo llega al poder en procesos democráticos, como en Alemania e Italia.

Aunque es odioso hacer comparaciones en nuestro tiempo, igual para muchos observadores, lo que estamos viendo alrededor de la cuestión de la inmigración, y el resurgir del nacionalismo, es un retroceso al recuerdo de épocas que preferíamos olvidar. Libros como el de Federico Finkelstein, sobre el fascismo y el populismo, nos recuerdan no solo las diferencias que son claras, sino los punto de encuentro.

Es difícil obviar entonces que la democracia fue destrozada desde adentro por el fascismo y el nacional-socialismo, y por ello es necesario precisamente ponerle atención a ese proceso. Son preocupantes los ataques actuales por parte de las derechas radicales a las Altas Cortes de Justicia que defienden derechos individuales, y derechos de minorías, y que en general son la barrera que sostiene a la separación de poderes. La socióloga de Princeton, Kim Lane Scheppele, por ejemplo, ha analizado cómo Viktor Orbán y su partido Fidesz han socavado poco a poco el sistema constitucional de Hungría. Lo que la autora denomina la *frankensteinizacion* del orden constitucional, alude al proceso en el cual leyes antidemocráticas son aceptadas en un proceso lento dentro del marco legal. Con el tiempo el paquete de leyes, vistas una a una, al principio parecen inofensivos, y se transforman en un monstruo. Todo se hace en forma legal, y el resultado es la destrucción de la democracia, o lo que Orbán mismo denomina como instauración de la democracia no liberal.

Para muchos, entonces, el peligro que nos trae el surgimiento del nacionalismo populista es precisamente la apropiación del concepto de democracia, a fin de reducirlo a la idea del poder de las mayorías. Para el supuesto populismo democrático, el pueblo representa la voluntad general y el correspondiente desprecio a las minorías.

Sin embargo, a pesar de lo tentador que supone aferrarse a la teoría del populismo mayoritario contra élites minoritarias, los avatares de la política americana nos muestran precisamente una contradicción en la teoría del populismo como representante de la democracia mayoritaria. En realidad el populismo de Trump es minoritario y su lucha política se basa justamente en utilizar las prerrogativas constitucionales que fueron originalmente creadas para proteger a la minoría pudiente.



La interpretación “originaria” de los trumpistas radicales sobre la constitución americana es correcta. Los padres fundadores de la democracia americana concibieron el marco constitucional como forma de bloquear una posible soberanía popular. Con el tiempo instrumentos constitucionales como el “filibuster”, en el marco del senado, fueron utilizados para defender a minorías étnicas o culturales. Sin embargo, hoy en día son las armas del populismo minoritario. La distribución igualitaria entre estados en el senado, el *filibuster* destinado a bloquear decisiones de la mayoría, y el *gerrymandering*, que permite definir zonas de votación en el marco de legislaturas estatales, son las armas constitucionales que adopta el populismo americano, que representa aún a una “mayoría blanca”, que adapta las políticas de identidades a su beneficio. No es sorpresa entonces, a pesar de la oposición de intelectuales como Luis Fleischman, de Palm Beach (“Senator Manchin, the Filibuster, and the Loss of a Glorious Political Tradition”, Palm Beach Center for Democracy) que cada vez mas demócratas liberales en los Estados Unidos exigen una reforma constitucional, a fin de dar expresión a lo que se podría definir como soberanía popular.

Pero quizás lo más importante que queda claro con el ejemplo americano es que reformas constitucionales, o legales de cualquier tipo, no es lo que hacen perfecta o puede salvar a una democracia. Un régimen presidencial constitucionalista como el americano, nunca quiso impedir que ideas racistas aparecieran y se promuevan. Sin embargo el sistema constitucional se suponía que estaba

construido de forma tal para que ningún partido racista populista pueda obtener mayoría y destruir el sistema. Es decir que aunque personajes como Trump abundaron en la experiencia política americana, lo que se esperaba como dijimos anteriormente, era que el sistema impediría a un estilo Trump conquistar el poder político. Y sin embargo el sistema mismo no solo no lo impidió llegar al poder, sino que el fenómeno Trump sigue vivo en parte respaldado en el sistema.

Se podría afirmar entonces que cualquier cambio de sistema electoral, por más beneficioso que sea para el liberalismo, no va a detener lo más preocupante de todo, que es la constante desvalorización de los valores democráticos en las sociedades occidentales.

Desde 2006 la organización no gubernamental *Freedom House* observó que crece constantemente el número de estados con números decrecientes en materia del orden democrático interno. El número de ciudadanos jóvenes en estados democráticos que cada vez sienten dudas acerca de los procesos democráticos, es cada vez mayor. Precisamente el hecho de que los valores democráticos se desvaloricen, aunque sea un fenómeno aun minoritario, lleva a la pregunta sobre qué es lo que falla en las ideas, más que en los sistemas que los aplican.

Para muchos observadores, la conclusión es que aunque el liberalismo o la teoría de los derechos individuales y culturales, que son la base de toda democracia liberal siguen vigentes, ya no tienen viento en popa.

El filósofo político Yaschka Mounk, sintetizó en su libro *The People vs. Democracy. Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It* (2018) algo que ya se venía discutiendo en todos los debates sobre la democracia. Ello es que la síntesis entre democracia y liberalismo es más forzada de lo que parece. La democracia implica igualdad, implica la intervención niveladora del estado, y en cierto sentido la democracia se afirma en la soberanía popular. El liberalismo implica derechos individuales, defensa de minorías, y fundamentalmente restricciones al poder popular.

Pero si de entrada la teoría nos presenta una complicación, lo que Mounk destaca es lo que venimos observando desde hace tiempo, y es que el conflicto actual no es entre democracia liberal por un lado y autoritarismo populista por otro, sino que es entre “democracia no liberal” (populismo) y liberalismo

“no-democrático”. Para muchísimos observadores, la modernización tanto a nivel económico como a nivel social, invita a la cada vez mayor tecnocratización del liberalismo. La relación del liberalismo con élites tecnocráticas y legalistas, crea una situación de autoritarismo de la “corrección política” y de los instrumentos legales para una gran parte de la población. Otra de las implicaciones de tal política liberal es lo que el profesor israelí Yossi Shain definía como el “discurso de la corrupción”, que suplanta al debate ideológico entre derecho e izquierda. En Israel, por ejemplo, se está viendo ese debate desarrollado en su máxima plenitud. Las élites liberales se centran en la defensa de la legalidad, cuando una importante parte de la población reniega de ello. O sea, estamos ante una lucha sobre la meras reglas de juego democráticas y sobre la interpretación misma de la democracia. Pero aún más preocupante que el “discurso de la corrupción” es lo que se comienza a oír entre defensores del orden liberal, tales como Jason Brennan en su libro *Contra la democracia (Against Democracy, 2018)*. Ante los desafíos que afronta la sociedad moderna en la actualidad y en el futuro, la democracia no puede ofrecer soluciones. Es necesario una “epistemocracia”, o gobierno de los inteligentes, de los tecnócratas, de los eficientes. En cierta forma Brennan llega a la conclusión a la que Platón llegó allá por los 500 a.c. Desprecio por la democracia e invitación a un “despotismo ilustrado”.

Aunque la gran mayoría de los liberales no consideran aún esta solución, de igual forma la pregunta que los deja sin dormir es qué hacer ante una “posible” situación en la cual una mayoría, o al menos una coalición mayoritaria, se vuelque en contra de los derechos de las minorías, tanto étnicas como sexuales (homosexuales, lesbianas). Qué hacer ante una coalición mayoritaria que reniegue de la división de poderes, y exija un ejecutivo que represente “la voluntad general”, o la soberanía popular. En definitiva esa voluntad general que reniega de minorías, está explícita en la idea del contrato social de Jean Jacques Rousseau, del cual liberales generalmente anglosajones renegaron. Más aún, los liberales no son solo críticos del republicanismo francés, sino que críticos de las versiones etno-nacionalistas, muchas de ellas racistas, cuya interpretación de mayoría popular basada en un grupo étnico dominante desvirtúa el concepto del contrato social de Rousseau. Sin embargo,

tanto una versión como la otra, son profundamente no liberales. Y la pregunta es, ¿qué hacemos entonces si nos encontramos con mayorías anti liberales de ese tipo? No hay que expandirse a analizar a ninguna dictadura para entender el caso.

En Francia democrática, una amplia mayoría no permite lo que muchísimos liberales definen como libertad de expresión religiosa de la minoría musulmana. Crecientes manifestaciones de este estilo discriminatorias de minorías religiosas las vemos legitimadas en la Europa democrática y liberal de hoy día.

En cierta forma se justifica un poco la histeria que se apodera de muchísimos liberales en el mundo. Los liberales en todos los sentidos, conservadores, socialdemócratas, etcétera, no son minoría en el mundo occidental aún, pero como afirmábamos, sienten el viento en contra.

Ese viento en contra se da por dos razones. Una razón es atribuida a “la crisis de la política” en las sociedades democráticas, y al auge de líderes populistas amoraes y no responsables que se aprovechan del desconformismo social creciente. Y otra razón, más prosaica y que liberales especialmente en la academia no están prontos a considerar, y es que quizás el liberalismo que defienden, no es convincente a nivel sociopolítico, y es discutible a nivel teórico. Eso quizás es algo que no esperaban en estos tiempos. En otras palabras, lo que se ganó en la lucha de las ideas y en el terreno económico a fines de la década de 1980, es debatible nuevamente. Aparentemente el mensaje que aparece hoy día es que hay que reconquistar esos derechos en el plano intelectual, y reafirmarlos en el plano político, no porque se hayan perdido, pero sí porque se están poniendo en duda. En los laboratorios ideológicos de la nueva derecha, y de los grupos identitarios en Europa y Estados Unidos, está creciendo la alternativa ideológica. Para muchos observadores, esto más que tratarse de populismo, avecina el resurgimiento de una especie de fascismo intelectual. Tampoco nada nuevo pero sí muy desafiante. ¿Por qué? A diferencia de lo que explica el filósofo americano Jason Stanley (*How Fascism Works: The Politics of Us and Them, 2018*), el fascismo está lejos de estar limitado a un líder demagógico, y a masas incitadas por un ultra nacionalismo a rajatabla. Eso es cierto sin lugar a dudas. Pero el gran problema para los liberales no es solamente ese (que es sin ninguna duda un problema central). El problema como dijimos es que los demo-liberales aparentemente

están perdiendo la batalla de las ideas, frente al nacionalismo neo fascista popular.

El problema es que la multiculturalidad es cada vez más insostenible conceptualmente; y defenderla resulta cada vez más problemática. El liberalismo no puede resolver el problema socio-económico, y ello en el momento en que los grandes defensores de la democracia social, ergo los partidos socialdemócratas, hace tiempo abandonaron la defensa de las clases populares nacionales para defender a inmigrantes y a la economía de mercado. Y todo ello cuando sucede lo más duro: y ello es que es más fácil luchar por conquistar los derechos, que luchar para protegerlos. Hoy día, la lucha por la protección de los derechos liberales progresistas se lleva a cabo por el “Estado profundo” y por las clases medias pudientes e inteligentes, ergo las élites sociales e intelectuales. A diferencia del fascismo en el pasado, que fue apoyado por la burguesía en la lucha contra el “progresismo” comunista, hoy en día lo que se define como “woke capitalism”, apoya crecientemente las ideas liberales progresistas. El caso llega al punto tal, que como lo describe Thomas Edsall en el *New York Times*, ya el Partido Republicano comienza a sentir la falta de apoyo entre los que siempre lo apoyaron, el “big business”. (Edsall “The marriage between Republicans and Big business is on the rocks” April,14, 2021.)

La gran pregunta entonces es, si le podrán hacer frente a una derecha que aún conjuga a elementos de la alta burguesía pudiente, pero está cada vez más asociada a clases populares, frustradas por su relegamiento en los procesos de modernización tecnológica y social. Esta sin duda alguna, es una de las preguntas de esta época, que ni siquiera el debate sobre el mundo que se vendrá en la post pandemia, puede ocultar.

Por si eso fuera poco, el futuro de la democracia se va a ver sellado por el avance tecnológico que no va a dejar un milímetro de privacidad al ser humano. Quizás este sea el máximo desafío que sin embargo no abordamos acá, porque los cuestionamientos aún están en proceso de elaboración. En definitiva, aún no sabemos exactamente cuáles serán las innovaciones tecnológicas y sus implicaciones, especialmente para las nuevas generaciones, aunque sospechamos que serán sumamente problemáticas para la democracia.

En definitiva, la pregunta que tendrán que responder los liberales, es cómo

controlar la subyugación de la mente pública producida por compañías como Google, Amazon, etcétera, sin recurrir a un déspota ilustrado que nos proteja. ¿Es que en el marco de la democracia liberal se le puede dar respuesta a estos desafíos? ¿Es que tendremos que aceptar finalmente que el desafío tecnológico, y la razón técnica superará a la razón moral, o a la razón dialéctica, como ya nos manifestaban los miembros de la Escuela de Frankfurt?

Estas son preguntas difíciles de responder, y el justificado histerismo de la democracia liberal va “in crescendo”.

A fin de concluir sugerimos postergar este último desafío tecnológico para las próximas generaciones. En la actualidad, sin embargo, lo urgente es preguntarse de qué forma afrontar al populismo actual que difícilmente desaparecerá.

Quizás un paso hacia delante, aunque sea problemático, es intentar comprender que hay que tomar en consideración y abordar ciertos temas que los populistas presentaron. Esta estrategia que muchos, como la socióloga americana Mabel Berezin, de la Universidad de Cornell, definen en forma crítica como “normalización de la derecha”, quizás sea lo que hay que hacer a pesar de las críticas.

La socialdemocracia en Dinamarca es criticada duramente por asumir una política anti inmigratoria y de integración cívica nacional. La idea atrás de estas políticas, es devolver los votos que se habían escapado hacia la derecha radical. En Francia el presidente liberal Emmanuel Macron adopta políticas anti islamistas que son parte del *bagage* ideológico del ex Frente Nacional. En el Reino Unido, el partido Brexit y el UKIP desaparecen porque los Tories adoptan parte de su discurso. En Israel el nacional populismo actual del premier Benjamín Netanyahu no es combatido por un programa de izquierda democrática, sino por una unión de derecha y de liberales anti populistas. La alternativa a Natanihu se avecina como una nueva derecha más derecha o igual que la de Nataniahu mismo.

Acompañando al desafío político, también a nivel teórico, al demo-liberalismo le han crecido alternativas conceptuales que son difícil de ignorar. Por muchas décadas la escuela filosófica de Leo Strauss fue despreciada por los liberales en los Estados Unidos; y en Francia “vigilantes intelectuales” era la “mejor” respuesta liberal a la Nueva Derecha de Alain de Benoist. Pero más que denun-

ciar e ignorar al enemigo intelectual, más que presentar una “cancel culture”, como la existente hoy en día en los marcos progresivos de los Estados Unidos, lo que debería hacer el liberalismo democrático es volver a convencer tanto a nivel político como a nivel conceptual, acerca del valor de la síntesis demo liberal para el mundo actual. Sin lugar a dudas que muchos logros conceptuales y políticos del liberalismo, con el apoyo de fuerzas progresistas en el mundo occidental, no van a ser ignorados ya más. No va a haber vuelta atrás en logros y reivindicaciones, como ser el derecho de la mujer, y el de minorías sexuales. Estos logros ya han sido absorbidos por las mayorías. Pero al mismo tiempo, la defensa de derechos multiculturales, especialmente de minorías culturales y religiosas, es un precio demasiado alto, inclusive para sociedades modernas. Esto es difícil de deglutir para demo-liberales modernos, pero quizás sea una de los vértices por los cuales la democracia liberal puede ser salvaguardada. La aceptación de un espíritu nacional común, como bien lo definía el filósofo político británico David Miller, es lo que es necesario para que exista un mínimo de solidaridad de la mayoría hacia minorías étnicas o culturales. Para ponerlo claro, minorías religiosas como los hareidim judíos, tanto en Israel como fuera de Israel, o musulmanes radicales en Europa, no llevarán nunca a conseguir la simpatía o a la colaboración a sus demandas por parte de la mayoría. Es bien cierto que tales minorías deben disfrutar de derechos políticos y de derechos de expresión y protesta. Al mismo tiempo, y sin desplazar los derechos individuales, como lo trato de demostrar en mi libro “From Multiculturalism to Democratic Discrimination” (Michigan, 2020), precisamente lo que las democracias hacen es discriminar contra expresiones culturales y religiosos de minorías religiosas desafiantes por un lado y de minorías racistas o misogénicas, por otro. Ambas desafían las “victorias liberales” en el hogar nacional. Quizás hoy, más que nunca sea necesario aceptar a regañadientes que la política de los socialdemócratas dinamarqueses con respecto a la inmigración no adaptable al espíritu nacional, o la del presidente francés Emmanuel Macron, con respecto al comunitarismo islamico en Francia sean las políticas necesarias. Para una gran mayoría de demócratas liberales, especialmente los anglosajones, esa clase de discriminación es inaceptable. Sin em-

bargo es perfectamente aceptable para un demócrata nacional, inclusive basándose en una interpretación que conjugue la cultural nacional con el liberalismo. Para los demo-liberales, la doctrina universal de los derechos humanos es casi intocable. Es una creación particularista con alcance universal, que sirve asimismo para que sociedades no occidentales alcancen su “liberación”. Sin embargo, probablemente liberales occidentales desgraciadamente no puedan ayudar a liberales en Irán. Quizás no puedan colaborar en la lucha por el derecho de las mujeres en Afganistán. Sin ninguna duda esas son batallas importantes pero difícilmente ganables. Lo que sí es aplicable es la instauración del liberalismo en el “hogar nacional”, que se expresa en la garantía de los derechos de mujeres, de homosexuales y lesbianas, al cual inclusive minorías culturales o religiosas deberán adaptarse.

Y finalmente, en el plano socioeconómico y global, quizás los demo-liberales deban superar su fe en el mundo del mercado abierto, y aceptar políticas de nacionalismo económico, estilo Trump, y de intervención del estado en la economía, como lo hace en la actualidad John Biden. Más aún, quizás también la frase “my country first” no esté tan mal conceptualizada y ella no sea necesariamente contraria a la colaboración con el resto del mundo. Intereses egoístas y coaliciones de intereses también pueden ser efectivos para el progreso y resolución de problemas que nos afectan a nivel global.

En definitiva, sin entrar a una discusión acerca del futuro lejano de la democracia, a un nivel mucho más puntual y pragmático, debemos admitir que la reacción populista nos hizo abrir los ojos. Quizás sea necesario por lo menos a corto plazo readaptar o rebalancear a la democracia liberal. Sin dejar de lado los valores universales, los valores nacionales siguen siendo las espaldas en donde esos valores universales se afirman.

Finalmente, aunque es bien cierto que hay que impedir la tiranía de las mayorías populares, también hay que impedir la tiranía del legalismo institucional y del liberalismo tecnocrático. El balance adecuado sigue siendo la “ciencia” en la que se resguarda una democracia adaptada a un mundo actual, que en vez de huir del nacionalismo se acerca más a él.

* Universidad de Tel Aviv.

¿Por qué fracasan las democracias?

Xóchitl Patricia Campos López*

Diego Martín Velázquez Caballero*



Puebla.- Desde la mirada aristotélica la democracia no constituye la mejor forma de gobierno, sino la peor; pero, desde los añejos tiempos clásicos, se establecía como la menos mala de las formas corruptas. Esta situación deja entrever una dinámica inestable en la esencia del régimen democrático como sistema de gobierno y estilo de vida. Este desequilibrio, desde el modo positivista que busca sistematizar los fenómenos sociales con la cuantificación, puede medirse a través de indicadores para atender los dispositivos de conflicto y colapso probables. Las ciencias sociales, y particularmente la ciencia política, han logrado medir la estabilidad mínima suficiente. Hacia el final de la Guerra Fría se vuelven temas esenciales del análisis sociológico, la instauración democrática, sus características y rendimiento.

La democracia, como forma de gobierno ideal de civilización occidental, se convierte en un objeto de estudio para las ciencias sociales, las cuales proponen vías de modernización y cambio político para alcanzar el establecimiento de la misma. Por ello, al observar el estado de la democracia en el mundo, es importante considerar dichos índices, indicadores

y variables.

Las instituciones y los mecanismos de las democracias representativas son los principales objetos de análisis. Esto no significa ignorar a la democracia directa como la máxima expresión democrática, sino reconocer la experiencia pragmática de las democracias representativas y su verdadero potencial de mejoramiento. Si el análisis ha de concentrarse en las democracias representativas, entonces la rendición de cuentas (un rasgo central en la experiencia de la democracia representativa) se convierte en una dimensión significativa en la medida que garantiza a los ciudadanos y la sociedad civil, en general, legalidad, estado de derecho y un medio efectivo de control sobre las instituciones políticas.

Los estudios sobre la democracia en América Latina han procurado ir más allá del análisis de las transiciones y la consolidación, para preocuparse por hacer una evaluación comparativa y confiable de la calidad de la democracia. Desde su aparición, el tema de la calidad de las democracias ha sido objeto de interés no sólo en el ámbito académico de los estudiosos de la ciencia política, sino también de activistas de la sociedad

civil, organismos u organizaciones que elaboran proyectos para estudios que muestren en qué medida son “buenas” las democracias. Esto requiere entender la democracia en términos multidimensionales. Así, la calidad de la democracia es un continuo que varía con base al nivel alcanzado en cinco dimensiones interrelacionadas: decisión electoral, participación, respuesta a la voluntad popular, responsabilidad gubernamental y soberanía.

Las investigaciones contemporáneas acerca de la democracia se enfocan en analizar el funcionamiento y la evaluación de su calidad. Es decir, se parte de la necesidad de entender a la democracia como un procedimiento que abarca una serie de elementos que van a caracterizar al régimen democrático.

Para finales del siglo XX la teoría democrática no incluía estudios respecto a dimensiones simbólicas fuera de los procesos electorales competitivos y honestos. La nueva conceptualización, en referencia a la democracia, proponía ir más allá de las reglas electorales para analizar el desempeño de las variables que sirven para medir una democracia y así determinar su nivel de calidad.

La consolidación de las democracias no depende tan solo de las elecciones sino, también, de una serie de prácticas y hábitos dentro de la clase política, así como en la sociedad, para convertir al régimen de gobierno democrático en un estilo de vida.

Un análisis sobre la calidad de la democracia, es decir, un escrutinio empírico sobre que tan “buena” es una democracia, requiere que dicho régimen cuente cuando menos con los siguientes elementos: sufragio universal; elecciones regulares, libres, competitivas y justas; más de un partido político y más de una fuente de información. Lo anterior sin perder de vista los principales objetivos de una democracia ideal: libertad e igualdad.

Para Morlino, una democracia de calidad es aquella que presenta una estructura institucional estable y que hace posible la libertad e igualdad de los ciudadanos mediante el funcionamiento legítimo de sus instituciones y mecanismos. Una buena democracia es un régimen ampliamente legitimado, que satisface completamente a los ciudadanos (calidad en términos de resultado). Cuando las instituciones tienen

el completo apoyo de la sociedad civil, pueden alcanzar los valores del régimen democrático. Pero si, por el contrario, las instituciones posponen sus objetivos e invierten energías y recursos en consolidar y mantener su legitimidad, cruzar incluso el umbral mínimo de democracia se vuelve una acción destacable. Una buena democracia es aquella en la que los ciudadanos, asociaciones y comunidades que la componen disfrutan de libertad e igualdad (calidad en términos de contenido). En una buena democracia los propios ciudadanos tienen el poder de verificar y evaluar si el gobierno trabaja por los resultados de libertad e igualdad de acuerdo al gobierno de la ley. Monitorean la eficacia de la aplicación de las leyes vigentes, la eficacia de las decisiones tomadas por el gobierno, la responsabilidad y la rendición de cuentas políticas de los gobernantes electos en relación con las demandas expresadas por la sociedad civil (calidad en términos de procedimiento).

Una democracia con altos índices de calidad, convoca a una consolidación inmediata y legitimación ciudadana. Por el contrario, las democracias fallidas se confrontan con una ingobernabilidad

creciente por carencia de consenso, estado de derecho y control social.

La democratización gradual de los países latinoamericanos no sólo fue impulsada por las crisis económicas de los años ochenta, sino también por la influencia de “la tercera ola de democratización”, que había comenzado con las transiciones democráticas en Portugal (1974), España (1978) y Grecia (1974). Los procesos de democratización en los países de Europa del Este, al finalizar la Guerra Fría, durante los años noventa, también influyeron en las transiciones democráticas en América Latina.

En la literatura clásica a menudo se plantea que la calidad de la democracia es baja porque no se han generado “gobiernos efectivos”, ni ha sido capaz de mejorar el nivel de vida de la mayoría con lo cual se observa la paradoja de dos situaciones aparentemente contradictorias: calidad de la democracia (proceso de participación e influencia política de la ciudadanía) y efectividad del gobierno (resultados de gestión, buen o mal gobierno).

La democracia y el buen gobierno son dos objetivos deseables, pero el valor de cada uno puede ser entendido más claramente si se analizan como conceptos distintos. Democracia competitiva y procedimental es una cosa, y buen o mal gobierno es otra. La calidad de la democracia depende del funcionamiento de los procesos mediante los cuales la población selecciona y controla a sus gobernantes. En menor medida, pero con una consideración cada vez mayor, existe una correlación respecto de la eficacia de gobierno en la solución de los problemas del país. Incluso un gobierno que se apegue estrictamente a las políticas que aprueban la mayoría de los ciudadanos puede llevar a resultados que luego sean vistos como negativos de modo que se le considere un mal gobierno. En ese caso, las democracias también se distinguen por las posibilidades inmediatas de cambiar a sus gobiernos en un modo pacífico.

Aunque la gobernabilidad no es la característica esencial de la democracia, las democracias incipientes de América Latina han cambiado sus gobiernos débiles, ineficaces y corruptos en muchos casos, más o menos en forma pacífica; si se recuerdan los golpes de estado, revoluciones e intervenciones militares extranjeras del pasado reciente. Los conflictos políticos no han desaparecido de la región, pero es verdad que la transmisión del poder ha disminuido en cuanto



a proporción de conflictos sociales. El ambiente de la gobernabilidad democrática es negativo en muchos aspectos: emigración, narcotráfico, corrupción y violencia; son producto de sociedades caracterizadas como Estados fallidos, lo que permite visualizar la paradoja entre el tsunami de demandas sociales que tienen los gobiernos nacionales y la fortaleza institucional de las entidades sociopolíticas. Los Estados latinoamericanos no se corresponden con una cultura cívica fuerte, independencia soberana y capacidad institucional. En América Latina los Estados se han democratizado, pero no alcanzan su Edad Moderna.

Es importante reconocer que las democracias occidentales han seguido una trayectoria liberal-democrática que cualquier análisis concreto sobre la calidad de la democracia debe considerar, así como el impulso hacia una dirección marcada por elecciones más igualitarias. Libertad e igualdad, a pesar de cómo suelen ser entendidas desde un nivel normativo/valorativo, están vinculadas necesariamente a la rendición de cuentas y reciprocidad. Un Estado Moderno requiere también una Sociedad Moderna.

Una mayor implementación de la libertad e igualdad para los ciudadanos y la sociedad civil limita con la esfera de mecanismos representativos, estado de

derecho y rendición de cuentas. Un gobierno de la ley efectivo es indispensable para una buena democracia. La legalidad se vincula con la libertad respecto a todas aquellas leyes que directa o indirectamente sancionan los derechos y su correcta realización. La rendición de cuentas se basa implícitamente en dos asunciones de la tradición liberal que realza la interconexión de todas las dimensiones. La primera asunción es que si a los ciudadanos se les da genuinamente la oportunidad de evaluar la responsabilidad del gobierno en términos de la satisfacción de sus propias necesidades y requerimientos, son de hecho capaces de hacerlo, en posesión sobre todo de una percepción relativamente acertada a sus propias necesidades. La segunda consideración es que los ciudadanos, ya sea solos o como parte de un grupo, son los únicos jueces posibles de sus propias necesidades. El liberalismo democrático postula una sociedad civil saludable y un Estado fuerte, aún cuando sea mínimo.

Ahora bien, aunque globalmente más de una centena de países se consideran democracias, lo cierto es que tan sólo una veintena mantiene valores aceptables de persistencia y equilibrio frente a la complejidad. La teoría de las transiciones políticas se convirtió en el manual de operaciones para construir regímenes modernos desde la perspectiva occidental; lamentablemente, ésta olvida considerar que las naciones no están aisladas, así como que la cultura liberal no es compatible con los valores y creencias de la mayor parte de la humanidad. Las sociedades que se han consolidado como democráticas, más o menos logran armonizar la gobernabilidad con las demandas económico-sociales libres y la competencia política con la transmisión pacífica y limpia del poder. Los métodos procedimentales de limpieza electoral son la primera garita del difícil arte gubernamental que la democracia implica. Ni qué decir del Estado de Derecho o la Seguridad Social. Aún cuando todos los sistemas democráticos presentan errores, las demandas sociales no deberían constituir un riesgo para que el sistema político sea trastornado.

Si bien es cierto que las democracias son vulnerables y nada garantiza su perpetuidad, los sistemas democráticos que se colapsan se presentan en circunstancias constantes: ingobernabilidad, surgimiento reciente y modernización acelerada. La transformación política fue diferente en cada uno de los países



“democratizados” debido a contextos dispares, por lo que el proceso de democratización fue más rápido y profundo en algunos países que en otros. Esto trajo como consecuencia que los niveles de “calidad democrática” entre los países no fueran iguales. No obstante, para el inicio de los años noventa, la mayoría de las democracias emergentes ya tenían, al menos, elecciones competitivas y periódicas.

El enfoque comparativo puede explicar que la falta de un contexto liberal y pluralista es la causa principal del fracaso en las democracias incipientes. Pero también la geopolítica genera aportaciones. Cultura, contexto y geografía, son elementos indispensables para entender las posibilidades de evolución positiva que tienen las malas democracias, o democracias de fachada en el futuro; más allá de los indicadores normales.

La didáctica de la democracia se estableció en la prospectiva de un mundo homogéneo, donde la globalización económica generaliza los valores liberales y consumistas. La democracia representativa y moderna se establecía como una forma económica, procedimental, pacífica y racional, de atender los problemas locales y globales. El escenario unívoco occidental no ocurrió y, más bien, las diferencias culturales se hicieron evidentes, cada vez, con mayor fuerza. Las identidades civilizatorias y el renacimiento religioso son los principales adversarios de una democracia que aspiraba a convertirse en global y dirimir, del modo más económico posible, las diferencias sociales e internacionales.

Norberto Bobbio acertó a pronosticar los problemas que tendría el futuro de la democracia en un mundo post-

soviético, consumista y globalizado. Pero ese mundo sólo alcanzó a durar unos cuantos años después de la caída del Muro de Berlín. El mundo se hizo balcánico, multipolar y ultra religioso. Los problemas de la democracia se vieron incrementados por las identidades emergentes y sus reacciones a la globalización modernizadora.

Durante la Guerra Fría el mundo era más homogéneo de lo que ha venido a ser en la era multipolar. La desaparición de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) motivó procesos de nativización e indigenismo en todas las civilizaciones, incluido el Occidente. Comunismo y capitalismo subordinaban los principios culturales y religiosos a sistemas políticos modernos, con sus diferencias y antagonismos; ambas filosofías compartían principios respecto de la democracia y la configuración occidentalista.

La derrota del comunismo generó un vacío donde las religiones e identidades se manifestaron con mayor fuerza. El colapso de la URSS hizo que la modernidad se contrajera y tomara hibridaciones que la llevaron al relativismo y casi extinción. La Guerra Fría fue un punto de equilibrio entre dos formas occidentales de modernización, óptimo paretiano que nace de la terrible guerra civil europea provocada por causas religiosas. Lamentablemente, Estados Unidos haría el llamado a los elementos más radicales de la fenomenología religiosa: la Iglesia Católica y el Islam. La estrategia geopolítica tuvo éxito, pero los Ayatolas y el Obispo de Roma reclamaron su espacio de poder e influencia geográfica.

El expansionismo y sentido afir-

mativo del catolicismo e Islam, motivó el fundamentalismo de otros credos e identidades nuevas. La Iglesia Católica apostó por recuperar su influencia geopolítica en Europa y América Latina, principalmente; aunque, sin dejar de influir en diferentes latitudes. De igual modo el Islam, configurando un parangón con la caída del Imperio Turco Otomano, tomó la derrota de la URSS a modo de emancipación y licencia para la penetración territorial. Aun cuando estas religiones reconocían el apego a Estados Unidos para la eliminación del comunismo, una vez derrotada la superpotencia geopolítica socialista, buscaron construir modelos políticos en base a sus identidades creyentes. En contraste con lo inadmisibles que la democracia popular resultaba para el capitalismo, la democracia cristiana y musulmana hicieron su aparición del mismo modo que sociedades no occidentales, tratando de moldear su propia ruta de modernización con una imagen anodina y de plena aceptación estadounidense.

Las naciones donde se inhibe el pluralismo religioso son espacios infértiles para el desarrollo de la democracia. Las democracias de fachada o imperfectas se desarrollan donde existe el dominio de una religión, que impide la formación pública del Estado, la ciudadanía y el derecho positivo. Las democracias fallidas tienen indicadores de gobernabilidad débil, anomia, carencia legal, monopolios económicos, homogeneidad religiosa y militarización. La hegemonía de religión alguna, impide el reconocimiento de los derechos en las minorías, la libertad de expresión, las garantías individuales y son altamente proclives al populismo. Samuel Huntin-

gton, Peter Berger y John Gray lo adelantaron, quizá con menos elocuencia que el discurso habermasiano, apuntando que es imposible la dialéctica de la modernidad fuera de los valores occidentales. Las modernidades distintas son exóticas, pero no son modernidad.

El mundo se ha hecho más capitalista, pero menos democrático; son las identidades, religiones, razas, regiones y géneros, quienes llenan de forma diversa, extenuante y caótica a un sistema político que está al borde de la gobernanza democrática. La realidad se ha hecho ingobernable. La modernidad se hizo insuficiente. El mundo postcovid no será democrático, las religiones son intolerantes, racistas, discriminatorias y ninguna se dispone a iniciar un espacio ecuménico. Los dioses no mueren, pelean; pocos dan la espalda, pero sólo para recargar sus armas e iniciar la batalla por la eternidad.

La alianza entre Estados Unidos y las religiones confirmó que la Unión Soviética era un tigre de papel, pero también fue evidencia del agotamiento en el modelo capitalista y su posterior forma neoliberal, lo que llevó a la negociación productiva con regímenes corruptos, autoritarios y totalitarios. La situación desmoraliza los supuestos éticos de la democracia liberal y hace más probable que los regímenes autoritarios adopten vigencia. La ingenuidad occidental que no democratiza la fe, que no democratiza la economía, fomentó el autoritarismo. El capitalismo, fuera del protestantismo, vuelve a ser geopolítica imperialista.

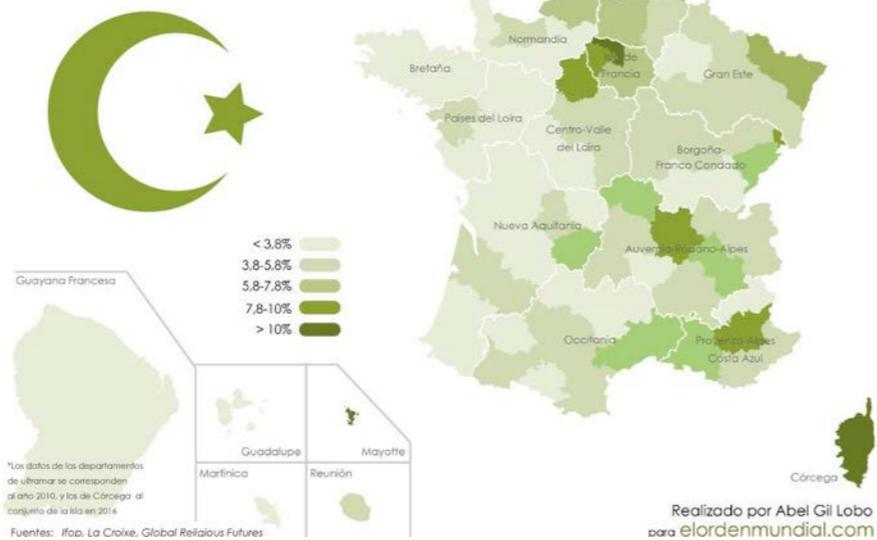
Las democracias occidentales gozan de buena salud, a pesar de sus bemoles, los indicadores representan puntajes altos en todas sus dimensiones. Las democracias fallidas tendrán una duración conforme los intereses geopolíticos de las civilizaciones. La salud de la democracia, fuera de occidente, depende de la geopolítica, más que de los ciudadanos.

El Estado nación democrático occidental, se enfrenta a una crisis mortal.

En las naciones occidentales, los estados han alcanzado los requisitos de calidad para denominarse democráticos. Empero, como Samuel Huntington lo consideró para Estados Unidos, ahora se enfrentan a los problemas exteriores que minan su identidad y condición democrática. La inmigración, así como el efecto no deseado del neoextractivismo postliberal, constituyen los carriles por donde las características de los Estados Fallidos se contagian al Occidente civilizado.

El islam en Francia

Porcentaje de población musulmana en 2011*



*Los datos de los departamentos de ultramar se corresponden al año 2010, y los de Córcega al conjunto de la isla en 2011.
Fuentes: Ifop, La Croix, Global Religious Futures

Estados Unidos, Francia y Alemania, por mencionar los casos más significativos, enfrentan el dilema del multiculturalismo que pone a prueba las características de la democracia liberal. Los indicadores de la calidad democrática se observan relativizados, cuando no rechazados, por las características culturales de los enormes colectivos que constituye la inmigración.

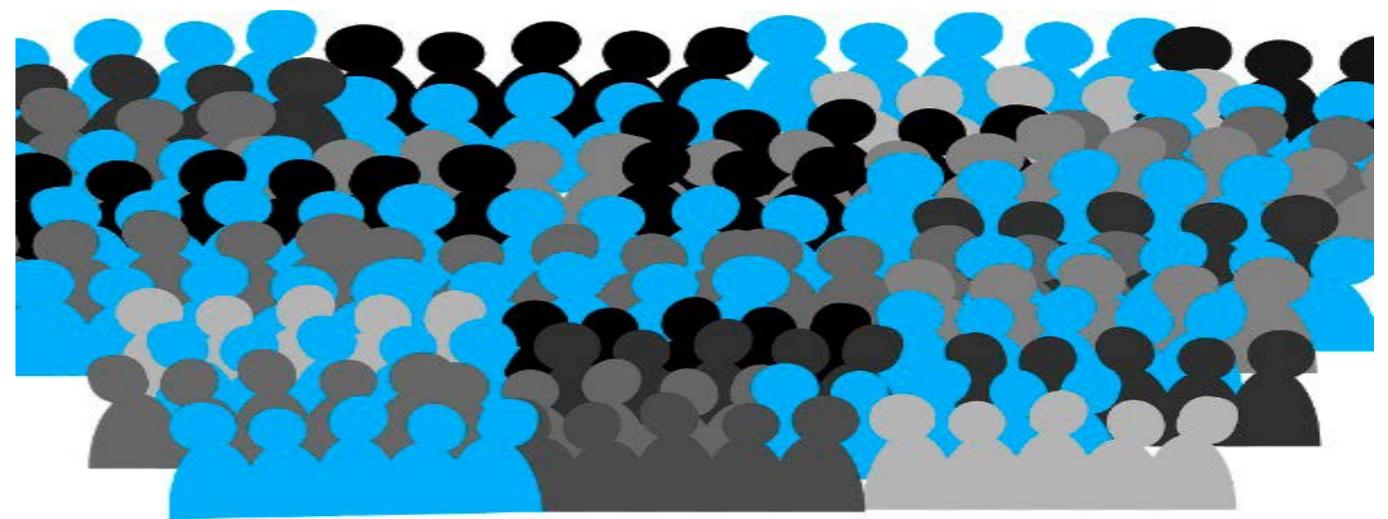
Los Estados Unidos hispanizados, así como la Francia y Alemania islamizadas, deben hacer la tarea para asimilar y generar la modernización liberal de culturas que no tienen los referentes simbólicos para decodificar los procesos catalizadores de velocidad histórica. Mientras el imperialismo económico se mantenga, los enormes flujos de inmigración hacia Occidente van a continuar. El choque cultural en las democracias occidentales está generando el empoderamiento de líderes políticos fascistas que pueden generar los retrocesos de las naciones con más alto puntaje en la evaluación de la calidad democrática, el cuidado a los derechos humanos y respeto por la libertad.

Donald Trump y Marianne Le Pen, son apenas una muestra tragicómica de los cambios que están generándose en el liderazgo político de las democracias liberales capitalistas. La ola de la ultraderecha tiene más arraigo y fuerza en las potencias medias occidentales que buscan inhibir el nivel de inmigración y cosmopolitismo desarrollado por Estados Unidos y Francia. Europa del Este, por ejemplo, le ha dado cauce democrático a un fascismo que, además de confrontarse con Rusia, va contra el atlantismo

Europeo y busca la regeneración del continente en una clave racial, cristiana e incluso lingüística. La derecha radical en la Península Ibérica alcanza influencia y votos incluso en Latinoamérica. El renacimiento occidental busca impulsar una revisión de la democracia respecto a sociedades diferentes.

Para Samuel Huntington el problema no radicaba en que los extranjeros carecieran de las competencias y habilidades para la asimilación a la comunidad receptora, sino en la concesión que los países desarrollados comienzan a desarrollar con los nuevos habitantes. Las prácticas sociales, discursivas, cotidianas, etcétera; cuando se tornan multiculturales, van en detrimento de la cultura liberal occidental. El orden WASP (Blanco-Anglo-Sajón-Protestante) tan significativo en la cultura estadounidense, ha perdido centralidad y se encuentra en franco declive, lo que pone a prueba las prácticas político-económicas-sociales en un sentido extremo. La economía de guerra y el pentagonismo han dejado de ser inmunes al narcoterrorismo y la corrupción.

Francia es muestra de los conflictos que la multiculturalidad puede generar. La ilustración enciclopedista no sólo ha sido incapaz de limitar el poder del nacionalismo católico integralista, sino que ha tenido importantes derrotas frente al Islam desarrollado ahora en ideología religiosa y política. El fracaso de la secularización lo ha sido también en políticas públicas de nivelación y ajuste histórico frente a individuos que, justamente, reclaman indemnizaciones



colonialistas.

Pero la emigración es detonada por el imperialismo hegemónico, que vincula a las potencias occidentales, las identidades religiosas y el capitalismo oligárquico. Es necesario democratizar la economía para inhibir los flujos migratorios tan inmensos de los últimos tiempos, y eso pasa –necesariamente– sólo si Martín Lutero es llevado a todas partes.

El apoyo de Norteamérica a las contrarrevoluciones consolidó el poder de antiguas oligarquías que son antimodernas y antioccidentales. Estos poderes fácticos pueden ser permisivos en admitir democracias de fachada, pero su opción preferencial es el autoritarismo que la economía occidental tolera bien en su modelo globalizador. El comunismo hizo más por la secularización que Estados Unidos y la dimensión occidental. Fuera de Occidente, el comunismo hizo más por la libertad que el capitalismo.

La alianza entre Estados Unidos de América, el mundo occidental y las identidades religiosas para derrotar a la Unión Soviética, no generó la tolerancia ecuménica que resulta esencial para la tradición anglosajona de los equilibrios. El capitalismo potenció las religiones y, ahora, como John Gray lo considera, la democracia es el cordero del sacrificio en la Misa Negra de los últimos años. No sólo en la experiencia local de los países hegemónicos de Occidente se observa la emergencia poderosa de los credos religiosos; en la mayor parte de las sociedades no occidentales se está fortaleciendo la cosmovisión sacralizada de la realidad que rechaza los valores modernos y la democracia.

Samuel Huntington no columbró el cataclismo natural que el Covid-19 implicó en el primer cuarto del siglo XXI. Pronosticaba que, fuera del Islam, al-

gunas naciones propenderían entre 300 y 500 años para vivir las características de la modernización occidental. Urgía a la necesidad del mundo anglosajón y la cultura liberal para generar un renacimiento interno. Democratizar la economía significaba llevar, mediante el capitalismo, la mejor cara de la modernidad allende el consumismo. Al parecer, el tiempo se agotó. El capitalismo se hizo neoextractivista y antimoderno. El capitalismo postliberal admitió poderes fácticos y criminales que también se han hecho globalizantes.

Vladimir Putin ha construido un andamiaje legal para garantizarse impunidad y tratar de preservar el poder, por lo menos, hasta el 2036. El líder ruso comprende que con los demócratas puede acabar como Gaddafi u Osama; el escenario grave para su pueblo también influye para que China tome distancia del intervencionismo estadounidense. La Iglesia Católica pretende regenerar Europa y Estados Unidos mientras el protestantismo reflexiona su agnosticismo hedonista. El Islam espera y avanza. China e India han evitado la modernización democrática de sus sociedades; además, han optado por fortalecer los lazos tradicionales que sirven para cohesionar la identidad y el tejido social de las comunidades locales, que nada quieren saber de la vida occidental. La democracia muere en el ritual de los dioses.

¿Qué democracia para el mundo postcovid? Es difícil contemplarlo. El gobierno mundial transglobal que se propone en el futuro inmediato, la excluye así como muchos elementos de modernidad occidental. Pone la tecnología al servicio de los dioses por sentido común y racionalidad pragmática. El bien ser y el bien estar supstituyen por sacralizar el mundo. La supervivencia de la hu-

manidad ya no pasa por la democracia, sino por la distribución económica de las civilizaciones e identidades religiosas. ¿Qué significa ser moderno, demócrata y liberal en el mundo contemporáneo? Es la pregunta planteada por John Gray que enmudece y continuará sin respuesta dentro y fuera de Occidente.

Si la naturaleza dispensa la crisis humanitaria del presente, la democracia y cualquier orden social futuro deberán evaluar el sentido crematístico de los diferentes modelos económicos y civilizatorios, fomentar la tolerancia y el ecumenismo religioso. La democracia sobrevivirá si, además de la colonización en la esfera política y social, esta avanza en el orden económico. La justicia social es indispensable para el desarrollo de la libertad, al menos para que las modernizaciones no se irriten ni provoquen consecuencias no controladas como el terrorismo y la corrupción. En el futuro de la democracia, el liberalismo social se mantiene como un objetivo preferente. Así mismo, el control de la corrupción y la delincuencia organizada se convierte en una prospectiva necesaria para todo tipo de régimen.

La democracia, para sobrevivir, requiere ser menos individual y más colectiva, menos liberal y más social, más plurirreligiosa y menos civilizatoria. La identidad de la democracia depende de la identidad de las civilizaciones y de la supervivencia de los dioses. Quizá la paz basta y sobra para que la humanidad se encuentre mejor. La democracia, para sobrevivir, tendrá que ser la democracia de los dioses.

* Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

El fracaso de la democracia

Leticia Calderón*

Ciudad de México.- La democracia no existe. Existe como modelo, como propuesta de orden político, como planteamiento filosófico, pero no existe en la idea generalizada sobre lo que se piensa que es la democracia. A la democracia se le suele pensar como un estado de armonía y felicidad, o por lo menos a un sistema óptimo de reglas del juego político, combinado con un estado de orden y respeto a las normas básicas de convivencia.

La democracia se ensalza como una meta deseable, una combinación de libertad individual, seguridad pública y una economía que funcione para paliar los estragos de la desigualdad que genera el sistema económico vigente en el mundo, el capitalismo. La democracia es entonces un umbral al cual se aspira, pero también un mecanismo de redistribución de la riqueza y una vía de paliar la miseria. Dicho así, la democracia acaba siendo a los ojos de la ciudadanía casi el paraíso y pocos países logran siquiera acercarse a este modelo de perfección terrenal. Pero esta democracia, por lo menos en términos de un modelo político, no existe, porque la suma de tal cantidad de atributos está muy lejos de lo que este modelo realmente ofrece y de ahí deriva la inmensa desilusión que la ciudadanía de muchos países acaba teniendo al nombrar la democracia.

Si la democracia no da seguridad, bienestar y satisfacción espiritual; si no logra aminorar la desigualdad y combatir la pobreza, si no genera mejores condiciones para la mayoría y no acorta las distancias sociales, muchos consideran que la democracia ha fallado y surge el opuesto a la democracia: la inclinación autoritaria que puede derivar en consecuencias terribles como dictaduras, que esas sí, son la cancelación de todo tipo de libertades públicas.



Precisamente como parte del debate, el teórico estadounidense Robert Dahl, hizo popular el concepto de *poliarquía*, para tratar de delimitar más claramente el alcance de lo que se atribuye a la democracia, más como ideal, donde el principio es “el poder del pueblo” basado en la antigua Grecia, como modelo de referencia de una comunidad acotada, en donde los miembros reconocidos por la propia comunidad participaban en las deliberaciones y decisiones finales del conjunto; sin embargo, la *poliarquía* como concepto, busca aportar en el sentido de alejarse un tanto de ese ideal que se atribuye a la democracia parroquial (una comunidad acotada), que es imposible de replicar en ámbitos masificados, como son las sociedades complejas de nuestro tiempo.

De esta manera, la *poliarquía* (a la manera de Dahl) acota el modelo democrático a los procedimientos de carácter electoral, como son elecciones libres, periódicas y competitivas. Pone el acento en la alternancia política de las élites y sugiere que se establezcan criterios muy claros para separar la evaluación de los ciudadanos sobre el desempeño de las metas alcanzadas hacia el sistema político en su conjunto. Así por ejemplo, no se trataría de evaluar si se alcanzaron las metas más ambiciosas, como lograr márgenes de felicidad de la población, o el establecimiento del orden público basado en una cultura cívica que se vuelve una meta, pero no una tarea concreta

Libertad, mi libertad, ven y toma mi ciudad...
Roberto González, Jaime López y Emilia Almazán

que se pueda llevar a cabo en un corto plazo.

El sistema democrático funciona entonces cuando se establece un sistema electoral confiable que se vuelve la base del juego político que da certeza a la población sobre quien gobierna; y un detalle no menor, deja abierta la posibilidad de que por la vía electoral se pueda hacer una rotación, no solo de la élite que gobierna (a cambio de otro grupo que eventualmente se vuelve la nueva élite en el poder), sino del modelo societal que propone establecer cada grupo que lucha por el poder político.

Algunos de los ingredientes “sine qua non” de la democracia en estos términos más procedimentales que estructurales, además de la cuestión electoral, son una serie de condiciones que diferencian a una democracia liberal contemporánea de lo que se suele contraponer como su antagónico. Cuestiones como libertad de asociación, de expresión, acceso a la información y acceso a instituciones que hagan posibles estas libertades ciudadanas básicas.

Sin embargo, si observan con atención, hasta este momento no hemos mencionado ni por asomo conceptos y nociones que cualquier ciudadano consideraría casi básicos de una democracia. El más fuerte de todos es el de justicia, que si bien se entiende es una condición básica para cualquier persona, no se considera que es un elemento eje del modelo democrático en sí, sino una parte del engranaje de manera más estructural. Si por un lado se da por hecho, y no hay duda que es parte de lo que toda democracia tendría que tener, no es una parte de lo que el sistema democrático se proponga ofrecer.

El estado democrático debe lograr que se den las condiciones para generar márgenes de justicia aceptables en una



sociedad, pero no es en sí lo que plantea resolver. Es decir, es cierto si usted creía que al pensar en democracia se podría lograr la justicia en términos muy abstractos, pero en lo concreto el modelo diría (si hablara) que en realidad por democracia se ofrecen cosas más concretas que deberían derivar en generar este contexto, pero que no se le puede juzgar por no alcanzar la justicia, bienestar, o incluso felicidad de los miembros de una comunidad que apuesta por esta forma de gobierno. En tanto se mantengan las condiciones para lograr un contexto de libertad política, para a través del juego electoral establecer a las élites gubernamentales, rotarlas y en su momento, generar ahí sí, modelos de desarrollo social que parten de principios, ideologías, perspectivas tan diversas que caben en la democracia.

Si la democracia no resuelve problemas estructurales tan complejos como la desigualdad o la discriminación, entonces es una fuente permanente de desilusiones y desencuentros, que se queda en un nivel que moviliza, pero no cambia el estado de cosas de manera profunda, como la ciudadanía suele creer que ocurrirá; y de ahí derivan muchísimas quejas; e incluso, a nivel de las mediciones que hay sobre la satisfacción en la democracia, o la tentación autoritaria de la ciudadanía de cada país: el hartazgo o rechazo a la democracia, por no resolver los problemas de fondo que la pobla-

ción esperaría se cambien de tajo. Un día amanece sin racismo, sin xenofobia, o sin pobreza, pero no por lo menos en términos de lo que el modelo de democracia liberal contemporánea se propone, ya que sus alcances y límites son muy concretos y el resto que se le atribuye escapa a lo que el modelo mismo ofrece.

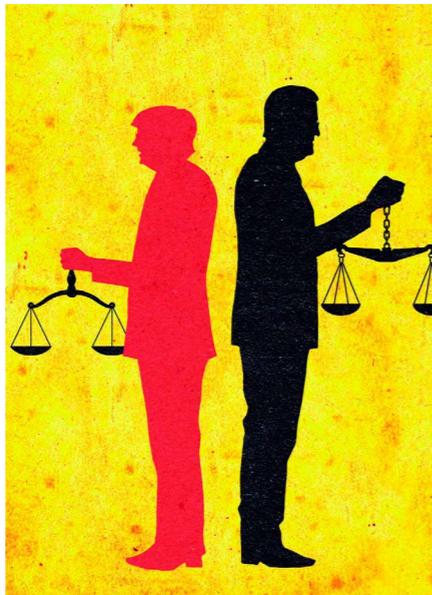
En el caso de los países latinoamericanos, hay un modelo de encuestas que se utiliza para medir las opiniones de la población sobre la democracia; se trata del *Latinobarómetro*, que es un instrumento que indaga en las percepciones, visiones de mundo, opiniones concretas sobre distintos tópicos asociados a la vida en comunidad y el ejercicio del poder. Concretamente, se busca deducir qué tanto la población de cada país es más proclive a mantener y refrendar la democracia, y qué tanto puede acercarse a sistemas totalitarios o apoyar dictaduras. Frente al hartazgo por la situación que priva en cada país, sobre todo los de América Latina, donde hay condiciones estructurales que no permiten que cambien de manera profunda cuestiones que reproducen la desigualdad de trato, el ninguneo de algunos grupos sobre la inmensa mayoría, los márgenes de explotación económica basados fuertemente en cuestiones que reproducen diferencias de clase arraigadas hace siglos, por citar algunas de ellas, el *Latinobarómetro* busca ofrecer elementos para prevenir las posibles salidas autoritarias que

cada nación va generando, como he dicho, entre otras cosas por una profunda desilusión con la idea misma que se le atribuye a la democracia, como algo que debería abarcar mucho más que lo que realmente acaba logrando construir.

Quiero detenerme un poco en el acento electoral de la democracia, porque es muy común que esto descalifique para algunos el potencial que tiene el modelo democrático. Si no nos da justicia, bonanza, incluso felicidad, entonces, ¿para qué sirve la democracia? Y aquí entra un tema que es central: la construcción de la idea misma del voto, como base de la democracia, es una construcción histórica sumamente compleja. Veamos un poco del proceso en términos históricos; a la caída de las monarquías, como sistema de control político, momento encarnado magistralmente por la revolución francesa, que es la imagen de la libertad, la igualdad y la fraternidad, lo contrario a lo que las monarquías exaltaban (y exaltan, ya que aún comparten alegremente el poder con parlamentos y presidentes), se avanza en un sistema que algunos señalan que no es perfecto (la democracia), pero es el menos imperfecto de los modelos de gobierno existentes. La base del sistema democrático se construyó sobre una idea de una potencia impresionantemente, porque en realidad es casi un milagro su capacidad de articular tantas fuerzas. Se trata del voto (las elecciones), como el procedimiento que canaliza la energía

ciudadana a partir de la participación de los miembros de la comunidad política, en un rito cívico que, cuando las partes reconocen la legalidad y legitimidad del procedimiento, es tan impactante que permite que unos cedan el poder, tentativamente de manera pacífica, a otros. Obvio, en el ínterin hay muchos vericuetos legales y escollos que intervienen en ese proceso, como los poderes fácticos (empresarios, medios de comunicación masiva, grandes organismos internacionales); pero en esencia, por lo menos en términos teóricos del modelo democrático, la magia consiste en que una población nacional reconoce en un pequeño papel a manera de boleta (física o virtual), el poder de incidir; y con esto contribuir, como parte de una sumatoria de votos, en la decisión de quien debe gobernar por cierto tiempo los destinos de cada pueblo. A lo mejor suena súper obvio y natural, pero es necesario respirar profundo y pensarlo de nuevo: vaya capacidad de lograr construir un modelo en el que se pueda acceder al mismísimo poder, por la sola idea socialmente compartida de que una maquinaria en la que cada ciudadano cuenta (primer supuesto que si no se cree se cae todo el modelo) puede, siendo mayoría, quitar y poner a quien gobierna. Pero quiero insistir en esta parte, la parte casi mágica que tiene la idea misma del voto.

¿Cómo se logró construir una idea colectiva que actualmente es una noción mundialmente reconocida como una de las vías de ejercer el poder y avalarlo? El gran historiador de lo político, Pierre Rosanvallon lo detalla en sus múltiples libros (que además tiene una prosa maravillosa, casi poética), para mostrar cómo la fuerza de una idea no es inmediata y mucho menos es una cuestión de fácil convencimiento. Llevó siglos, literalmente, para que la idea de que las elecciones son una maquinaria que dan lugar, ya no a la deliberación en una pequeña comunidad, donde se podía alzar la mano y acordar, sino a la transferencia del poder, que aun con pataletas o amenazas de que volverán, incluso políticos como Donald Trump aceptaron irse (aunque este político nunca reconoció completamente los resultados electorales de la elección del 2020 en Estados Unidos). Otro ejemplo es el caso de Putin, quien decidió modificar la constitución de su país, Rusia, para que se le permita reelegirse por lo menos dos veces más y por plazos que le permitirán prácticamente permanecer en el poder de por vida. Ojo con el ejemplo porque



no se declaró dictador y se acabó el asunto; ajustó las normas para permitir jugar el juego electoral y por tanto, presentarse como un demócrata; y su régimen, una democracia. Esto complejiza el tema que discutimos, porque ciertamente si el modelo democrático se basa en un proceso electoral que legitima el poder de quien es electo, eso no excluye que haya una cantidad de maneras de trukear la ley, o incluso, con la misma ley, mantener el procedimiento democrático por excelencia. Es decir, no se trata de idealizar la vía electoral de manera acrílica, pero sí de entender que el propio modelo permite las trampas que la propia legalidad construye, lo que lo hace más complejo. Un ejemplo es el caso de Brasil, donde una presidenta electa democráticamente, Dilma Rousseff (vía elecciones y con amplia mayoría) fue destituida de su cargo de presidenta por una asamblea de congresistas y senadores de su país. Es decir, un puñado de políticos se impuso por encima del voto popular; y para darle un toque de legalidad, plantearon un escenario de transgresión de la ley que supuestamente hacían que la presidenta estuviera incapacitada para continuar en el cargo.

No quiero perder el punto central del asunto de lo electoral como base del modelo democrático, se debe valorar como una construcción histórica compleja que finalmente, como diría Yuval Harari, es uno de los mitos humanos que nos hemos dado para construir en nuestra civilización contemporánea, porque al igual que el voto, que es una abstracción en la que depositamos nuestra confianza, emoción y elección política partidista, hay otras muchas abstracciones que solo

existen porque históricamente la sociedad humana las ha dotado de sentido, como es el mismo dinero, que también es un acuerdo basado en la confianza, pero que en realidad no existe salvo en nuestra mente y se representa en billetes, monedas, o actualmente en transacciones en el banco que no suelen verse, pero que están ahí. Y la base de toda la credibilidad en esta construcción conceptual humana, como es el dinero, es el hecho mismo de que confiamos en que ahí está.

Ocurre lo mismo con los votos; los votos se cuentan, pero nadie los tiene juntos, o en su caso, va sumando resultados parciales que hacen un resultado final en el que la comunidad política confía; a menos que tenga dudas razonables para poner en duda el procedimiento o los resultados finales.

Es obvio que hay una cierta cantidad de asegunes a este planteamiento general y más histórico. Hay actores que no votan, pero son votantes por el peso del poder que representan. Por ejemplo, en la elección del 2019 en Bolivia, la OEA tuvo un papel desproporcionado, al avalar de manera temprana y sin demasiados datos la idea de fraude por una de las fuerzas políticas, lo que llevó a ese país a una crisis política, exilio de sus dirigentes; y en una siguiente elección, un triunfo arrollador de la fuerza que había sido descalificada por dicho actor internacional en la voz de su director, Luis Almagro. Menciono este ejemplo para que sea claro que más allá del modelo democrático basado en supuestos de elecciones, sin mayor número de variables, es evidente que este procedimiento es complejo por las fuerzas, no solo nacionales sino internacionales, que también buscan influir en las elecciones de terceros países, los poderes fácticos y las propias leyes electorales de cada país, que permiten y dan juego a vías de control de los propios grupos y políticos que llegan al poder vía las urnas. Como diría Rafael Correa, “ganar elecciones no es tener el poder”, en una franca alusión a los poderes del gran capital, los intereses económicos locales, e incluso, la idea misma de preservar valores que mantengan un cierto tipo de relaciones sociales.

Tampoco se trata de ser ingenuos y quedarnos en la idea de que la democracia como modelo es algo mucho más acotada de lo que se le atribuye y de ahí la insatisfacción que genera y su fracaso como idea, como meta, como forma de vida. Resulta que si el modelo democrático da lugar a una competencia

de proyectos, ideologías, formas de ver el mundo y las relaciones sociales, esto implica que efectivamente, más allá de lo procedimental basado en el sistema electoral, lo que genera este modelo es de mucho más calado. Van desde poner en confrontación permanente los valores que están en juego constante sobre qué debe ser la vida misma, hasta la generación de normas de convivencia cívica basadas en la propia ley. Por un lado, la confrontación por el poder que permite el modelo democrático (que no lo permite ningún otro modelo político, ni la monarquía, ni las dictaduras –todo lo contrario–, incluso ni el modelo socialista, en su parte expresamente política), mantiene un debate que se cristaliza en leyes sobre ideas tan abstractas como si el estado debe o no ser el eje de los beneficios que la sociedad recibe, o deben ser los ciudadanos los que resuelvan su vida individualmente y mantengan distancia de un estado que se espera lo menos interventor. Este tipo de dilemas dan lugar a ideologías que sustentan por ejemplo, la forma que ha adquirido el capitalismo contemporáneo que bajo el manto del libre mercado, el individualismo, la competencia, la productividad a gran escala, son contrarias a la idea de la necesidad de contar con un ente (Estado), que reconozca las diferencias entre los mismos ciudadanos y las matice, que genere condiciones de vida para la realización colectiva (un ejemplo para el debate es la renta básica que Araceli Damian y Julio Boltvinik trajeron al escenario mexicano), una competencia regulada por condiciones que protejan los mercados e incluso la explotación.

Vemos que no hay ningún país que se decante del todo por una ideología, el debate es permanente y la tensión entre distintos tipos de aproximaciones son muy pragmáticas, aún más en los países de mayor liderazgo en el mundo. Un ejemplo es Estados Unidos, que se presenta como el ejemplo del modelo capitalista industrial avanzado, y cuya ideología se jacta de ser abiertamente competitiva, individualista, pro mercado y libre comercio; la realidad es que es un país con normas proteccionistas contundentes, mecanismos de apoyo social de gran amplitud (una forma de paliar la desnutrición e incluso el hambre, son por ejemplo los desayunos escolares en las escuelas), acceso universal a la educación básica, salarios mínimos –en revisión–, defensa del consumidor como forma de acotar al mercado, programas como el *medicare* –tipo de acceso de sa-



lud, aunque este es uno de sus grandes déficits–, condiciones laborales defendidas bajo normas que la ley vigila. Esto quiere decir que el debate mismo al interior de la sociedad y clase política estadounidense experimenta una tensión importante, entre un supuesto esquema que exalta las características atribuibles al “capitalismo”, y por otro, las medidas de apoyo, acompañamiento, sustento y alivio de la población, con un reconocimiento por los marginados y sus desventajas claras ante el conjunto de la sociedad (programas de apoyo para niños con algún síndrome por ejemplo).

La ironía es que muchas de las medidas, programas, y proyectos sociales que el sistema capitalista “salvaje” de Estados Unidos tiene –salvo acceso a educación universitaria y un servicio de salud universal– son programas que otras sociedades avanzadas incluso replican. Otros países más limítrofes a ese país, como México, aunque tienen todo un discurso en que el Estado tiene una presencia importante en la sociedad, la realidad es que dicha presencia es marginal, en ocasiones asistencialista temporal, y en pocos casos con cambios estructurales de amplio impacto.

Recientemente en México se empezaron a mover las cosas en el sentido de cambios estructurales, por ejemplo en el sistema de salud, que ha librado una batalla de muchos años, por lograr privilegiar a la población mexicana, más que a las normas del mercado y las ganancias de la industria alimenticia, que ha impuesto una feroz mercadotecnia a costa de la salud de la población, lo que ha redundado en el número de víctimas del COVID en el país. Si bien esto es una realidad a nivel mundial, hay países como Francia, que ven en el tema de su soberanía alimentaria y culinaria una fuente no solo de salud, orgullo, sino incluso de recursos económicos. Que un país como Francia luche internamente para generar un tipo de mensaje que alerte a la población de lo que le daña y lo que excede las porciones requeridas para su salud –por ejemplo de sal o bebidas gaseosas–, es

visto como signo de desarrollo y autonomía, en un país como México, se interpreta como una guerra contra el libre mercado y la empresa. No obstante, esta lucha se está dando y puede significar un cambio estructural de gran calibre a mediano plazo para el país (ver: <https://elpoderdelconsumidor.org/>).

Recapitulando y regresando al inicio, podemos decir que el fracaso de la democracia parte de la idea misma que se tiene de democracia. La imagen inmediata va de la libertad de expresión, base fundamental de un sistema de libertades democráticas, hasta una lista de condiciones del hábitat que nos rodea. En países como México eso puede ser desde el problema de la inseguridad hasta el de la basura, las banquetas, el espacio público como un derecho, más en el papel que de realidad para la inmensa mayoría. Ante estos estándares tan altos que implican muchas veces, antes que nada, combatir la corrupción que los gobernantes en turno privilegian por encima de responder a la ciudadanía que los eligió por la vía electoral, la insatisfacción respecto a la idea de la democracia crece; e incluso enfurece a más de un sector, que lejos de ver resueltos los problemas que suponía una democracia no debería tener –problemas básicos de la vida pública–, descubre que el sistema mismo abre posibilidades a personajes corruptos y abusivos, que justamente por la vía “democrática” se incrustan en el sector público sin pagar costo político mayor.

No parece haber mayor propaganda negativa para la democracia que ver al político corrupto pavoneándose frente a las cámaras, asegurando que ha cumplido con lo que prometió, aunque la ciudadanía en pleno sepa que eso está lejos de ser cierto. Por tanto, la confusión entre qué es la democracia, y qué podemos esperar al evocarla; y que está fuera del alcance de un modelo que tiene sus virtudes –y muchas– pero que claramente está lejos de ser la panacea de lo que imaginamos, soñamos, deseamos fervientemente que fuera la democracia y simplemente no lo es. Sin embargo, como diría Alain Touraine, si la democracia es la victoria sobre los regímenes autoritarios, e impide que nadie pueda tomar el poder y mantenerse en él en contra de la voluntad de las mayorías, entonces, ya solo por eso, vale la pena.

* Instituto Mora.

El contrato social y la democracia

Diana Bank Weinberg*

Dallas.- *Introducción.* En su ya famosa frase, Winston Churchill proclamó en 1947: “Se han probado muchas formas de gobierno... Nadie pretende que la democracia sea perfecta u omnisciente. De hecho, se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno, excepto todas las demás formas que de tanto en tanto se han probado.”

De ser así, si la democracia es la mejor forma de gobierno que existe hasta ahora, ¿por qué estamos en crisis democrática? En los últimos años, se pueden observar ejemplos de dictaduras de ambos espectros (de izquierda o de derecha) en el mundo (China, Siria, Irán, Venezuela), al igual que países con líderes populistas, que aunque hayan llegado al poder de manera democrática, han gobernado crecientemente de manera autocrática, ya sea con tendencias izquierdistas o derechistas, como algunos ejemplos contemporáneos: AMLO en México, Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, Modi en la India, Orban en Hungría, Putin en Rusia, Erdogan en Turquía, Magufuli en Tanzania, Duterte en las Filipinas.

Propongo que una de las respuestas más evidentes (pero no la única) es la erosión del contrato social: el pacto entre un gobierno y los habitantes de un país para lograr y mantener la paz. Esta erosión paulatina se muestra en una falta de confianza en el gobierno y un cinismo creciente entre los habitantes, quienes perciben que el gobierno democrático no cumple las promesas de mejorar sus vidas. En este tema se centrará este ensayo. Se usarán las palabras país, nación, Estado, Estado-nación de manera intercambiable.

¿Qué es el contrato social?

Este contrato social fue conceptualizado

por uno de los fundadores de la filosofía política moderna, el filósofo Thomas Hobbes, en su obra maestra *Leviatán*, publicada en 1651. No es un contrato en papel que se pueda encontrar en ningún lado como tal, pero un acuerdo tácito y social entre la población y el gobierno para garantizar la paz en el país. Parte del principio que el ser humano tiene es el instinto de conservación que puede resultar en violencia hacia el otro. Por el “estado natural” del hombre, Hobbes sugiere un Estado como poder central para la creación de paz, encabezado por un monarca. De esta manera, habría menos discordia social, porque la población se sometería al cuidado del monarca, quien garantizaría la paz.

Otro filósofo de esa misma época fue John Locke (1632-1704); para quien el Estado tiene la misión de proteger la vida, la libertad, la propiedad privada y el derecho a defender estos derechos, ya que estos son los derechos fundamentales y naturales del ciudadano (en muchos países, esto sólo incluía a los hombres). El ciudadano entra en un consenso con el Estado, para otorgarle este rol. Locke creía en un gobierno constituido por un rey y un parlamento, donde se

votan las leyes que todos deben cumplir, incluyendo el rey. De manera similar, se espera la creación de justicia y del bien común, puesto que nadie está exento de respetar estas leyes. Una vez más, la paz en la sociedad es la meta principal del gobierno.

En 1762, otro pensador influenciado por Hobbes y Locke fue el francés Jean-Jacques Rousseau, quien escribió *El contrato social*. En este tratado, Rousseau (quien es considerado líder intelectual de la Revolución francesa de 1789) trata sobre la libertad e igualdad de los habitan-

tes en un Estado con contrato social. Para Rousseau, la voluntad general del pueblo es la base de un gobierno legal, sea cual sea la forma del gobierno (monarquía, aristocracia). El tamaño del Estado también es de suma importancia: entre más crece, menos representa la voluntad general, por lo cual el Estado debe volverse más eficaz, para evitar una brecha para dicha voluntad, cuya meta sigue siendo el bien común de los ciudadanos de un país. Según Rousseau, todo esto está basado en la libertad natural, con la cual cada individuo nace, para juzgar y decidir por sí mismo lo que es necesario para su bienestar. Como parte central de sus pensamientos, Rousseau expone que cada miembro es parte indivisible de la sociedad y que el gobierno representa la voluntad general que ve por el bien de todos. Este acuerdo no es algo natural para los seres humanos, ya que sale de su estado natural de libertad para crear algo artificial, pero necesario para la supervivencia: un gobierno al cual se unen todos voluntariamente, a cambio de un orden social que conlleve a la paz y a la igualdad; o sea, una sociedad donde no haya dominación de unos sobre otros, ya que todos están representados equitativamente. Mediante este “contrato”, los ciudadanos reconocen que deben unirse a un mismo cuerpo político, que nace de cada uno.

Por ende, la democracia es una consecuencia que yace de las decisiones colectivas de los ciudadanos mediante mecanismos que legitiman a los gobernantes, representantes de la ciudadanía. Para que los gobernantes sean efectivos, deben gobernar transparentemente y dirigir sus economías para crear trabajos con prosperidad y bienestar para toda la población de su país.

La gente suele tener miedo al cambio porque le teme a lo desconocido.

Pero la mayor constante de la historia es que todo cambia.

Yuval Noah Harari, *Homo Deus: Una historia del mañana*

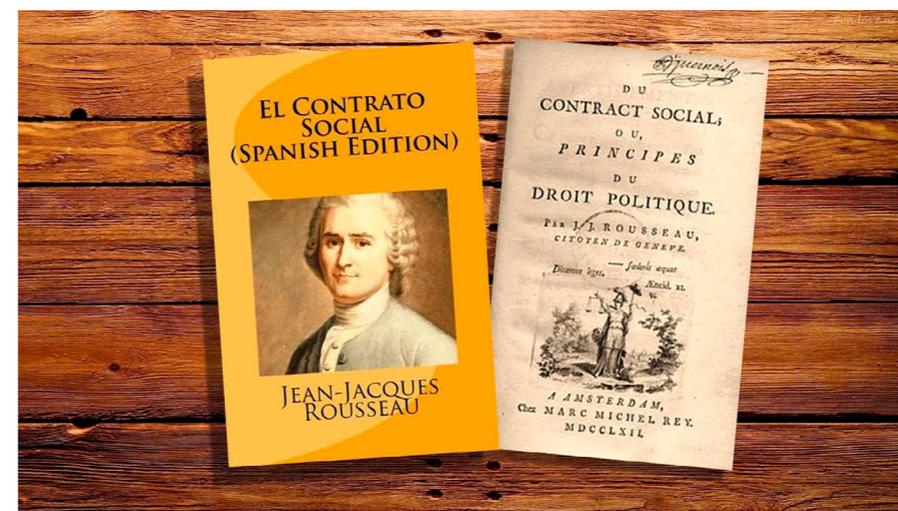
Gobiernos y economías

Se refiere como gobierno al grupo de gobernantes que trabajan bajo un modelo de organización de poder constitucional otorgado por el Estado, y que coordina a las instituciones que lo forman para crear un gobierno funcional, que mantenga la paz en una nación. Cada país tiene un modelo diferente, dependiendo de las características específicas de ese Estado. Históricamente, estos modelos han ido cambiando con el tiempo. Bien recuerda uno las dictaduras del Cono Sur (Argentina, Uruguay, Chile) en los años setentas y ochentas, y que hoy en día, dieron lugar a gobiernos más democráticos (según Latinobarómetro, la ONG que publica encuestas en América Latina, la insatisfacción con la democracia en esta parte del mundo, incrementó del 51 al 71 por ciento, entre 2009 y 2018). El éxito de Corea del Sur, cuyo gobierno militar duraría varias décadas (1960-1987), fue justamente volverse una democracia plena; con las elecciones de 1987 el pueblo culminó sus protestas y movilizaciones populares contra el gobierno autoritario, para consolidar el apoyo por la democracia.

Si nos enfocamos solamente en la democracia, puesto que es el enfoque de este ensayo, vemos que países democráticos vienen en muchos sabores en base al proyecto ideológico y económico en el cual está basado cada país. Tenemos democracias con inclinación a políticas económicas neoliberales (Estados Unidos, Reino Unido, Israel, Chile, Taiwán, Japón, Australia, Nueva Zelanda), democracias con perfil de mercado social, también llamadas democracias

sociales (Alemania, países nórdicos como Noruega, Dinamarca, Suecia, Finlandia e Islandia), aunque estas democracias realmente son economías mixtas, con varios grados de balance entre cooperación (socialista; izquierda) y competencia (liberal; derecha), que son necesarias para el desarrollo económico de un país. Se espera que con esta mezcla, se aliente al capital y a las fuerzas sociales para producir armonía entre los aspectos sociales y económicos.

Desgraciadamente, estos dos tipos de democracia no son perfectas. ¿Cuál es el rol del gobierno en la economía, motor del bienestar de una sociedad? La neoliberal apoya el riesgo en los negocios, la social trata de mitigar riesgos. ¿Dónde está el Facebook alemán o el Apple francés? Esos países tienen importantes compañías (Volkswagen en Alemania, o la francesa AXA), pero el grado de innova-



ción no es tan grande como en los Estados Unidos. De las 25 compañías de más capitalización de mercado en el mundo, 16 son estadounidenses, dos son suizas, una es coreana, una es taiwanesa, y el resto provienen de países no democráticos (una es saudí y cuatro son chinas). Esta mentalidad de libre mercado, libre albedrío y bajos impuestos, ha impulsado la economía estadounidense, creado millones de trabajos y más millonarios que en ningún otro país del mundo. Sin embargo, también ha creado una sociedad con grandes inequidades sociales, que no existen a tal grado en países de la Unión Europea, sociedad con inclinaciones socialistas. El coeficiente de Gini, que asigna un puntaje de cero a 100, cero siendo la máxima igualdad, es una de las maneras más usuales de medir la inequidad en los países. De acuerdo a éste, de los países democráticos, los Estados Unidos son el país con más desigualdad, muy por atrás de Italia, Canadá, el Reino Unido, Francia, Japón y Alemania, en orden descendente.

No pretendemos hacer la historia de la evolución de los gobiernos, sin embargo es importante remontarse a tiempos ancestrales para comprender que algún tipo de organización siempre existió, desde el núcleo familiar, las tribus y los clanes, las dinastías y los linajes, así como las monarquías, los imperios y la burguesía. Esta última impulsó la Revolución Francesa (aquí volvemos a encontrar a Rousseau), que propicia el retorno de la democracia, olvidada desde los tiempos de la democracia ateniense del siglo VI a.c.

Como ha ocurrido en la historia de los Estados-nación, los gobiernos democráticos cambian de orientación ideológica dependiendo de la confianza que la población tenga en su gobierno. En el siglo

XX, la subida al poder del nazismo provocó una profunda desilusión con el gobierno de la República (democrática) de Weimar, que económica y socialmente no pudo cumplir con las expectativas del pueblo. Poniendo fin a la Primera Guerra Mundial, en 1918, el Tratado de Versalles empeoró las dificultades del gobierno, causando una hiperinflación tremenda, a causa de las reparaciones que Alemania debía pagar a los aliados. La gente, desesperada por esta situación crítica, se volcó en políticos que prometían su resolución. En 1921, Adolf Hitler fue nombrado Presidente del Partido Nacional Socialista (Nazi), y con la ayuda de su poder de oratoria y carisma, fue votado de manera democrática en 1933. Sus ideas de la raza aria superior y por ende, una inferioridad de las otras razas, y de militarismo, entre otros, junto con su retórica nacionalista apasionada, su estrategia política y el uso de los medios de comunicación para difundir y vender sus ideas a los alemanes (véase las excelentes películas de propaganda de Leni Riefenstahl), convenció a los alemanes a votar por él. De ahí, Hitler se deshizo de la democracia e instauró un régimen totalitario. Este sigue siendo el ejemplo primordial de un gobierno populista vuelto dictadura. No todos los países con populistas llegan a este grado de represión, como lo veremos luego, pero sí hay elementos comunes.

Hoy en día algunos países están sufriendo de apatía electoral, en gran parte porque algunos segmentos de la población sienten que la democracia no está sirviéndoles, puesto que no ven una mejora en sus vidas diarias. En algunos casos, hasta prefieren un país con menos libertades, como si esto significara más seguridad y/o mejoramiento en sus vidas. El Estado de Israel ha tenido cuatro

elecciones en los últimos dos años; en la última del 23 de marzo de 2021, el 67 por ciento de la población registrada votó, con una baja de un 4,3 por ciento, comparado con las últimas elecciones el año pasado. La indiferencia de los ciudadanos es evidencia de que no ven que el sistema democrático del país funcione. La religión no está separada totalmente del Estado-nación, lo que hace la situación más precaria. Sin la inclusión de los partidos religiosos (en este caso, se entiende de la religión judía), el gobierno no podría formarse. Sin embargo, un 20 por ciento del país profesa otra religión, ya sea cristiana, musulmana, drusa, bahai o samaritana, y estas minorías no están representadas en el gobierno. Inclusive dentro de la población judía, muchos no están de acuerdo con las restricciones legales que los partidos religiosos han implementado. El caso de Rusia es todavía más sobresaliente: desde la caída de la Unión Soviética, el país se ha convertido en una democracia liberal, donde el presidente Putin profesa un autoritarismo benigno. Realmente el país ya no es una democracia, aunque mantiene esta ilusión a través de procesos formales, como elecciones.

¿Qué es el populismo?

El término "populismo" se refiere a la representación de la voluntad del pueblo por un líder (populista). El populismo puede dar voz a grupos que no sienten que el gobierno representa sus intereses, resultando en descontento, la pérdida de confianza y credibilidad en las instituciones y en los líderes. Sin embargo, puede también dar voz a una parte de la población que se siente alienada por razones sociológicas, como lo son los blancos estadounidenses, que creen que las minorías están ganando terreno y les están quitando sus privilegios. En México, la elección de AMLO muestra que una gran parte de la población considera que las élites políticas tienen demasiado poder económico y político, y que han abandonado los esfuerzos por el bienestar de todos los habitantes, concentrándose en seguir protegiendo a una minoría económicamente rica y poderosa. AMLO es un "hombre del pueblo", como lo puede ser Duterte en la Filipinas, electo apelando a los ciudadanos con su promesa de combatir el crimen (sobre todo de drogas ilícitas) por medio de la fuerza. Que haya violaciones y erosiones en los derechos humanos, no parece preocupar mucho a los populistas, quienes creen que los "medios justifican las metas".



El ex-presidente Trump fue electo con la promesa de "drain the swamp" (drenar el pantano), sugiriendo que el gobierno federal estaba lleno de una élite deshonesta, que continúa propagándose gracias a la corrupción. Como él no era político de carrera y provenía del sector de bienes raíces de Nueva York, se vendió al pueblo como no corrupto, puesto que era ajeno a la política de Washington. Trump ha usado los medios de comunicación desde hace décadas para hacer llegar sus mensajes a los estadounidenses. Aunque algunos lo conocíamos como un hombre de negocios en bienes raíces en Nueva York (una de las atracciones de Nueva York es visitar la Torre Trump en la Quinta Avenida), se dio a conocer en todo el país con la difusión de su programa de televisión "The Apprentice" (El Aprendiz) del 2003 al 2015, donde lo impulsó a la notoriedad su famosa frase "You are fired!" (¡Estás despedido!). La marca Trump había nacido.

Derechos humanos

Un aspecto importante que se ha desarrollado en las democracias son los derechos humanos, considerados fundamentales, porque cada persona cuenta como individuo y cuya realización y seguridad se garantizan en una democracia. En diciembre de 1948, las Naciones Unidas proclaman la "Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH)" en París. El preámbulo comienza con:

"Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana."

Recordemos aquí que mismas palabras fueron mencionadas por Rousseau: libertad, justicia y paz. Junto con un régimen democrático de derecho que proteja estos derechos humanos, el derecho individual fortalece la igualdad de derechos y de libertad, de dignidad humana y valor, sin importar color, edad o género, entre otros. De los 30 artículos, los siguientes destacan para este ensayo:

"Artículo 1 - Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros."

"Artículo 2 - Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía."

"Artículo 3 - Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona."

"Artículo 5 - Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes."

"Artículo 7 - Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación."

"Artículo 18 - Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia."

"Artículo 19 - Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión."

"Artículo 21 - 1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos. 2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país. 3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto se-

creto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto."

"Artículo 25 1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad."

Es claro cuando se lee el contenido de estos artículos que muchos países no respetan estos derechos, como es el de libertad de expresión (Artículo 19, DUDH). Este es el caso de las Filipinas: como el grupo mediático ABS-CBN ha criticado a su gobierno por la brutal guerra contra las drogas (aunque por esta razón Duterte obtuvo la mayoría del voto del pueblo), el gobierno emitió órdenes de no renovar la licencia de transmisión del grupo, tras expirar su licencia en el 2020. Los populistas no toleran la crítica de la prensa, aunque una prensa libre sea parte integral de una democracia. Similarmente, desde hace décadas, el país que más asesina o desaparece a sus periodistas es México, país con elecciones democráticas desde el año 2000, cuando el candidato (Vicente Fox) del Partido Acción Nacional (PAN) terminó el control del Partido Revolucionario Institucional (PRI), quien había sido el único partido representando al presidente del país desde 1910 (la "dictadura perfecta", como la llamó el escritor Mario Vargas Llosa). Aunque muchas veces no se sabe quién es el responsable de estos delitos (el crimen organizado, o el mismo gobierno), el gobierno es responsable por la seguridad de sus habitantes (Artículo 3, DUDH). Aunque siempre habrá crimen en democracias, Jan-Albert Hootsen, representante del Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ, por su sigla en inglés) en México, dijo: "Seguimos teniendo la misma situación de impunidad, violencia y colusión entre las autoridades y los grupos criminales, y eso nos preocupa mucho."

Durante el Foro Universal de las Culturas (Barcelona 2004), la sociedad civil internacional participó en el diálogo que culminó con la elaboración de la "Declaración Universal de los Derechos Humanos Emergentes", que busca adaptar la necesidad de proteger dichos derechos en un mundo en rápido cambio y una sociedad globalizada. No sólo



los gobiernos protegen los derechos de sus ciudadanos, sino que también la sociedad civil tiene un rol en este proyecto. Más democracia no se puede pedir. El 1 de febrero del 2021, se despertó la población birmana con un gobierno militar, cuando los miembros elegidos democráticamente de la Liga Nacional para la Democracia (LND), como lo son el presidente Win Myint, la consejera estatal Aung San Suu Kyi, ministros y miembros del parlamento, fueron detenidos y reemplazados por el Tatmadaw, ejército de Myanmar. Tras una campaña en la red social Facebook, comenzada al día siguiente, los trabajadores sanitarios, los maestros, mineros de cobre, universidades, funcionarios de varias entidades gubernamentales (tal como el Ministerio de Relaciones Exteriores, de Agricultura, Banco Central, Myanmar Airways) comenzaron una campaña de desobediencia civil por medio de huelgas y de demostraciones pacíficas, que fueron creciendo de día en día. Han usado símbolos, como los lazos rojos, ya que el color rojo está asociado con la LND, y redes sociales con hashtags (#SayNoToTheCoup, #RespectOurVotes, #HearTheVoiceofMyanmar, #SaveMyanmar, entre otros) para mostrar su oposición al golpe de estado. Obviamente, lo primero que hizo el nuevo gobierno fue prohibir y bloquear las redes sociales a través de las cuales la sociedad civil se estaba organizando, al igual que los canales de noticias. En paralelo, comenzaron a arrestar y a detener a demostradores, y a imponer la ley marcial en más y más municipios: como medidas más sobresalientes está el toque de queda nocturno, prohibiciones de reunir a más de cinco individuos, hablar en público. Para fin de marzo, se estima que la junta ha asesinado a 510 personas. Lo que comenzó como demostraciones pacíficas, se ha vuelto una completa violación de los derechos humanos con el uso de fuerza militar.

Cambios sociales recientes causados por la globalización y la tecnología

En 1989 cae el Muro de Berlín, y en

1990, la Unión Soviética se derrumba. El mundo bipolar (países del este contra países del oeste, con algunos otros denominados "no-alineados"), como lo conocíamos desde 1945, desaparece casi instantáneamente. China y la India, los países más grandes del mundo en términos de población, se abren al mundo en los ochentas dando paso a un nuevo orden mundial, donde la multipolaridad reina. Los cambios son enormes: China empieza a convertirse en potencia mundial, con su economía de "capitalismo con características chinas", aunque sigue siendo una dictadura dirigida por el Partido Comunista Chino desde 1949. La India, la democracia más grande del mundo, pasó en 1991 de una economía de tendencias socialistas (substitución de importaciones) a una economía de mercado. Durante estos años, la Unión Europea creció y abarcó 28 países, varios de Europa del Este, quienes habían estado bajo dominio soviético. En 1992, el sistema de segregación entre los habitantes blancos y negros, *apartheid*, fue abolido en África del Sur y el país se integró a la economía mundial con el PIB más alto de los países africanos, después de volverse una democracia en 1994. En 1983, México introdujo un plan económico neoliberal (apertura del y al exterior por medio de acuerdos comerciales y de la inversión extranjera, privatización de la banca y de empresas del sector público) y así se abre al mundo. Similarmente, Chile, bajo la dictadura de Pinochet, se integra a las economías mundiales desde los años setenta, paulatinamente pero con un plan económico similar al de México, en lo que se denomina el "milagro de Chile". En Asia, tenemos a los "Cuatro Tigres Asiáticos": Hong Kong, Corea del Sur, Singapur y Taiwán, quienes desde los años sesenta, comenzaron a industrializarse rápidamente, llegando a ser líderes en finanzas (Hong Kong y Singapur) y en componentes electrónicos (Corea del Sur y Taiwán). Al contrario de otros países mencionados anteriormente, éstos invirtieron fuertemente en infraestructura y educación para lograr trabajadores calificados, como ingenieros y médicos. Asimismo, es posible que la ideología del confucionismo (trabajo duro, disciplina, lealtad, respeto a la autoridad) en estos países asiáticos haya influenciado este rápido cambio para bien.

En paralelo, empezamos a ver cambios tecnológicos que aceleran esta globalización y afectan a las sociedades, gracias al internet y a las mejoras de sector de transporte, logística y cadena de

suministro. Siempre ha habido momentos en la historia cuando descubrimientos y avances han cambiado la historia de la humanidad. El internet es una de estas creaciones. Tiene muchos usos y aplicaciones que han cambiado como vivimos e interactuamos, sobre todo a partir de la primera década de siglo XXI, cuando el Web 2.0 aparece. Vemos el nacimiento de redes sociales y otras herramientas de comunicación interactivas y participativas. Ahora podemos comunicarnos instantáneamente, lo que ha resultado en un flujo de información enorme, aunque no siempre es información verídica (*fake news*). El primer presidente contemporáneo (Hitler fue el primero en usar los medios de comunicación para difundir su propaganda) en comprender su utilidad fue Donald Trump. De sus programas de televisión y la creación de la marca Trump (antes de llegar a la presidencia) a sus *tweets* desde sus primeros días en la Casa Blanca, se comunicaba sin cesar con los estadounidenses, moldeando su opinión a través de *fake news* o comentarios poco presidenciales. Las redes sociales también son usadas para una miríada de funciones, como difundir todo tipo de información de manera rápida y eficaz (negocios, política), establecer grupos con gente con ideas e intereses similares (verse este tipo de grupos en *Facebook* o *Next Door*) o crear movimientos sociales, como lo vimos en el ejemplo de Myanmar. Son navajas de dos filos, por lo cual los gobiernos han tratado de regularizarlos. Tras presión gubernamental, Facebook ya no permite contenido falso, sexual, o excesivamente violento, así como perfiles impostores. Los apps o aplicaciones han ayudado a gente a tener cuentas de banco virtuales (Pay Pal, M-Pesa en Kenia), a vender en línea (Ali Express, Amazon, Mercado Libre o Jumia, así como eBay, AirBnB o Booking), lo que ha ayudado a miles de personas a tener ingresos primarios o secundarios. Sin la invención del internet (cada vez más rápido), esto no hubiera sido posible. Además de esto, gracias a los avances en todo tipo de ingenierías (software, hardware, telecomunicaciones), el transporte y la logística han acelerado la globalización, lo que nos hace un mundo siempre más interconectado e interdependiente, o sea, globalizado donde las fronteras físicas ya no existen como tales. Como dice el dicho: “Si (nombre del país) estornuda, (nombre del país) se resfría”.

Estos dos factores en conjunto, la globalización y los avances tecnológi-

cos, vieron surgir muchos cambios rápidos en la realidad mundial del día al día que, para muchos seres humanos, ha sido recibida como muy destabilizante y creadora de ansiedad existencial, con la que muchos no han podido lidiar. Las promesas de ruptura con lo establecido de los populistas para regresar al pasado glorioso pudieron haber dado lugar a la elección de éstos: Trump y “Make America Great Again” (restaurar Estados Unidos a su pasado glorioso), Boris Johnson y Brexit (para evitar más inmigración, otra promesa de algunos populistas), el bieloruso Lukashenko y “Somos un país nostálgico de la URSS”, todos ellos sonaron como genuinos políticos, en un ambiente donde se ha perdido confianza en las instituciones y en los políticos para resolver estas ansiedades diarias. Este se le puede caracterizar como *spirit of the agetimes*, o espíritu de la época, ya que esta ocurriendo mundialmente.

Conclusión para reflexionar

Como mencionamos anteriormente, muchos países han visto una reciente disminución y debilitamiento gradual de la democracia por diversas razones. Las diferencias en gobernanza política y económica en las democracias mundiales han mostrado lo difícil que es restablecer un balance entre la política y la economía. El rol del gobierno en el contrato social es el de mantener la paz en el país a través de oportunidades de trabajo, programas sociales y los demás derechos humanos. Las obligaciones de la ciudadanía incluye pagar los impuestos para que el gobierno pueda cumplir con estos programas y cooperar para ayudar al gobierno a mantener la paz, como lo es seguir y respetar las leyes del país. Desgraciadamente, fuerzas internas y externas a cada país, ya sean los cambios tecnológicos y/o la globalización, entre otros, han hecho más difícil mantener el contrato social entre el gobierno y los habitantes de una nación, lo que ha atraído a populistas a los gobiernos. Estos tampoco han resuelto los problemas, sino que los han agravado. ¿Cuál es entonces la solución a este dilema? Aunque mis sugerencias siguientes no son suficientes, podrían ser un buen comienzo en la dirección correcta.

Primeramente, sugiero una educación intelectual y moral para construir un contrato social nuevo y más equitativo. Siempre habrá diferencias individuales, por supuesto, pero se trata de apuntar a una armonía social entre todos los habitantes del país, para no recaer en

la violencia, y así mantener la paz social. Empecemos con una alfabetización mediática y una enseñanza a reflexionar basado en hechos e información lo más objetiva posible. Esto disminuiría en parte la irracionalidad del Homo Sapiens, que reacciona rápida y emocionalmente con lo que ve y lee en los medios sociales, antes de verificar si es cierto lo que están leyendo o viendo en los medios de comunicación. Obviamente, para esto es necesario primero una inversión en la educación general de la población (kindergarten, bachillerato, universidades, comercios calificados u oficios, entrenamiento a los maestros), como lo hizo Corea del Sur. Esto debe incluir estudios de civismo y democracia a lo largo de la niñez. De esta manera y con las herramientas adecuadas, el ciudadano podrá analizar situaciones de manera objetiva e independiente, llegando a conclusiones adecuadas para las problemáticas y las opciones que enfrenta. Segundo, lidiar con la corrupción es primordial. En muchos de estos países, sobre todos los no desarrollados, se tienen que corregir problemas de base, como lo es la corrupción endémica al sistema. Esto ayudaría a recuperar la confianza del pueblo en los gobiernos y las instituciones (policía, sistema legal) creadas para representar y realizar sus intereses. Mientras esto no se realice, seguiremos viendo una ruptura del contrato social entre el gobierno y sus habitantes, lo que seguirá causando un grave peligro para las democracias del mundo.

Aunque parece que termino este ensayo con un tono negativo, no lo es. En muchos aspectos, el ser humano vive mucho mejor que en otras épocas históricas. Como bien lo dice el historiador Yuval Noah Harari: “La gente no suele darse cuenta de ello, pero vivimos en la era más pacífica de la historia”, aunque, como sociedades, todavía tenemos que progresar aún más en nuestro comportamiento para mejorar nuestras vidas. Con la cooperación de todos y un nuevo contrato social, podemos lograrlo todos juntos. La responsabilidad es de cada uno, por lo que la democracia debe siempre defenderse hasta que inventemos un mejor sistema, como bien lo dijo Winston Churchill.

* *University of North Texas, Dallas.*

La sociología ante el enigma del mundo moderno

José Luis Talancón E.*

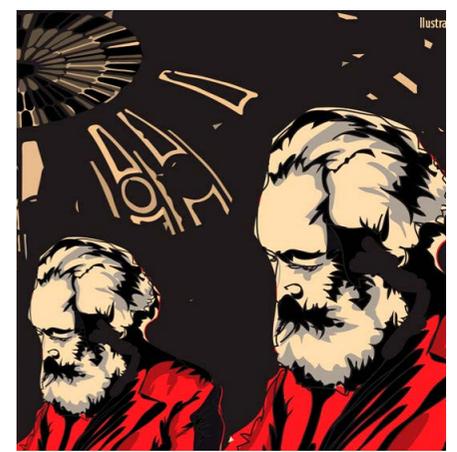
C iudad de México.- En un contexto de una mundialización cuarteada y multipolar, sin muchas posibilidades de construir una entidad supranacional con intenciones democráticas y republicanas, las sociedades abiertas con sólidos poderes institucionales, enfrentan hoy una serie de gobiernos autoritarios, que buscan concentrar el poder de manera personal, en caudillos que no han comprendido la frágil complejidad histórica alcanzada, en la relación entre la maquinaria mundial y su impacto en la dimensión Natural del planeta. Las dificultades que encuentra hoy la democracia (o para responder a la pregunta que nos convoca esta iniciativa ¿Por que fracasan las democracias?), habría que situarlas en su perspectiva histórica, ya que la fórmula democrática al aspirar a construir equilibrios y contrapesos, en realidad ha atravesado históricamente por tres fases: Coercitivas / Productivas/Cognitivas.

En su proceso de modernización, todas las sociedades han experimentado el ejercicio del poder en contextos culturales donde ha predominado en algún momento la fuerza, la competencia/cooperación, o una expansión del conocimiento científico/técnico. Se trata de comprender cómo esta metamorfosis del poder no ha sido lineal ni cronológica, y se confunde en el desconcierto mundial actual, en el que ciudadanía, ecosistemas y los mismos mecanismos democráticos se encuentran una vez más amenazados por totalitarismos similares a los vividos en los años 30 del siglo pasado. La única diferencia es que ahora nos encontramos en cuenta regresiva ante serias amenazas a la salud de grandes sectores de la población mundial, ante

potentes flujos migratorios, en principio derivados de fracturas de modelos económicos; y muy pronto por la ya demostrada, medida y avanzada contingencia ambiental a escala mundial.

Desde el siglo XVIII, las sociedades modernas detonaron potencialidades técnicas y aspiraron a un destino social y político en la historia que parecía tener la posibilidad de corregir las dinámicas y asimetrías al interior de la esfera societal. Que la sociedad en su conjunto es perfectible, que sus excesos y desproporciones pueden ser corregidas con la participación ciudadana. Tal confianza en la mentalidad democrática participativa y no solo procedimental, fue resultado del punto de culminación de la racionalidad matemática alcanzado en la historia de la Física, que arrancó con la idea del movimiento en Aristóteles y culmina en Newton con la observación del fenómeno de la fuerza de atracción del peso que un cuerpo ejerce sobre otro, de acuerdo a su distancia.

La identificación de la Ley de la Gravitación Universal como explicación redonda y absoluta del funcionamiento de la Naturaleza y el Universo, irradió a las jóvenes ciencias humanas, con la confianza en el control sobre su propio destino, pese a que el valor de la confianza fue perdiendo terreno en muchas culturas nacionales. Pero en el trasfondo queda la impronta de que la acción individual y colectiva perseverantes puede detonar cambios e incidir en su propia vida. Tal optimismo aceleró distintas fases sucesivas de patrones cognitivos, los cuales fueron construyendo asentamientos territoriales, viabilidad social, ingeniería y simetrías, gracias a la noción de exactitud de las medidas de flujos,



pesos, temperaturas, voltios y votos, los cuales inducían lo justo en sus contratos sociales.

La idea de progreso sustituyó a la violencia con previsión y acuerdos. Eso que Marx identificó en la contradicción histórica entre el constante perfeccionamiento de la técnica y las capacidades productivas, inducen a una superación de contradicciones de las relaciones sociales. Podría resultar casi como un paquete llave en mano. Un primer factor determinante en el fracaso de la democracia en el mundo, apunta entonces a esos déficits o desajustes que se vienen acumulando entre el perfeccionamiento técnico y la aspiración democrática, con su principal componente: una ciudadanía calificada, formada técnica y éticamente permite guardar y preservar los frágiles equilibrios entre la persona y su colectividad entre la Grecia de Pericles, la Holanda de Spinoza, o la Virginia de Benjamín Franklin y George Washington.

De acuerdo con el espíritu ilustrado, *el hombre no nace, se hace*. Tal proyecto de racionalidad implica un constante avance en los conocimientos, tanto de la naturaleza como de la dinámica social. Ambas ingenierías pretendían avanzar juntas y evolucionar de acuerdo con el poder detonador y creciente de cada una. Conforme se abría el espectro de las diversas fuentes energéticas aplicadas –fuego, agua, madera, carbón, petróleo, electricidad, átomo– paralelamente se delinearon y diferenciaron opciones políticas, relaciones de mando, mecanismos de obediencia, carácter institucional y jurídico, siempre de acuerdo con un estímulo cognitivo que pasaba de conocimientos manuales a intelectuales, en

amplios contextos de movilidad social.

La primera revolución industrial es hija del trabajo manual. No así la segunda, que es hija del cerebro que contribuyó al establecimiento del Estado moderno: la máquina de vapor, las leyes de la termodinámica y el ferrocarril incidieron en revoluciones políticas, como fenómenos correctivos de injusticias que exigían una mayor equidad entre los hombres y entre las clases sociales. La Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano de 1792, busca una aproximación a la noción de exactitud con los instrumentos de medición. Se intenta contar votos con la misma claridad con que se miden temperaturas, alturas, distancias, flujos de energía eléctrica.

La precisión necesaria que requiere la operatividad y funcionamiento de las máquinas que transforma la fuerza de los procesos naturales, caída de agua o calor entre otras, se traslada a la dimensión humana, y exigen transparencia y equilibrios sociales y políticos con la misma claridad y nitidez. De ahí la gestación de las revoluciones como reajustes de injusticia intencionados y conscientes, derivados de una mayor densidad cognitiva socialmente adquirida. La objetividad y transparencia como aspiraciones, acercaron la probabilidad de la realización de la democracia. La subjetividad romántica advirtió de sus fragilidades. La más compleja de las fórmulas políticas exige una serie de condiciones materiales y sociales previas para su buen funcionamiento y operatividad, y no está exenta de servir a personajes que luego de instalarse en el poder renuncian fácilmente a ella, traicionando la confianza social depositada. Los acuerdos sociales establecidos bajo la autoridad de la experticia, tienen que ser respetados por su pulcritud en la aplicación de la ley y la voluntad democrática. Gobiernos elegidos democráticamente no pueden agredir a las instituciones democráticas que les permitieron acceder al poder. Ni menos pueden, ya gobernando, inhibir el papel de las instituciones y contrapesos en el equilibrio de los distintos poderes.

Las sociedades del siglo XIX se estructuraron y adaptaron su territorio y recursos a sus propios fines, mientras siguieron ampliando y perfeccionando los beneficios. Cuando la sociología pasa del análisis del conflicto en la producción con Karl Marx, al estudio del conflicto en la administración con Max Weber, esa transición del conflicto Capital/Trabajo, al de la Administración, hizo necesario el papel intermediario del Estado, quien

con la fuerza del subsidio a los partidos políticos, promueve el riesgo a que la democracia representativa se burocratice.

La formación de ciudadanía participativa y consciente para el establecimiento de la democracia, se subordinó a procesos de burocratización que complejizaron la democracia representativa y directa. Un ejemplo de ello es lo que ocurrió en México, donde el Estado en la esfera económica se convirtió en juez y parte, en palanca del desarrollo, y lo mismo ocurrió en la esfera política. La idea para la creación del único partido político fue pensada desde el poder, no en la base social, fue instrumentada por el Estado hasta la década de los 80 del siglo XX. Fue el temblor del 85, cuando la sociedad arrebató la idea democrática al Estado. Fue la movilización social ante el sacudimiento de la tierra, que se vieron obligados a contradecir al líder sindical sempiterno Fidel Velázquez, que había dejado claro: *el poder lo obtuvimos por las armas y solo por las armas lo dejaremos*. De tal manera que la primera condición para el buen funcionamiento de la fórmula política más compleja, difícil y conveniente para las sociedades modernas, es tener en su propio pasado de clase y nación, la experiencia democrática, hacerlo parte de su ADN cultural.

Por ello, la tragedia moderna o el fracaso mismo de la democracia se asocia con la razón de Estado, que desde arriba de la cúspide del poder pretende eliminar a las instituciones que garantizaron y vehiculizaron su llegada al poder, transmitiendo directamente la vitalidad que emana de los ciudadanos gobernados. Sirva de ejemplo lo ocurrido cuando Ernst Jünger publica su obra central, *El Trabajador*, (1932) poco antes de que se apagara la República del Weimar y pareciera inevitable el triunfo de los furiosos y violentos, que llegaron con votos y procedimientos legales.

En esos años, pocos países tenían posibilidades de escapar de las oleadas que generó la crisis del 29. Ello obligó a una redefinición del proceso industrial en tres versiones: americana (fordismo-taylorismo), soviética (planes quinquenales burocratizados) y alemana (cooperativa), lo cual generó cuatro estilos gerenciales de moldearse y ajustarse a una economía mundial cada vez más militarizada: el modelo *competitivo* (americano), el *personal* (inglés), el *cooperativo* (alemán), y el de *compadres y militares* (mexicano), los cuales tuvieron como denominador común una movilización total hacia la producción y la educación,

y reflejan el peso y la subordinación de las culturas locales a la determinación de la Técnica. Las controversias ideológicas, las movilizaciones sociales y corrientes estéticas, como el constructivismo ruso, el muralismo mexicano y la Bauhaus alemana, dieron cohesión y proyección a sus respectivos nacionalismos, así como legitimación de sus respectivos regímenes políticos, los cuales frente a su denominador común de la Técnica y la industrialización, aspiraban a construir democracia con los ingredientes a la mano. En el caso mexicano, una gran circulación monetaria, con un Banco Central impulsado por Calles; un proceso de secularización para ponerle freno a una Iglesia que no abandonaba el terreno educativo, y arriesgando a jugar a una mayor desestabilización, y un fortalecimiento del mercado para impulsar las instituciones políticas que enmarcaran e hicieran realidad esa democracia, a partir de educar una creciente ciudadanía urbana.

En sus respuestas, fueron creadas organizaciones sociales, sindicales y partidos políticos con mayor o menor grado de autonomía frente al Estado. Alianzas y corporativismos diversos, encausaron la modernización de acuerdo con su forma de moldear y compaginar la libertad individual con la igualdad social, de acuerdo con sus propias herencias, influencias, tradiciones filosóficas e ideológicas, así como sus tipos de propiedad. El estancamiento económico propicia la fermentación ideológica y la marginación social, caldo de cultivo de sus líderes que se enriquecieron económica y políticamente con su "representación".

La fuerza pública, la construcción del Estado, y los procesos de abstracción y burocratización potencian, pero también neutralizan, los procesos de democratización, por constituirse como un poder en la intermediación e interpretación de la realidad. Los mecanismos de representación y una instrumentación racional de gran escala hacen efectivamente más compleja la gestión de los conflictos sociales, pero mientras haya políticos capaces de arriesgar su popularidad en aras de lo que debe hacerse, aunque sean una minoría en la historia de la democracia, tenemos razón en ser optimistas. Solo la participación ciudadana organizada puede evitar que la nueva camada de populistas autoritarios elegidos democráticamente, atenten contra la democracia y contra la naturaleza.

* Profesor de la UNAM.

¿Mantendremos la democracia como utopía? ¿O avanzaremos a un nuevo consenso para la unidad de lo diverso?

Mario Rechy M.*



Ciudad de México.- La humanidad ha concebido ideales que encierran su visión del futuro, como metas o realidades a perseguir, para que su vida y su convivencia sean plenas, armoniosas y prósperas. Pero repetidas veces ha experimentado esta humanidad que sus esfuerzos son fallidos.

Y se entiende, porque los humanos somos los únicos animales que pueden imaginar el futuro, acorde con sus sueños y arquetipos, pero también somos una especie que pierde la perspectiva ante los hechos inmediatos, o que es arrebatado por las ideologías o la fe ciega.

Creemos en la democracia, aunque algunos piensen que ya la alcanzamos, pero otros, sin duda más lúcidos, saben que todavía tendremos que terminarla de concebir, actualizar y construir.

También creemos en la justicia, en la verdad, en el bien común, en la prosperidad general, y hasta en la paz. Y ninguno de estos ideales está vigente, pues nuestros días son de mentiras en la prensa, y en los que deberían ser informadores y en las expresiones de mu-

chos políticos; y son días de injusticias que se repiten, y hasta se profundizan. Son días en que la prosperidad quedó suspendida, por los miles de empresas que han cerrado, por la ausencia de crédito rural y, a pesar de las declaraciones y anuncios triunfales de avances, sabemos que no estamos en paz, que padecemos las desapariciones constantes, que el crimen organizado y sus cómplices en la administración de diversos niveles, siguen vigentes. Vemos incluso que, si bien se ha avanzado en impedir la continuidad de la corrupción en la administración, los principales delincuentes siguen libres e impunes.

Tal vez por todo esto, por la incongruencia entre los ideales que tenemos y las realidades que vivimos, vienen al caso unas reflexiones sobre la vigencia de algunas ideas que han sido centenarias, milenarias, y que quisiéramos que sigan vigentes, al menos como meta y como esperanza.

El concepto de democracia, tan caro hoy en día, está vivo en la búsqueda de muchos, y seguro en la convicción de algunos políticos también. Pero los

avances hacia ella están siendo puestos en duda todos los días, por los hechos.

Las quejas contra algunos senadores, como Alejandro Armenta, que se dice han impuesto candidatos, así como contra el presidente de Morena, Mario Delgado, y del presidente del PT, Alberto Anaya, se multiplican en prácticamente todos los Estados de la Federación. Desde Chihuahua, donde Anaya ha solapado a Rubén Aguilar, o Zacatecas, donde Monreal ha impuesto como candidato a su hermano, la militancia de base de todos los que hemos participado en la coalición Juntos Haremos Historia, está alterada, molesta, encabronada.

Leemos de presidentes de partidos que desdennan a las bases de sus organizaciones y venden las candidaturas, como el presidente del PT en Guerrero. O las ceden a cambio de acuerdos ocultos para favorecer el fortalecimiento de grupos de poder, como se hizo en varias delegaciones de la Ciudad de México. Se repite en las redes que el triunvirato integrado entre Marcelo Ebrard, Monreal y Mario Delgado, ya están moviendo sus piezas para garantizar el control de la sucesión presidencial que tendrá lugar dentro de un trienio.

Se afirma que los candidatos de esta legislatura, y muchos de los presidentes de municipios y estados de la federación, han de responder a esa estrategia. Sus operadores trabajan horas extras. Y Bejarano, como ejecutor de la alianza con la jefa de gobierno de la ciudad, se ha cuidado de mantener el control y la disciplina en siete alcaldías de la capital.

Circulan conversaciones interceptadas por los hackers y los cibernautas en donde se exhibe a candidatos confesando cínicamente la desviación de recursos, como en Tlalpan, o el uso particular de presupuestos. Y vemos cómo se multiplican las impugnaciones hacia un instituto electoral que debía ser el primero en garantizar la imparcialidad y la ley, pero que favorece a una fuerza política opositora y golpea al partido de la mayoría.

¿En qué entonces es que está vigente o sigue siendo posible la democracia, y en qué pareciera que tenemos que volvernosla a plantear?

Pareciera inclusive que, aunque hemos creído que en todo el mundo occidental compartíamos una sola noción sobre el gobierno de la mayoría, ya se habla de prácticas sociales que vienen dejando claro que la democracia tiene distintos avances o alcances en los países del mismo bloque occidental.



En Islandia se ha alcanzado, por ejemplo, la remoción de cualquier autoridad que falla. Y en Dinamarca la democracia se impuso contra las políticas de la Organización Mundial de la Salud, estableciendo su propia conducta social durante estos largos meses en que se ha impuesto un régimen de pandemia.

En Estados Unidos la democracia permite un asalto al Capitolio, que es la sede el poder legislativo. Mientras que en Israel la policía golpea a los ciudadanos que no se disciplinan a las severas medidas de control sanitario. No hay pues una sola acepción para la democracia. Y es momento de dejarlo claro. La traducción de la palabra conserva las interpretaciones según la raíz griega. *Demos* significa pueblo y *cratos* quiere decir gobierno. Es decir, significa el gobierno del pueblo. Pero en cada lugar el pueblo es concebido con particularidades distintas.

Una uniformidad de significados en un área geográfica, se entiende en la lengua portuguesa, es sintópica. En ese caso podríamos tal vez decir que las distintas palabras para referirse al chubasco, serían sintópicas: lluvia fuerte, chaparrón, aguacero. En la lengua inglesa, por otra parte, lo sintópico es la facultad de cosas o conceptos distintos que pueden coexistir, sin que se confundan o interfieran. Por decir algo, el gobierno y el estado, la razón y la inteligencia. Pero la *Enclipedia Británica* le otorgó un uso más preciso al término. En la colección de los *Grandes libros*, esa institución explica que lo sintópico revela la unidad y continuidad que encierran algunos conceptos, a manera de sabiduría y comprensión acumuladas, para expresar las grandes ideas comunes a toda una cultura. Tales como bueno y malo, correcto e incorrecto, amor o pasión, dictadura y

democracia.

Esa obra es precisa al indicar que un conjunto de palabras sintópicas no son precisamente universales, sino que responden a valores y principios propios de culturas que comparten una visión del mundo y el hombre. Por nuestra parte, podríamos decir que los pueblos originarios no tendrían o usarían las mismas palabras sintópicas que la cultura occidental. Ni los pueblos de oriente compartirían tampoco las mismas nociones de democracia o bienestar, que la sociedad de consumo y de gobiernos electos tienen, a partir de la propuesta de los partidos.

Desde una perspectiva epistemológica, podría decirse, también, que cada visión del mundo ha creado sus propios paradigmas para explicar la vida y su sentido. Para los pueblos occidentales, herederos del pensamiento cristiano romano, somos una creación de dios a semejanza suya. Para las culturas originarias de lo que conocemos como América, somos producto de cuando menos varios dioses y fuerzas, que han disputado por la hegemonía, y que nos hacen seres contradictorios, en lucha con nosotros mismos, y que deben cultivarse y templarse para servir a la comunidad. Y para los orientales, somos parte de un fluir del universo, capaces de reflejar o coincidir con la corriente de la naturaleza, o de perder el ritmo que ella tiene, para llegar a la otra orilla o para naufragar.

Ha sido pues un desatino esperar que el mundo, al globalizarse, pudiera abrazar un mismo orden y una sola perspectiva. En buena medida eso explicará la caída de la globalidad. Mientras occidente se empeña, recordándonos al emperador Constantino o al papa Inocencio III, en defender sus valores como los únicos de validez universal, en los cinco continentes emergen o, mejor dicho, ocurre un pseudomorfismo —como diría Toynbee—, en el que la verdadera identidad está aflorando y destruyendo esa cáscara que ha venido aprisionando la historia, sin dejar que la verdad de cada pueblo pueda regir su marcha y su destino. Si es que la democracia es un concepto sintópico, ello ya no puede ser lo mismo en todo el mundo occidental.

La democracia, como la libertad, o como la felicidad, es un concepto o idea que desde su origen expresa una noción sobre lo bueno de un régimen político. Lo bueno porque responda a la mayoría, o al interés de la mayoría. Gestado el concepto como ideal, es decir, como lo

que debería perseguirse siempre como meta, ha sido el leitmotiv o referente del discurso de todo grupo que ha buscado la conducción social o el gobierno. Y los ciudadanos, que fueron insaculados con la noción abstracta e idílica de su significado, creen y anhelan la democracia.

Para el común de los mortales, la democracia ha sido, y es, el gobierno por voluntad de la mayoría. Y hasta la fecha se sostiene que Atenas, donde se originó el concepto fue, cuando menos durante el gobierno de Pericles, V siglos antes de cristo, un régimen democrático. Lo cual era cierto, en el sentido de que el tamaño o dimensión de la sociedad de ciudadanos, permitía que la mayoría de ellos se reunieran en el ágora, o espacio de las asambleas, escucharan de viva voz las propuestas y votaran luego, a mano alzada, las grandes decisiones. Esas asambleas eran democráticas. Y se ha dicho que eso probaba que los griegos habían alcanzado la democracia.

Pero esa realidad era también un desmentido del espíritu verdadero de la democracia, primero porque las mujeres no tenían derecho a la propiedad, y sólo los propietarios tenían pleno derecho de voto, así que la mitad de la sociedad ateniense estaba excluida de las grandes decisiones. Pero también era una falsedad como democracia porque solo los llamados hombres libres podían recibir el reconocimiento como ciudadanos. Y la mayoría de los habitantes también comprendía a los esclavos, y éstos no eran reconocidos como ciudadanos. Y entonces tampoco contaban en las grandes decisiones.

De la misma forma, ese ideal o concepto, que en todo occidente hemos perseguido durante más de dos mil años, ha visto que se le mantenga como objetivo y utopía, al mismo tiempo que se le vuelve a deformar o acotar, excluyendo a una parte de los seres humanos, a los que no se les permite o reconoce parte de ella.

Entre el siglo IX y el siglo XIV existieron en Europa varias versiones del cristianismo. Y hoy podríamos decir que esa pluralidad era democrática. Aunque tal vez sería más correcto decir que desde la muerte de Jesús, tuvieron lugar varias interpretaciones de sus enseñanzas. Existieron los bogumilos, los creyentes en la santidad de María Magdalena, los que reconocían diversos evangelios en los que se relataba la vida de Jesús como un ser más terrenal y contradictorio, o los cátaros, que se convirtieron a lo largo de los siglos en una corriente muy



extendida y seguramente mayoritaria (cubriendo Europa desde su parte oriental y hasta la península ibérica). Pero el papa Inocencio III no los reconocía, y concluyó que todos ellos amenazaban la hegemonía del catolicismo, que remontaba sus orígenes al gobierno de Constantino, quien lo había convertido en religión oficial hacía ya siglos, por lo que de manera muy democrática, Inocencio acordó con todos los gobernantes de las principales naciones, que los cátaros debían ser erradicados, iniciándose así la primera cruzada, o sea, la primera guerra religiosa contra al pensamiento disidente o plural. Esa guerra, emprendida por millares de católicos fervorosos, duró cien años, hasta que el último de los predicadores descalzos, que enseñaban la humildad, que no admitían que se venerara a dios en grandes templos, y que reconocían los mismos derechos a la mujer, fue muerto. Con la muerte de Guillermo de Belibaste triunfó la democracia católica y se erradicó la posibilidad de que la fe en Jesús el Cristo pudiera darse sin pompa y sin unir el poder económico y político con las enseñanzas morales. Una vez más, la democracia más amplia tuvo un descalabro.

Y la democracia volvió a tener muchas veces más descalabros o desmentidos. Como cuando los campesinos decidieron crear su propio régimen en Cataluña, Hungría y después Alemania, en los siglos XV y XVI, sin reyes y sin autoridades eclesiásticas, y fueron combatidos por todos los reinos de Europa hasta reducirlos a cenizas. O como cuando se levantó la Comuna de París, buscando una democracia económica y sin hegemonía de los nobles, y los comuneros fueron muertos para que sus asesinos celebraran finalmente la restauración monárquica levantando la ca-

tedral de Notre Dame, para dar gracias a Dios de esa derrota.

En unos casos la democracia tuvo que ceder a la fe. En otros casos tuvo que ser matizada o reescrita como gobierno de mayoría, pero con aseguenos.

Hoy compartimos, la mayoría de los ciudadanos de México, un ideal de democracia. La mayoría quisiéramos que las decisiones de gobierno y de representación respondan al interés de la mayoría. Sin embargo, más en lo específico, cada uno de nosotros concibe al pueblo, que conforma esa mayoría, como un conjunto diferente. Yo, por ejemplo, creo que forman parte del pueblo, además de los campesinos y trabajadores manuales e intelectuales, los artistas y creadores, es decir, los que imaginan o inventan, arte, técnica, organismos, proyectos económicos, y muchas otras cosas. Creo también que los emprendedores, es decir, los que han recogido la experiencia social o familiar, para crear nuevos organismos o empresas, son parte del pueblo, aunque a veces su iniciativa se apoye en recursos propios y a veces requiera del concurso o soporte público. Pienso que los artesanos y pequeños negocios son una parte muy importante de la ciudadanía, porque ellos son los depositarios de la identidad social. Y desde luego, creo que los pueblos indígenas son el núcleo más valioso de los valores y principios que nos representan. No puedo concebir la democracia como un régimen que le concede derechos a unos y se los niega a otros. Ni tampoco puedo concebir la democracia como una reglamentación de la lucha de clases, para que una clase se imponga sobre otra, anulando sus derechos. Porque a diferencia de la visión dogmática de la historia, no creo que solo existe la lucha, y tengo la convicción de que son iguales

de fuertes y necesarias la colaboración y la unidad.

Vivimos en una sociedad muy desigual e injusta, donde por décadas el ingreso se ha ido concentrando, y se ha ido excluyendo de todas las formas de la administración pública a los más necesitados. Un régimen que ha minado las conquistas históricas que habían sentado una vía o camino para superar los rezagos y armonizar y conjuntar esfuerzos. Se robaron las reservas de la seguridad social, se dismantelaron los organismos de planeación participativa, y se mercantilizaron las candidaturas de los partidos.

Pero más grave todavía, sea probablemente el que en vez de fortalecer las vías de información para que todos los habitantes conociéramos o pudiéramos tener los elementos de análisis y juicio sobre los problemas sociales y su diagnóstico, se fue sustituyendo la información con propaganda y con ideología.

Ya antes habíamos visto otros descalabros de la democracia a niveles de ignominia. Durante el régimen nazi, por ejemplo, los líderes estudiaron cuáles eran los valores y sentimientos populares, cuáles eran los anhelos más sentidos y los rencores más profundos. Y articularon un discurso de promesas que iban dirigidos, muy específicamente, a alimentar y exacerbar esas expectativas y esos rencores. Y fueron cultivando el sentimiento patriótico y fortaleciendo inmemoriales experiencias de grandeza y dominio, para conducir al pueblo hacia la guerra, el odio y la exclusión de la diferencia. Y eso fue democrático. Muy democrático, porque no fue algo dirigido o recibido por una minoría; sino algo muy bien diseñado para conducir a la mayoría hacia una dinámica imperialista y genocida.

Es la misma democracia que se practica en Estados Unidos, donde el sueño americano se ha insaculado a la población para justificar el Destino Manifiesto, esa ideología imperialista que les justifica como intervencionistas para salvaguardar sus intereses en cualquier parte del mundo.

Ocurren momentos en la historia, en que la democracia tiene que enmendar los yerros que provocan esas desviaciones. Y por ello fue democrático el bombardeo y el combate contra los nazis, emprendido por una alianza de los pueblos, donde prevalecía mayor pluralidad y vigencia de los derechos humanos.

Por ello también responde al interés



democrático la persecución de los delincuentes que robaron al erario, o que a la sombra del poder se enriquecieron, haciendo negocios con el patrimonio público. Eso está pendiente en México. Pues se conoce cuántos se han apropiado de plataformas petroleras, o de empresas subsidiarias de energía, pero no se les detiene, procesa y expropia.

Gran parte de la acción democrática está hoy en cada una de las acciones de unidad de inteligencia financiera de la federación (con Santiago Nieto a la cabeza), que pone un alto a la evasión y los desvíos de recursos. Como también es una respuesta democrática el reorientar el gasto y la inversión pública para generar empleo y elevar las condiciones de vida y convivencia de los que estaban siendo marginados. Pero es un cambio a medias.

Pues nuestra sociedad padece muchas deformaciones estructurales que no se pueden superar con medidas anuales o presupuestales de gobierno, o con programas de gasto, o con condenas sin castigo. Y se requiere, más allá de las declaraciones machaconas matinales, una nueva conceptualización de su naturaleza y su orientación.

Impedir la profundización de la pobreza es muy importante. Pero el reparto de dinero no resuelve la pobreza, y más bien la disimula, sin superar su causa. Porque la causa de la pobreza no está en la falta de dinero contante y sonante para pagar cada mes una despensa, sino en que el dinero debe ser resultado del trabajo que se remunera. Y las condiciones de vida sólo pueden mejorar de manera permanente, cuando no dependen del decreto de reparto, y descansan en la

acción posible de trabajo dignamente retribuido. Más que regalar dinero, debería invertirse en la generación de trabajo permanente.

Los pobres son una realidad que lacera la conciencia de todo demócrata. Pero también son el pretexto que alimenta todo rollo demagógico.

Aristóteles ya se ocupó, por ahí después del régimen de Pericles, de dejarlo claro. En un correcto resumen de la Wikipedia, a la que todos tenemos acceso, se dice: "En la historia de las doctrinas políticas se considera que fue Aristóteles quien individualizó y definió por primera vez la demagogia, definiéndola como la «forma corrupta o degenerada de la Democracia» que lleva a la institución de un gobierno tiránico de las clases inferiores o, más a menudo, de muchos o de unos que gobiernan en nombre del pueblo.

"Aristóteles sostenía que cuando en los gobiernos populares la ley es subordinada al capricho de los muchos, definidos por él como los 'pobres', surgen los demagogos que halagan a los ciudadanos, dan máxima importancia a sus sentimientos y orientan la acción política en función de los mismos. Aristóteles define, por lo tanto, al demagogo como 'adulador del pueblo'.

"La demagogia, según Platón y Aristóteles, puede producir (como crisis extrema de la República), la instauración de un régimen autoritario oligárquico o tiránico, que más frecuentemente nace de la práctica demagógica que ha eliminado así a toda oposición. En estas condiciones, los demagogos, arrogándose el derecho de interpretar los intereses de las masas como intérpretes de toda la nación, confiscan todo el poder y la representación del pueblo e instauran una tiranía o dicta-

dura personal..."

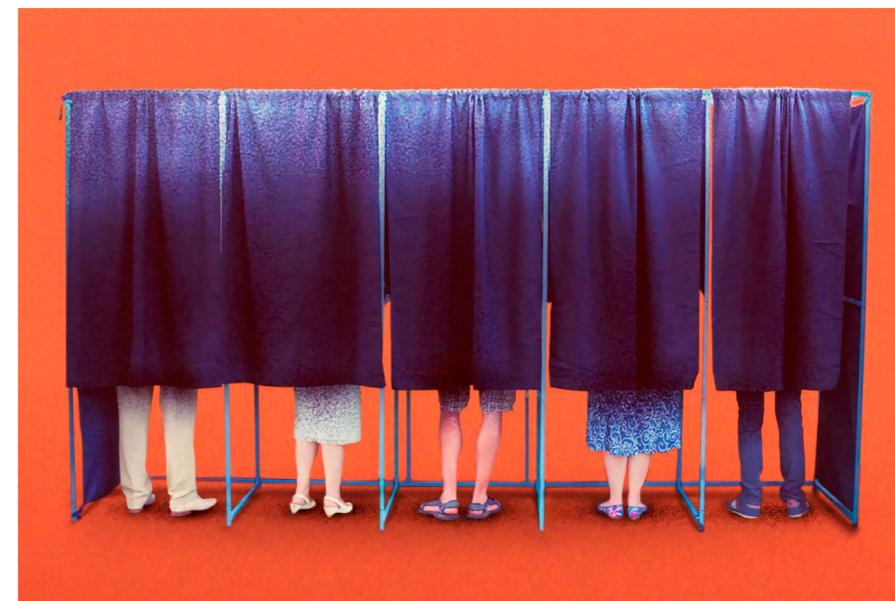
Nuestra incipiente democracia tiene más de verbal y gesticulatoria que de institucional. Pues mientras los partidos son expresión de intereses de grupo y no medios de organización ciudadana, o de expresión de representantes populares, todo lo que se construya como democracia electoral será una ficción política.

Podríamos decir que el recoger el parecer de la mayoría refrendaba el pacto social que podía mantener a la sociedad como un cuerpo organizado. Pero ha pasado el tiempo. Y la mayoría se ha transformado. Y por paradójico que nos parezca, hemos vivido momentos en que "la mayoría" se guía por la apariencia de la realidad social, o es manipulada utilizando palabras, frases e incluso actos, que parecen responder a la expectativa general, cuando en realidad constituyen aparentes concesiones y en realidad ocultan otros actos u omisiones, que son la verdadera política de quien les engaña.

Morena ha distribuido entre sus cuadros las listas de los que reciben algún apoyo de programas institucionales, desde los de siembra, hasta los de becas, minusválidos o viejitos. Y no lo ha distribuido para otra cosa que para inducirlos a ejercer su voto como confirmación de apoyo y gratitud por dádiva. ¿Es eso lo que podemos esperar como democracia?

La mayoría ha cambiado. Esa mayoría que debería garantizar la democracia no se comporta uniformemente como pueblo. Y ha cambiado en razón de que la sociedad dejó de ser el conjunto comunitario, donde todos nos conocíamos y asistíamos a la asamblea para levantar la mano. Y porque la mayoría se divide hoy entre aquellos que se comportan acorde con principios y valores, y aquellos que reaccionan según intereses muy inmediatos y de manera irreflexiva. La mayoría comprende hoy un aglomerado irracional; esto es, un conjunto que ha cedido ante el discurso, y cree que las palabras son garantía de los hechos, pero que además se confirman por una caridad.

Hoy, la sociedad de masas ha vuelto anónimos a unos de otros, y ya nadie se conoce, o apenas conocemos a los más próximos, a los familiares, a quienes trabajan en el mismo lugar, pero los otros, la gran mayoría, son sólo parte de agrupaciones, oficios, estadísticas, instituciones, sin que sepamos cómo son, cómo fue que llegaron a donde se encuentran,



qué representa cada uno, y en qué coincide su pensamiento con el nuestro.

Requerimos un mecanismo a nuestro alcance para escoger a nuestros representantes. Y ya está claro que los partidos no pueden ser ese mecanismo. Y los políticos encumbrados tampoco. Necesitamos proyectar a los políticos cercanos, a los que hemos visto actuar y pelear por nuestros intereses.

En la sociedad de masas la mayoría es un conjunto muy heterogéneo, muy diverso, donde los intereses se han multiplicado hasta comprender miles, decenas de miles de opciones sobre problemas cotidianos, operativos, de movilidad, de fe, de conocimiento, de recreo, y de muchas otras cosas.

Ciertamente siguen existiendo intereses comunes que todos compartimos. Todos aspiramos a vivir con seguridad. Todos deseamos tener resuelta la alimentación, la vivienda, el transporte, el vestido, y desde luego el empleo.

Pero la cantidad de oficios, actividades económicas, y formas de conseguir esos imperativos básicos, comprende muchas opciones o posibilidades. Requerimos créditos para la empresa familiar, crédito para la siembra, crédito y fomento para salvar el negocio. Y las instituciones, que comprenden tanto a privadas, públicas y sociales, también deben tener una dinámica, y una oferta claramente diferenciada ante la diversidad ciudadana.

Lo ideal sería que el conjunto, es decir, la sociedad, hubiera creado tales instituciones, que garantizaran el empleo, el ingreso, la producción de satisfactores básicos, así como la regulación de los

intercambios, y el acceso a los servicios, incluyendo la educación, la salud, la información. Pero la sociedad como tal no los garantiza, y entonces cada grupo de ciudadanos, y hasta cada ciudadano, hurga o se mueve buscando en su entorno, los elementos o indicadores sobre cómo resolver sus imperativos.

El resultado es contradictorio, pues el cuerpo social se manifiesta como muchos individuos buscando de manera individual la solución cotidiana o inmediata de sus necesidades, y al mismo tiempo es expectante ante la oferta institucional o individual que se observa en los medios de información existentes. Contradictorio porque al ser también gregario, es sensible a las ofertas o anuncios que se refieren o dan respuesta a las expectativas comunes, y entonces va generando una respuesta colectiva ante ciertas ofertas.

Todo este proceso es espontáneo. Es decir, no previsto por el conjunto, aunque probablemente sí inducido de manera particular por cada uno de los grandes dueños, concesionarios o utilizadores de los medios que difunden la oferta institucional.

Los ciudadanos buscan individualmente y también como parte de un colectivo. Y lo hacen atendidos o motivados por imperativos muy directos o ingentes, así como por ideales y utopías. Y al proceder así, mantienen un nivel de conciencia que sólo relaciona la necesidad con la oferta, sin distinguir entre una oferta que en lo inmediato puede ser útil, aunque en el sentido más profundo no altere o resuelva la necesidad de manera permanente, o sustituya la solución de fondo con una medida efec-

tista, pero que mantenga la situación inalterable, o sea sin resolver la causa u origen de la carencia. Recibimos la pensión con gusto, aunque la pensión universal sería una medida general más democrática.

El ciudadano que actúa ante la oferta aceptando o celebrando sin mirar más lejos, o sin información para evaluar o saber lo que sigue igual o lo que sería mejor, se comporta cada vez más como un sujeto de conducta y parecer inmediato, cada vez menos reflexivo, o cada vez menos conciente. Sin duda como un irresponsable de su condición y su futuro.

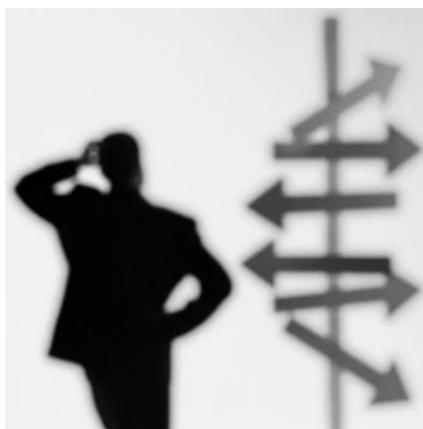
Algunos filósofos han denominado a estos ciudadanos como masa. Y en algunos momentos de la historia también los han despreciado llamándolos populacho. Yo diría que los ciudadanos se comportan como algo contradictorio, que en cierto sentido y según un comportamiento claro de sus intereses les permite ser pueblo; y que cuando actúan irreflexivamente, son efectivamente masa.

Son masa cuando celebran candidaturas de actores o cantantes. Como Paquita o como el actor de televisión que ya nos anunció que se va a robar 25 millones de pesos del presupuesto que le dieron. Escoger tales candidatos constituye una medida de manipulación, ciertamente corrupta, para tener supuestos representantes que acepten recibir instrucciones en la legislatura o, peor aún, que le permitan a esos partidos que los postulan obtener un conjunto de prerrogativas y votos que les refrenden el registro y el ingreso. Pero votar por esos candidatos es francamente acción del populacho que no es capaz de conservar la dignidad, ni de analizar las opciones para escoger con criterio político.

La democracia no puede, en ese caso, ser la expresión o voluntad de la masa, sino la conquista del pueblo. Ese es el cambio sustantivo que ha transformado el concepto, o que ha hecho caducar su acepción original. La democracia no puede ser lo que la masa quiere, sino solamente lo que el pueblo conciente construya.

Pero más importante aún, mientras se utilice el discurso de la pobretología, y se lo acompañe de la dádiva institucional de dinero, sin modificación de las estructuras de desigualdad ante el trabajo, las oportunidades y la participación, la democracia estará ausente.

También estará ausente mientras la mayoría tiene que comer alimentos im-



portados, que se pagan con dólares de la industria de maquila, o del armado de vehículos automotores, o del petróleo. Pues no puede hablarse, seriamente, de democracia en un país donde los más desempleados son los productores de alimentos.

Los pueblos pueden ser manipulados. Y los demagogos no son novedad. Pero también los marginados aprenden y cambian de actitud. Hace apenas tres años atravesamos por una gran rebelión electoral. Estábamos hartos de la manipulación de los partidos, y nos precipitamos a votar por el candidato que había sabido recoger los símbolos y los valores más caros a la mayoría de los ciudadanos. Esperábamos grandes cambios. Y los anuncios parecían encaminarnos en esa dirección. Pero a tres años, cuando menos en el terreno de la representatividad, esos cambios no tuvieron lugar. Las prácticas de compadrazgo, de tráfico venal de candidaturas, de reciclamiento de los viejos personajes de la política, fueron confirmados y mantuvieron la continuidad. Y el pueblo, esa parte más lúcida e informada de la mayoría ciudadana, está francamente descontento.

En los círculos de Morena, en el interior de los aliados de la Cuarta Transformación, muchos estamos indignados, asombrados con las prácticas que creíamos iban a desaparecer y se han recrudecido.

Nos encontramos candidatos que públicamente dejan ver cómo la campaña está siendo una forma de enriquecimiento personal. O cómo se le toma el pelo a la ciudadanía y se vuelven a postular a muchos representantes del viejo régimen.

Y la respuesta ciudadana parece hoy tener una nueva propuesta: mandar a todos los partidos al basurero de la historia. Porque ningún partido se conduce ya como vehículo o forma de acceso

para los representantes populares.

Esta elección podría ser la última en que los ciudadanos voten por un partido o los candidatos de un partido. Y en solo tres años podríamos ver que los ciudadanos elijan de manera apartidista a los hombres y mujeres que los deban representar en los poderes públicos. Esta utopía de la democracia directa, un tanto a la manera de la vieja Grecia, parece estar a la vuelta de la esquina.

Probablemente podamos impulsar una autogestión ciudadana de los procesos de elección de nuestros representantes. Y probablemente a partir de ese momento, se puedan formular los planes de gobierno que atiendan los intereses populares, no con medidas clientelares, o que induzcan al voto. Sino yendo a las causas estructurales y profundas de los problemas, de los cambios, como una nueva estrategia, que haga realidad la democracia como economía, como administración y como nuevo pacto social de convivencia.

Ello también implicará que el discurso tenga otro carácter y otro objetivo. Pues habrá que informar, que hacer transparente todo propósito político y de gobierno, suprimiendo eso que Aristóteles explicó como una estrategia utilizada para conseguir el poder político que consiste en apelar a prejuicios, emociones, miedos y esperanzas del público para ganar apoyo popular, frecuentemente mediante el uso de la retórica que va los sentimientos y los resentimientos, la desinformación que menciona pero nunca exhibe otros datos, la agnotología —ese conjunto de expresiones tendenciosas y falaces, y la propaganda de repetición de consignas y condenas, que excluyen a tantos ciudadanos.

Construiremos una política de la transparencia y la inclusión de la diversidad. Una política ajena a los odios y el rencor. Una política incluyente, capaz de ofrecer y garantizar a todos los sectores, las condiciones y los recursos a los que tienen derecho.

Por una economía plural. Por el restablecimiento de la rectoría del Estado. Por un rescate pleno de la energía y las empresas estratégicas. Por la soberanía alimentaria. Por la concordia y la paz, sin pactos con la delincuencia.

¡Que vivan los candidatos ciudadanos!

* Comisario de la Asociación Civil Sobrevivientes de la Guerra Sucia.



Promesas y desilusiones, ¿fracaso de quién?

Ricardo León García*

Ciudad Juárez.- Los acontecimientos políticos de los últimos años en el mundo, provocan preguntas como la que se me hizo para participar en esta publicación: ¿Por qué fracasa la democracia? La cuestión no se responde con facilidad. ¿Fracasó la democracia? Los principales promotores de la democracia han sido muy exitosos al cosechar los frutos que brinda de manera muy generosa, para ellos, el continuo impulso a la idea que, de tanto formularse, se ha grabado como uno de los más caros anhelos de la humanidad. Sin embargo, todo ha quedado en mera ilusión, en una ficción que linda en las fronteras entre el mito de la creación y el cuento fantástico.

El discurso de la democracia jamás fracasará, pues permanece en la mente de todo el mundo esa ansia por la participación amplia en la toma de decisiones. Y si, además, nos consideramos civilizados, decentes y buenos, lo mínimo a lo que debemos aspirar es en el tratamiento idéntico para quienes convivimos dentro de una sociedad, una participación *ex aequo et bono*. Pero desde especiales esferas se define quiénes son los buenos y cómo se han de diferenciar los iguales, aun cuando se establezca por escrito el carácter de igualdad y lealtad.

Desde que surgió el anhelo demo-

crático, proveniente de miembros de los grupos de élite que encabezaron las luchas políticas (no pocas veces aderezadas con balas y espadas de filosos brillos) destinadas a imponer los principios liberales de la economía, se ha hecho lo que han querido quienes han conducido esa idea. En realidad, no hay un fracaso, pues hasta hoy han alcanzado sus objetivos quienes se han propuesto conducir a las sociedades que buscan dicho ideal. La democracia como molde de pensamiento, de acción y de destino ineludible, fue también adoptado y adaptado por los regímenes que se dieron en llamar socialistas. A ellos también les calló como anillo al dedo el discurso de la ficción democrática, como un imán para atraer la aceptación de quienes de manera ineludible deben permanecer en la base de la pirámide social, como fundamento de un edificio cuyos cimientos soportan todo tipo de catástrofe. Las situaciones que ponen en duda el funcionamiento perfecto de la maquinaria liberal democrática han de ser atribuidas a elementos desviados del buen camino y de las finalidades para todos establecidas. El discurso se refuerza al achacar a fallas de los individuos lo que en realidad representa parte de los logros alcanzados por la estructura emisora del discurso del bien común dentro de la democracia.

Solemos vivir de ilusiones. Una de

las mayores y recurrente en buena parte del mundo occidental es alcanzar la igualdad, la fraternidad y la libertad, promesas formuladas desde los movimientos políticos que se derivaron del Humanismo y de la Ilustración en los siglos XVII y XVIII. Fue entonces que se instaló como tendencia hegemónica el ideal individualista, cuando se buscaba derrumbar los pilares del estado monárquico absolutista. El absolutismo dejaba fuera de los cerrados círculos de tomas de decisión a uno de los grupos con gran capacidad económica, la burguesía; en ninguna circunstancia se le permitía formar parte de las decisiones vitales para la definición de los rumbos que debían tomar las cosas del Estado y de la riqueza.

Pero el estado de cosas se encontraba en ebullición y sólo unos cuantos pudieron darse cuenta de que las formas de existencia debían cambiarse a partir de nuevos esquemas de producción y de relación entre estados y sus súbditos. El mundo había cambiado a partir de la expansión de los mercados, de la exploración de tierras hasta entonces ignotas y del descubrimiento de territorios en Asia, África y América. La ficción democrática tomó su lugar como argumento para una mayor participación de hombres y mujeres de todas las clases y categorías sociales existentes, para dar su vida por las nuevas libertades y el re-

conocimiento de derechos universales. De paso, se buscaron los caminos más adecuados para crear cuerpos de leyes en los que se reconociera el derecho fundamental a la propiedad privada. Los siervos, los peones, los jornaleros, los nadie en pocas palabras, escucharon el canto de las sirenas y dieron sus vidas para alcanzar esos aspectos que son los pilares de la vida democrática burguesa. Sí, siempre con adjetivos, una democracia acotada, puesto que los derechos se reservaban al pueblo, siempre y cuando el pueblo estuviese conformado por varones propietarios... los demás, no.

Desde entonces, de acuerdo con las distintas legislaciones, la ciudadanía se otorga a una parte de los habitantes de la jurisdicción y a otra, mucho mayor, no. En tiempos de la ampliación del estatus ciudadano, las transformaciones a la ley han sido tales que de cualquier manera se limita la participación, la representación y cualquier otro derecho. Albert O. Hirschman (*La retórica reaccionaria*, nueva traducción al español, Clave Intelectual, 2020, originalmente de 1991), con múltiples argumentos que sustentan su dicho, afirma que desde el mismo momento en que esa burguesía se erige como cabeza revolucionaria en contra del poder absolutista, se va conformando como fuerza reaccionaria contra las medidas que la mayoría (que no forma parte de la burguesía, por supuesto) busca se pongan en operación dentro de la sociedad que busca ser diferente. De ahí que como parte del mismo movimiento que permite el arribo de la burguesía a la cúspide de la sociedad moderna, ya como clase hegemónica, por encima de la nobleza y sus vetustos privilegios, se forme una alianza entre esas dos clases a fin de contener el avance, real o imaginario, de las masas que impulsan la participación democrática, tal como les ha sido vendida la idea. La ilusión, pues, se torna permanente.

En los tiempos modernos, la gente de mayor empuje e iniciativa, de espíritu libre, tendría que ser quien aprovechara los recursos que se ponían ahora “al alcance de la humanidad”. Bajo los esquemas de la organización encabezada por la nobleza y las casas reales, era imposible que hubieran podido tener participación estos grupos burgueses de gran empuje. La expansión territorial traía aparejada la ampliación del conocimiento y de las actividades de aprovechamiento de los recursos naturales. Con todo ello, se ampliaron las perspectivas para comprender de ma-



nera diferente un mundo sin interpretaciones metafísicas y una apertura a una visión del mundo diferente. Dado que no tenían cabida como grupo extraño a esas clases hegemónicas, elementos de la burguesía tuvieron que diseñar nuevas y mejores formas de coexistencia que les permitieran a ellos participar y decidir sobre el aprovechamiento de lo que la naturaleza les estaba dando; con los viejos sistemas de producción y de intercambio, se evitaba un reparto más amplio de las oportunidades de uso y beneficio de lo recién descubierto y conocido.

La ficción democrática no es más que un conjunto de ideas sobre lo que debe ser y significa una nueva sociedad, basada en la actuación de un grupo de representantes de toda la ciudadanía; a partir de la igualdad de condiciones, ve por la defensa de los intereses y derechos de los representados. Suena muy atractivo. Alexis de Tocqueville se convirtió en el pilar del *marketing* de una propuesta de organización política y económica convertida en una de las mercancías más preciadas a partir del siglo XIX. Se trata de un discurso repetido una y otra vez. Se han reiterado hasta el cansancio los rasgos que debieran caracterizar al mundo moderno, un mundo diseñado como una nueva sociedad. Pero no quedó más que en una ficción, una ilusión que comenzó a utilizarse como medida de todas las cosas, siempre a partir de lo deseable. Para que realmente hubiera participación de la mayor parte de los individuos y grupos que forman la sociedad, en lo cual radicaba la finalidad democrática y, al mismo tiempo, evitar la irrupción de las masas, se establecieron los mecanismos mediadores que apaciguasen dicha intrusión.

¿Y el estado de bienestar?
Sabedores siempre de que para que

en la vida haya ganadores, otros deben perder, esa fórmula tan en boga en el vocabulario de los promotores de la felicidad y el *coaching*, que dice que las relaciones han de consolidarse bajo el precepto de “ganar-ganar”, tiene su fuente de origen y punto de destino similar a las *fake news*. Si en un proyecto dos o más partes ganan, siempre habrá otra parte, a la que nadie quiere ver para evitar sentimientos de culpa, que aporta las pérdidas. Se trata del correlato social de las leyes de la termodinámica. A medida que se desarrollan las inversiones y se producen ganancias, se acumula riqueza en pocas manos, la mayoría del conjunto tiene menos acceso a saber lo que se siente el triunfo de la inteligencia humana para los negocios. En otras palabras, el ideal democrático se ve más alejado para la mayoría.

Cuando se obtienen márgenes brutales de ganancia, crecen las posibilidades de ampliar la brecha que separa a los que lo tienen todo de los que viven dentro de la carestía. Una forma de establecer válvulas de control de la presión social ante esta situación fue el modelo del estado de bienestar: la transferencia de recursos fiscales para proporcionar al conjunto de la población una serie de satisfactores que, de otra manera le resultarían inalcanzables. Hipotéticamente, el Estado de bienestar busca y mantiene los equilibrios sociales necesarios para que las cosas funcionen sin grandes conflictos dentro de la sociedad. Así, desde el Estado y a partir de los ingresos fiscales, se proporcionan servicios de educación, seguridad social y de salud, vivienda, transporte público, todo aquello que en algún momento puede convertirse en un punto de desacuerdo o insatisfacción entre quienes menos tienen.

Tener al alcance la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas desestresa las relaciones sociales. Entonces

los encuestadores que tanto innovan pueden salir a la calle a preguntar “¿Es usted feliz?” y se podrán escribir larguísimas peroratas sobre la felicidad en el mundo. Por supuesto, en la interpretación de las diferencias, en esos países o ciudades donde la gente no se considera feliz, posiblemente se interprete como amargura, como una insatisfacción proveniente de la misma individualidad, no saben ser felices.

Para que existan países y ciudades con esquemas de plena satisfacción de sus índices de bienestar, es necesario que sea posible la transferencia de recursos de un lado a otro del planeta. El comercio mundial, la reubicación de instalaciones industriales, la extracción de materias primas sin importar la lejanía de sus yacimientos, la generación de millones de empleos con salarios miserables, para los miserables que realizan labores miserables, es cuanto hace posible que en los llamados países del primer mundo se puedan ofrecer formas de vida mucho muy diferentes a las que goza el resto de la humanidad. Aquí debemos incluir a quienes en la periferia han establecido sus reservaciones en forma de *ghetto*, donde se aíslan de los comunes, procurando rodearse de sus lacayos a quienes han concedido el honoroso título de clasemedios, siempre aspirantes a alcanzar el estatus de los amos, pero con el riesgo de permanecer en el fondo del lodazal.

Gozar del Estado de bienestar (donde existe) es el privilegio de todos esos grupos a los que se ha dado en llamar clase media. Se ha convertido en la manera más efectiva de sostener esa relación de lealtad con quienes acaparan los recursos. Sin embargo, quienes han sido los mayormente beneficiados con esa forma de Estado de bienestar se han convertido en sus principales enemigos; y no faltan los corifeos que poco o nada tienen, pero que se dicen convencidos de la inutilidad de los mecanismos de compensación para sostener una relación tan hondamente desigual.

La transferencia de recursos hacia el sostenimiento del Estado de bienestar resultó en uno de los caminos que permitieron acrecentar el ideal de democracia como algo posible, aunque la venda sobre la vista no se eliminó del todo. Las sociedades con sólidos esquemas de beneficio social a partir del gasto público, son deudoras de esos dispositivos económicos que hacen posible arrebatarse recursos a una población, a una región –y sus habitantes, por– para ser colocados



en otra latitud y generar su transformación en capital. Así funciona la democracia.

Sin embargo, con argumentos de lo más disímolos, el esquema compensatorio ha sido atacado desde las altas esferas en los últimos cincuenta años. Lo más patético es que quienes se beneficiaron por el Estado de bienestar y mantuvieron su posición social más o menos a flote, se convirtieron en los voceros más despiadados del discurso que ha buscado anularlo.

El posmodernismo, arma contra la democracia

La igualdad debe ser controlada, contenida. Una verdadera participación paritaria en la búsqueda y obtención de beneficios y derechos que ahora brindaba la nueva manera de aprovechar la naturaleza, habría limitado el beneficio de quienes tuvieron la feliz ocurrencia de inventarla y, por tanto, ponía en riesgo la propia existencia como clase hegemónica. Además, para que la ficción democrática tenga el efecto buscado, es condición *sine qua non* la existencia de las desigualdades. Mantener las diferencias, ahondarlas e, incluso, provocar nuevas formas de identidad que multipliquen los contrastes. Daniel Bernabé ha sido muy incisivo al respecto (*La trampa de la diversidad*, Akal, 2018) e incluso plantea la perversidad de un sistema democrático que lo es por incitar a la aspiración eterna de alcanzar el equilibrio y el tratamiento igualitario pero que, al persistir diferencias, se debe seguir trabajando para alcanzar la plenitud de la equidad.

La perversidad planteada por Bernabé radica en ese imparable carrusel de identidades y de fomento a las individualidades que han minado la conciencia de las contradicciones fundamentales de la sociedad en la que participamos. A

partir de un escepticismo y pluralismo a toda costa, se niega cualquier forma de unidad. La fragmentación de la sociedad, junto con el incremento del espíritu de la competencia, lleva a una mayor diferenciación. Con una sociedad tan atomizada, resulta más cómodo comprobar que la democracia es la única solución a nuestros problemas y que por los siglos de los siglos la estaremos persiguiendo.

El factor que ratifica la andanada contra las posibilidades de construcción de una democracia por las vías participativas, es la imposición de las políticas estatales al amparo de la teoría monetarista diseñada por Milton Friedman en la Universidad de Chicago. Bajo su influjo se reforzó la posición de una burguesía adoradora de las leyes del mercado y archienemiga de la intromisión del Estado en las decisiones y actividades económicas (lo cual debe relativizarse).

Junto con la vida abandonada a las leyes del mercado, se adoptó la individualista corriente del posmodernismo dentro de la actividad artística estadounidense, que ganó tanto terreno entre los restos de la izquierda europea, hasta que fue asumida por las altas esferas de las tomas de decisión... la supuesta transgresión al modernismo resultó una de las estrategias *ad hoc* para el reforzamiento de las posiciones que evitan la consecución de la democracia desde un discurso autodenominado democrático. Gracias a lo que Frederic Jameson denominó el giro cultural en la primera mitad de la década de 1980, se desató esa “bufonada ecléctica” que rechaza todo lo anterior que implique totalidad, “celebra la pluralidad, la discontinuidad y la heterogeneidad”, en palabras de Terry Eagleton. En suma, ancha tolerancia y una buena dosis del pragmatismo norteamericano fueron los ingredientes detonadores de esta visión, como bien lo afirma Perry Anderson.

Asumirse dentro de la posmodernidad equivale a sentirse con todos los atributos para encontrar un nicho de diferencia y sufrimiento desde el cual puede alguien adquirir el papel de víctima del sistema. Al mismo tiempo que se blanden los argumentos de la democracia, a fin de sostener el derecho a ser lo que se supone que se es, de acuerdo con la novedosa gama de entidades identitarias, se evita el ideal democrático con el cual se busca vincular a la totalidad de los miembros de la sociedad, sin distinciones, en la toma de las decisiones que conciernen al colectivo. La libertad de ser lo que se es, la libertad de diferenciarse para inventar nuevas identidades, es un derecho dentro de la democracia, bueno, dentro de la práctica social que se dice democrática. Pero cada cual en su grupúsculo a sabiendas que los "otros" les discriminan. Se busca presentar un frente sólido contra la intolerancia a partir de posturas intolerantes y sectarias.

Todo sea por la democracia

El ideal democrático es fin, pero también medio. En la confusión, el fin es inalcanzable y el medio siempre se encuentra incompleto, maltratado o no se termina de diseñar. Debemos entender la frustración de quienes por generaciones han buscado la igualdad y que quienes disfrutaban las mieles del bienestar democrático poco o nada han de permitir a quienes tratan de tener acceso a ellas. La igualdad de oportunidades siempre tendrá un lugar preponderante en el papel, en las leyes, en el deseo. Pero la voluntad de quienes controlan el poder, de quienes tejen los hilos para obtener la urdimbre que representa la organización social y el reparto de derechos, obligaciones, riqueza y oportunidades, es inquebrantable al momento de decidir las condiciones que han de establecerse para la construcción de decisiones que involucren a las mayorías. Para lograrlo, acercarse y conocer la realidad es fundamental.

Para desgracia de quienes suponemos que la democracia debe ser camino y meta, a pesar de todo, los nubarrones de la recomposición fascista se otean en el horizonte y tarde que temprano han comenzado a soltar su lluvia ácida. El fascismo también clama democracia –a su manera–, aunque los defensores de la democracia gustan suponer que forman parte de un sistema de opuestos: fascismo versus democracia.

Como afirma Federico Finchelstein,



el fascismo se funda en la mentira, en la construcción de una verdad acorde con los objetivos de un proyecto. Nada contrario a la caracterización que hiciera en 1997 Umberto Eco, en *El fascismo eterno*, que en términos generales no incorpora explícitamente mucho en contra de las ideas generales de la democracia: culto a la tradición, rechazo a la racionalidad, la siempre sospechosa cultura, considerar el desacuerdo como traición, fomento al racismo, respuesta a la frustración de las llamadas clases medias, un nacionalismo obsesionado con los posibles complots, la sobriedad de la pobreza, la vida es una lucha permanente, un elitismo popular, considerar la muerte como la mejor recompensa para el héroe, una ideología netamente machista, el líder es el intérprete fiel de la voluntad popular, así como la utilización de un léxico pobre y una sintaxis elemental. En pocas palabras, el fascismo rescata del ideal democrático la imposición de la voluntad del pueblo, sin importar cómo se imponga, ni si es un grupúsculo el que define cómo enterarse e interpretar esa voluntad.

Por supuesto, dentro de las instituciones que todo mundo considera como democráticas, se hace todo lo posible por dar argumentos a la intentona fascista de recomponerse. El autoritarismo desarrollado a partir de la segunda mitad del siglo XX, de corte fascista o no, ha caracterizado la política partidista como un circo mediático, un perverso juego de corrupción y un ir y venir de mentiras y medias verdades, que han sometido todavía más a los pueblos con aspiraciones democráticas. Pero es una observación que debe hacerse desde cualesquiera de los puntos en que queramos ubicar nuestro posicionamiento político dentro del abanico de las ideolo-

gías. Criticar a la democracia electorera no nos convierte en fascistas, así como a los fascistas no los podemos considerar como demócratas por erigirse como voceros de la voluntad popular y darle al pueblo lo que pida.

Alcanzar la democracia es como alcanzar la salvación divina. Todo el mundo lucha por la salvación y hace todo y lo mejor posible por alcanzar dicha salvación. En la democracia se trata de una colección de millones de vidas que luchan cotidianamente por alcanzarla. Sueñan (soñamos) diariamente con esa ficción, que se vende como una realidad ya dada, como un proyecto que forma parte de la naturaleza humana y que después de toda una vida de buscar lograr la construcción de ese aparato democrático, nos topamos con los muros, con las zanjas, con las trincheras y con las barricadas que se han ido colocando para que la ilusión lo siga siendo. Es un sueño que parece jamás alcanzable. Si llegásemos a construir la democracia total, no habría forma de hablar de riqueza o de pobreza. Pero se evita la igualdad, se evita la fraternidad y se evita la libertad, porque por fuerza hay que seguir hablando del ideal democrático, algo que debemos alcanzar. Parece que, si se alcanzase, ya no habría alguna otra razón para nuestra existencia.

No, no ha fracasado la democracia. Sigue siendo nuestra finalidad, nuestra tabla de salvación. Más allá de ella, la nada, la sinrazón.

** Investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.*



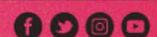
IDEAS Y / ARTES PARA RESISTIR

JULIO 12-30

MÚSICA TALLERES TEATRO CONFERENCIAS
ACTIVIDADES INFANTILES Y JUVENILES



Consulta la programación y talleres:
cultura.uanl.mx



Transmisión desde @culturauanl



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Tu **punto** de encuentro.
Las **mejores historias** de la UANL
en **un solo lugar**.

puntou.uanl.mx